

MILCIADES PEÑA

# ALBERDI, SARMIENTO, EL 90

límites  
del nacionalismo argentino  
en el siglo XIX

## Ficha Técnica

Este trabajo, preparado y escrito por Milciades Peña durante los años 1955 a 1957, forma parte de un estudio de mayor envergadura sobre la formación y perspectivas de las clases sociales en la historia argentina. A los efectos editoriales la obra completa ha sido dividida en tomos menores que pueden ser leídos como unidades independientes; la lista completa de los mismos figura en la contratapa con la indicación de la época que abarca cada uno.

Cabe aclarar que el capítulo sobre la Revolución del 90 que se publica en este tomo, apareció como un artículo independiente en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social* (Nº 6, junio de 1965).

Debido al prematuro fallecimiento del autor en diciembre de 1965, los textos originales fueron revisados y corregidos por Luis Franco en el aspecto meramente externo, respetando en absoluto — claro está— las ideas y expresiones del autor.

Los subtítulos han sido agregados expresamente para esta edición. Las referencias bibliográficas fueron revisadas, cambiándose en algunos casos por ediciones más modernas de la misma obra.

## Alberdi – Sarmiento - El 90

### Límites del Nacionalismo Argentino en el Siglo XIX

Milciades Peña

## Índice

### I. La Revolución Del 90

- Cada Argentino Nace Debiendo Más de lo Que Pesa en Plata
- La Suboligarquía Intermediaria Retratarada en el Archivo del Doctor Victorino de la Plaza
- Banqueros Europeos, Intermediarios Criollos y Un País en Remate
- Los Banqueros Europeos Reclaman Una Intervención en la Argentina Similar a las Ejecutadas en Egipto y Turquía
- Se Difunde Entre los Productores Nacionales la Aspiración a Una Mayor Independencia Frente al Capital Extranjero
- Toma Cuerpo Una Fuerte Corriente de Opinión Antimperialista
- Los Productores Nacionales Gravan a las Empresas Británicas
- Limitación de los Planteos Estancieriles Ante la Penetración del Capital Internacional
- Significación de la Presencia Mitrista y Católica en el Movimiento del 90
- La Unión Cívica: Un Partido de Productores Nacionales en Tiempos de Crisis
- Ante la Crisis, los Productores Nacionales, Incluso la Oligarquía Terrateniente, Apoyan Reivindicaciones Nacionales y Democráticas**

- El Movimiento del 90 No Estuvo Dirigido Contra la Oligarquía
- El General Roca Derrota a la Revolución del 90, Elimina al Juarizmo y Preserva lo Esencial del Statu Quo en Beneficio del Capital Internacional
- Los Productores Nacionales Obtienen Algunas Concesiones. El Banco Nacional es Fundado Como Estatal Pese a los Esfuerzos de Pellegrini Para que lo Establezca el Capital Extranjero
- Roca y Pellegrini Gobiernan Como Estadistas del Capital Internacional
- La Revolución del 90 y el Mito de la Oligarquía Invariablemente "Entregada" a Gran Bretaña

## **II. El Dilema De Civilización o Barbarie**

- El Pensamiento de Sarmiento y Alberdi Contra la Política Oligárquica
- Sarmiento se Espanta del Olor —a Bosta— de la Oligarquía
- Sarmiento Comprende la Trampa de Endeudarse al Extranjero
- El Dilema del gauchaje Bárbaro y los Hacendados Más Bárbaros Aún
- Sobre la Industria y la Posesión Territorial
- La Mutilación de Sarmiento por los Panegiristas
- La Falsificación de Sarmiento por los Nacionalistas a la Vaticana
- Las piedras Contra Sarmiento Sirven Para Esconder la Mano Culpable de la Oligarquía
- Alberdi Contra los Demócratas Despóticos
- Alberdi Contra el Parasitismo y la Incapacidad Nacional de las Clases Dirigentes
- La Quimera de Alberdi de Repetir la Experiencia Yanqui en Un País Sin Burguesía Industrial
- La Primera Visión del Desarrollo Combinado en la Argentina
- Limitación y Alcances del Programa de Alberdi
- La Conspiración de los Apacentadores de Vacas Contra el Pensamiento de Alberdi
- Bibliografía

## **Notas**

**--oo00(O)00oo—**

## **Capítulo I La Revolución Del 90**

**Cada Argentino Nace Debiendo Más de lo que Pesa, en Plata**

El gobierno de Juárez Celman presidió una época de progreso económico, de general enriquecimiento de las clases propietarias y también de creciente endeudamiento al capital financiero internacional. La crisis mundial del 90 se aproximaba; ante su inminencia se oscurecían los dorados beneficios de la prosperidad y se iluminaban en cambio las consecuencias catastróficas que tenía para la economía nacional la política juarista de vivir a crédito de la City londinense. Los peligros entrevistos por Alberdi y Sarmiento en las relaciones del país con el capital internacional comenzaban a corporizarse.

Y esos peligros se vinculan inextricablemente a otro fenómeno también advertido por Alberdi y Sarmiento: la frenética corrupción en que caía el equipo gobernante —a expensas no sólo del tesoro público sino de la soberanía del país.

El vertiginoso endeudamiento al capital financiero internacional no beneficiaba a la clase dominante argentina en su conjunto sino, con carácter muy particular, a la suboligarquía gestora — que actuaba como intermediaria entre el Estado argentino y los banqueros internacionales. Ese grupo, cuyas ganancias aumentaban en la medida que aumentaba su desvergüenza y el monto de la deuda argentina en el exterior, era el verdadero sostén de la política juarista. *No* "la oligarquía" en general, sino ese grupo intermediario en particular — lo cual no niega que, mientras el endeudamiento estimuló su prosperidad, toda la clase dominante lo toleró tranquilamente; y no pasó de pequeños arrestos defensivos ni siquiera cuando fue seriamente perjudicada, como ocurrió con la venta del Ferrocarril Oeste.

Con todo, es preciso no perder de vista la diferencia entre el conjunto de la oligarquía, que durante cierto tiempo se benefició indirectamente con el endeudamiento sistemático, y lo toleró, y el grupo intermediario cuya razón de ser y de prosperar era precisamente el endeudamiento y la derrota financiera del país.

## **La Suboligarquía Intermediaría Retratada en el Archivo del Doctor Victorino de la Plaza**

Un caracterizado y característico espécimen de esa suboligarquía fue el doctor Victorino de la Plaza. Diputado, ministro de Avellaneda, de Roca y de Figueroa Alcorta, Vicepresidente y Presidente de la Nación, representante argentino ante los banqueros europeos, Victorino de la Plaza era también promotor y comisionista de esos banqueros. Su archivo contiene datos sumamente valiosos para una caracterización del grupo social a que pertenecía.

En noviembre de 1880, escribiendo a Iriondo, gobernador de Santa Fe, de la Plaza le expresa: "creo del caso manifestarle que si necesitase entrar en alguna operación de crédito me haga el gusto de avisarme. Soy actualmente consejero de importantes casas de Europa y puedo serle útil". El doctor de la Plaza era, además, un consejero cuya palabra escuchaba con mucha atención el Presidente de la República.

En una carta al general Roca, siendo éste Presidente, leemos: "una importante casa bancaria se ha dirigido a mí diciéndome estar dispuesta a entrar en negociaciones sobre la ley del 2 de octubre último para la prolongación del ferrocarril... Esta casa es altamente respetable y ramificada en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia".

Esa "importante casa bancaria" era la del Barón Emile de Erlanger, de París, a quien Victorino de la Plaza —ex Ministro de Hacienda y futuro Presidente de la Nación Argentina— se dirigía en los siguientes términos en enero de 1881: "Haré, señor mío, cuando de mí dependa en el sentido que usted me indica, y me será permitido anticiparle que podré servirlo cumplidamente no sólo en esas negociaciones, sino en otras que pudieran presentarse en condiciones ventajosas. .. Respecto de lo que usted me dice de manifestarle lo que entiendo que debe asignarme por retribución a mis servicios, creo que podremos fijar como base una cuarta parte de las comisiones o beneficios que

usted perciba en las operaciones". Es decir, que cuanto mayores fueran las ganancias de los banqueros internacionales —o lo que es lo mismo, mayor el monto de la deuda argentina— más gloriosas serían las comisiones del doctor Victorino de la Plaza. No cabe dudar de la honorabilidad sin mácula de este caballero, pero indudablemente su prosperidad personal estaba directamente ligada al endeudamiento del país y a las ganancias de sus acreedores internacionales. En el caso a que se refiere la carta, el empréstito en juego ascendía a 12 millones de francos, de modo que ya puede apreciarse que las comisiones del doctor de la Plaza —como las de sus colegas que servían a otras casas financieras de Europa —no pecaban de modestas.

Por la misma fecha, el ayudante del doctor de la Plaza en estas actividades, un señor Ricardo Wapp, le escribe al mismo Barón de Erlanger la siguiente comunicación: "El señor Plaza ha comunicado confidencialmente al señor presidente de la república cuanto a varios de sus ministros hallarse autorizado por una casa muy principal a hacer proposiciones para la colocación del empréstito, indicaciones que han sido recibidas favorablemente, y dada la merecida influencia que goza. Es permitido esperar que la casa representada por él tendrá la preferencia en igualdad de condiciones. Con mucho interés se ha impuesto el doctor Plaza de lo que ustedes se sirven decirle respecto al pago de la garantía al ferrocarril del Oeste argentino, y por mas que está enteramente de acuerdo con ustedes relativo al daño que la gritería levantada puede hacer al crédito del país, cree, sin embargo, debe hacer presente a ustedes que... la falta de pago no puede ser atribuida a mala voluntad de parte del Gobierno, sino a una falla en el mecanismo administrativo cuya falta se tratará de remediar dentro de poco convenientemente. Con todo, el doctor Plaza se adhiere plenamente a la opinión expresada por casa tan respetable, respecto a la conveniencia de acelerar la liquidación, y el subsiguiente ahorro de la garantía, y procederá pues en conformidad con las instrucciones que contiene su carta del 27 de noviembre". Obsérvese cómo el agente financiero se transforma en abogado de intereses ferroviarios extranjeros contra la tesorería argentina. Y, además en consejero cuyos consejos eran del siguiente tenor, según expresa la misma carta: "...es evidente que su casa podría realizar una ganancia muy brillante con la oportuna compra de las acciones de la empresa (Ferrocarril del Oeste) que tendrían una fuerte suba con el pago de una buena parte de su crédito contra el Gobierno. No se duda de que tan respetable casa haría participar de las ganancias a quien corresponda". Es decir, al doctor de la Plaza. "El doctor Plaza" —prosigue siempre la misma carta— "sabe que el señor Wapp ha hablado a ustedes también de las ventajas que ofrecería para su casa esas operaciones de cambio que el gobierno tiene que realizar periódicamente para el servicio de la Deuda Externa. Esas operaciones que más y más ganan en importancia llegan anualmente a sumas considerables que no bajan mucho de 25 a 30 ó 40 millones de francos. Esta clase de operaciones es sin riesgo y deja tan buenas ganancias, que el doctor Plaza cree muy oportuno llamar muy especialmente su atención especial sobre este punto... *Una vez me se haya logrado establecer relaciones de esta clase entre la casa de ustedes y el Gobierno de la República Argentina, les será muy fácil monopolizar todas las operaciones financieros de éste*". He aquí a la suboligarquía gestora en acción. El ex ministro de Hacienda, el futuro Presidente de la Nación, le aconseja a un banco extranjero cómo monopolizar las operaciones financieras de su patria a fin de ordeñarla mejor.

También para sus empresas particulares el doctor de la Plaza acudía al capital internacional. En mayo de 1881 escribe a la casa Murrieta de Londres: "con motivo de las negociaciones de campo que se están haciendo en ésta por personas y sociedades de ésta, una persona [el propio de la Plaza, según se revela en otra carta] que tiene 20 leguas de muy buen campo, me pide me interese con usted por si supiera de alguna persona o sociedad que quisiera entrar en negocio para formar un buen establecimiento de campo, que a no dudarlo, daría ventajosos resultados. Sería cuestión de 20 ó 30.000 libras para ponerle 10 mil cabezas de ganado y ovejas".

## **Banqueros Europeos, Intermediarios Criollos y un País en Remate**

El capital financiero internacional no se preocupaba poco ni mucho por la "seguridad" de sus inversiones. Lo importante era endeudar al país, que ya después se encontraría el modo de hacerle pagar con creces deuda e intereses. Y bien podía decir el nada imparcial *Times* de Londres que la crisis argentina se debía en gran parte al descuido de Baring Brothers en lo referente al uso de los fondos que desparramaba sobre la administración de Juárez Celman (enero 24, 1891). El juarismo aprovechaba. Después de su caída la prensa europea describió con lujo de detalles y algo de fantasía la corrupción del régimen, pero salvo algunas excepciones se cuidó mucho de señalar que el principal foco de corrupción había estado en Londres, en la sede central de la Casa Baring "Argentinos y europeos fueron sorprendidos —decía el *Daily Oracle*— por el descubrimiento de los peculados de ex funcionarios que tenían altos puestos, "pero estos hombres que habían acumulado inmensas cantidades de dinero durante su breve permanencia en el Gobierno siguen sin ser molestados después de su renuncia" (Londres, febrero 4, 1891). Y el *Bankers Magazine* explicaba así la mecánica de la corrupción: "Financistas y promotores europeos arribaban continuamente (en la época de Juárez) compitiendo en obtener concesiones para ferrocarriles, docks, obras corrientes, tranvías, y toda clase de empresas públicas. Los "doctores" argentinos fueron rápidos en valerse de estas espléndidas oportunidades tan tentadoramente ofrecidas. . . Hoy día existen en Buenos Aires docenas de hombres que son públicamente acusados de malas prácticas, que en cualquier país civilizado serían rápidamente penados con la cárcel, y todavía ninguno de ellos ha sido llevado ante- la justicia. Colman mismo está en libertad de posar el confort de su estancia, y nadie piensa castigarlo a él o a los titiriteros que estaban tras de él. En la actualidad hay muchos ocupando prominentes posiciones en el Parlamento, que estuvieron implicados en las transacciones que condujeron a la revuelta de julio. . . Pero si los argentinos han pecado no han sido ellos los únicos pecadores. Los *financistas europeos han sido el genio del mal durante todo el drama*. Posando como pioneros del progreso, pero buscando solamente sus propios intereses, han envuelto en una ruina común al deudor y al prestamista" (Londres, marzo 1891.) Y el *Weekly Bulletin* decía: "para obtener el contrato de Obras de Salubridad. Baring le pagó coimas a Juárez Celman de 100.000 libras y a Wilde, ministro del Interior, de 80.000 libras" (Londres, junio 20, 1891).

Efectivamente, el meridiano de la Gomorra financiera de la era Juárez pasaba por Baring Brothers, y así lo denunciaba desde Londres *The Investor's Review*: "Entre 1886 y el día del colapso en 1890 hubo más de 100 millones de libras emitidos o que se intentó emitir en Europa, principalmente en Londres, -para esta preciosa República, para sus provincias, sus ciudades, sus ferrocarriles y puertos y sus aguas corrientes. Desde dos años antes del desastre, sin embarco, estuvo claro para todos los observadores que esta clase de negocios sólo ponía terminar en la bancarrota. La insania de estos excesos y la culpable negligencia de los mas rudimentarios dictados de la prudencia, demostrada por las casas financieras aquí y en el continente, forma uno de los peores capítulos de toda la historia de las deudas nacionales y la falsificación de deudas. Cuando los corrompidos políticos argentinos autotitulados ministros no pudieron vender sus fraudulentos bonos en Londres, fueron a Alemania. Bélgica. Francia, y teniendo éxito allí. provocaron una rivalidad entre las casas financieras aquí y en el extranjero, lo que aumentó la locura general y la despreocupación por las consecuencias. En 1884 la deuda del país era de Libras 42.600.000. En 1891 la deuda externa combinada de los gobiernos nacional y provinciales, sumada a la deuda interna flotante y a las obligaciones municipales, alcanzaba la suma de £ 154.500.000. Esto representa un aumento de 112 millones de libras en menos de 7 años. *No existen obras públicas de valor equivalente que puedan exhibirse en compensación*" (marzo 1892).

Desde luego, junto a los grandes negociados con los banqueros internacionales, floreció un tipo de corrupción más clásica y de menor cuantía, pero más vomitable que en otros momentos por vincularse a la progresiva subasta del país. Son ilustrativas y sintomáticas algunas denuncias aparecidas en la prensa revolucionaria que floreció luego de la revolución del 90. "El doctor Juárez ha dispuesto de los dineros públicos para sus fines particulares. Entre los muchos ejemplos que podemos citar ahí está el de Eduardo Mattaldi, dueño de la talabartería de Florida y Cangallo. Este comerciante cobró ahora dos años una crecida cuenta por artículos que había suministrado a una

*amiga* del doctor Juárez. Esa cuenta fue abonada con autorización del entonces Presidente con fondos públicos" (*Don Basilio*, Bs. As. diciembre 9, 1890). "El doctor Wilde, el famoso Ministro que entregó a la explotación de una empresa judaica o británicamente usuraria las obras de la salubridad de la capital, el Ministro poco escrupuloso que puso la vida y la higiene de una población de 500.000 almas en manos del mercantilismo más corrompido y corruptor de la época... Las empresas inglesas tienen una partida especial de tantos miles de libras para remover inconvenientes, y con ella llegan siempre mansamente al final de sus propósitos. Todo el mundo sabe cómo se hacen estos negocios, y los ingleses mejor que nadie, y como éstos el doctor Wilde" (ídem, enero 17, 1891).

"A cuánto asciende lo que se ha sustraído a este pueblo en los 10 años corridos entre 1880 y 1890?", Se preguntaba *La Defensa del Pueblo*, y respondía: "Hemos hecho un cálculo aproximado, despreciando todo lo que no pase de 5 millones y teniendo presente solamente lo que el público conoce hasta ahora: .. - 494 millones de pesos" (enero 14, 1891). Era decir. Y el mismo día *La Nación* contenía la siguiente interesante noticia: "declaraciones hechas en París por el señor Piquet, secretario del general Mitre, ¿... si a los hermanos Baring les pareció bien entrar en desatinadas especulaciones bursátiles y con el premio del oro; Si quisieron pagar fuertes cantidades como precio de ciertas concesiones, habrá de ser responsable de ello la República Argentina? Los Baring, por ejemplo, pagaron considerables cantidades a fin de obtener la concesión de las obras de salubridad de Buenos Aires; hay quien declara que esas cantidades llegaron al total de 200.000 libras. Yo no puedo asegurar la exactitud de tal cifra, mas no parece muy improbable si se tiene en cuenta lo que significan esas obras de salubridad. Ellas indican en Buenos Aires el monopolio del abasto de agua y de las instalaciones para el desagüe de la ciudad. La empresa, puesta bajo la dirección de la banda inglesa, impuso naturalmente fortísima contribución por esos servicios a las casas todas, y esto produjo como era de esperarse gran descontento general. Bien sé yo que las autoridades de la época en que se hizo este negocio estaban prestas a dejarse sobornar de todos modos. Los funcionarios altos y bajos de entonces recibían ofertas razonables de dinero, y esto explica cómo Juárez Celman no ha sido enjuiciado después de su caída" (*La Nación*, enero 14, 1891).

### **Los Banqueros Europeos Reclaman una Intervención en la Argentina Similar a las Ejecutadas en Egipto y en Turquía**

La consecuencia del matrimonio entre los banqueros internacionales y la suboligarquía intermediaria argentina, fue el sobreendeudamiento del país. Y luego, llegada la crisis, la imposibilidad de pagar las deudas. De pronto Europa resonó con voces que pedían la directa intervención de las grandes potencias sobre el Estado argentino para controlar sus rentas y destinarlas a pagar los empréstitos como en Egipto o Turquía. "El remedio para las dificultades financieras argentinas" titulaba *Financial News* un editorial donde decía "El presente desastre financiero ha sido causado en primer lugar por el manejo deshonesto de las finanzas argentinas y por el exceso de empréstitos. El presidente Pellegrini y sus colaboradores son sin duda honestos y bien intencionados, pero es evidente que la experiencia y el conocimiento financiero del Gobierno son totalmente inadecuados para la tarea, y que debe estar preparado para reconocer que sólo la experiencia extranjera le permitirá realizar los cambios necesarios. ¿Por qué entonces el presidente Pellegrini no reconoce la situación y acepta alguna forma de control sobre las rentas? El efecto benéfico de tal control se evidencia en Egipto y en Turquía" (mayo 31, 1891). Y en igual sentido se pronunciaba el *South American Journal* en un artículo titulado "¿Deben ser egiptianizados los argentinos?" (Junio 27, 1891). Por cierto que esto quedó en palabras, y en buena medida ello se debió a la agresiva presencia de Alemania, que en caso de intervención hubiera tomado la delantera en perjuicio de Inglaterra<sup>[1]</sup> la cual podía cómodamente monopolizar el control de la economía argentina sin acudir a la flota. Así se explica un extenso editorial del *Times* —es decir, del Foreign Office— pronunciándose contra la intervención: "El partido juarista en el Poder dio un ejemplo de

flagrante deshonestidad; pero puede alegar con algo de razón que la perniciosa oferta de dinero europeo en casi cualquier cantidad fue una de las causas principales de la corrupción que caracterizó su período. Por lo tanto, debe atribuirse a la influencia europea gran parte de la responsabilidad por la actual situación argentina... Ningún dinero puede actualmente tomarse en Europa, y los capitalistas europeos no desean o no son capaces de completar las obras que ellos comenzaron. Al pueblo argentino no le resta otro camino que completarlas él mismo. Tendrán que encontrar el dinero para el nuevo banco que se está iniciando y no hay duda de que lo hallarán. Alguna institución de este tipo es absolutamente necesaria, aunque sólo sea para poner en orden la circulación, y no se podrá obtener dinero para él en Europa, a menos que se conceda cierto grado de control a quienes suministran los fondos, lo cual ningún gobierno que se respete puede aceptar en el caso de un Banco Nacional que necesariamente tendrá una buena cantidad de poder sobre las finanzas nacionales. La City ha estado un poco obtusa en relación a este problema. Hombres que se suponía que tienen cierto conocimiento del mundo han hablado de establecer un control financiero internacional en la Argentina, como si este país fuera Turquía o Egipto. Es bueno que nada de esto se haya intentado seriamente" (*Times*, agosto 21, 1891).

Era un consuelo para la vanidad nacional que no fuéramos equiparados a Turquía o Egipto, aunque nuestros sultanes y rajás de crucifijo no fuesen superiores a los de la Media Luna.

### **Se Difunde Entre los Productores Nacionales la Aspiración a una Mayor Independencia Frente al Capital Extranjero**

Hacia bastante tiempo que algunos núcleos de la clase dominante argentina veían con temor que el progresivo endeudamiento podía colocar a la Argentina en una situación similar a la de Egipto. Sarmiento, D'Amico y Aristóbulo del Valle hablan hecho de este peligro un punto decisivo de su oposición al roquismo y al juarismo. La realidad les fue dando la razón. La oligarquía argentina no podía dejar de advertir que el pequeño sector que tramitaba empréstitos y detentaba el Estado la llevaba a perder el control sobre su propio país hasta un punto demasiado comprometedor. Y advertía que alcanzado este punto su bolsa se iba a ver seriamente perjudicada en beneficio del capital financiero internacional. "Hay que poner todo en juego —decía un vocero imperialista— para hacer entrar las finanzas argentinas en las vías regulares, la manera que los ricos recursos del país sean realmente afectados a llenar las obligaciones de la Nación. Es preciso regularizar el régimen monetario, introducir la economía y el orden en la Administración del Estado; es preciso ante todo que los fuertes contribuyentes del país, que son abundantes, sean realmente puestos a contribuir" (Archivo de V. de la Plaza.)

La política de Juárez Celman, que conducía a semejantes resultados, provocó el creciente descontento de todos los sectores de la clase dominante —con la sola excepción de los gestores de empréstitos y concesiones. Desde los grandes terratenientes y vacatenientes hasta los pequeños criadores de ovejas.

Incluso la burguesía comercial porteña se vio desfavorablemente afectada, aunque más tarde y en menor medida, porque el endeudamiento proporcionaba divisas frescas que se trasuntaban en grandes importaciones de las cuales era introductora gananciosa, La masa de la clase dominante tenía pues en un momento dado que llegar a rechazar la política del juarismo, que arruinaba al país, y a las clases propietarias en beneficio del capital extranjero y de una pigmea suboligarquía intermediaria.

En su momento, los estancieros de la Sociedad Rural Argentina se opusieron a la venta del Ferrocarril Oeste. Este hecho es de suma utilidad para filiar la posición de ese sector fundamental de la clase dominante ante la política juarista de endeudamiento integral al capital imperialista. Los grandes estancieros —los estancieros de Buenos Aires agrupados en la Sociedad Rural Argentina— vendían sus productos en el mercado mundial, gastaban sus ganancias en París, engordaban con la renta agraria, aceptaban gustosos las inversiones internacionales que valorizaban sus tierras y su producción. Desde luego no aspiraban a construir una gran nación industrial, y su dependencia respecto al mercado mundial, su por entonces escasa necesidad de un amplio mercado interno, no



podía dar a su política una orientación excesivamente nacional. Pero, ellos eran dueños de la tierra y del ganado, los medios de producción capitalista más auténtica y propiamente argentinos <sup>[2]</sup>.

No estaban dispuestos a perder el control sobre su propio país, y sabían que si no podían prescindir del mercado y los capitales imperialistas eran sí lo suficientemente fuertes como para deshacerse de una pequeña suboligarquía que a través de Juárez tendía a transformar al capital internacional no ya en el socio mayor en la explotación del trabajo argentino, sino en amo único, en detrimento de los estancieros criollos. Los hombres de la Sociedad Rural no tenían inconvenientes en asociarse a la City, pero no podían permitir que a expensas de ellos el país fuera repartido entre la City y los colegas del doctor de la Plaza. En estas condiciones surgió entre la burguesía terrateniente y estancieril una cierta hostilidad hacia el capital financiero internacional y sus agentes locales una vaga aspiración a una mayor independencia en el manejo de la economía nacional.

Aparte de los grandes propietarios de tierras y ganado, existía una burguesía predominante-mente ovejera. Aunque constituida en su mayor parte por inmigrantes y carente de vínculos sanguíneos con los conquistadores españoles, aspiraba a una política nacional, en el sentido de resistir el excesivo endeudamiento al imperialismo —que en gran medida tendría que pagar ella malvendiendo su producción— y de impedir que las empresas ferroviarias británicas confiscasen sus ganancias a través de las tarifas.

Esta burguesía ganadera, integrada en buena medida por la inmigración vasca, irlandesa, y escocesa, radicada en extensiones de 200 a 300 hectáreas sitas en el sur de la Provincia de Buenos Aires, había crecido en importancia a compás del desarrollo de la cría de ovejas. <sup>[3]</sup> (En 1889 la exportación de lana había aumentado en 2.000 % respecto a 1850 y constituía el rubro principal de las exportaciones argentinas, superando a los productos de origen vacuno.) (Sommi, *Estructura*).

Los ovejeros tenían contra Juárez tantos motivos de resentimiento como los grandes estancieros y aun más; pues ellos necesitaban del crédito oficial y en la época de Juárez "el comercio y la industria no obtenían la protección de los bancos oficiales, siendo absorbido el crédito por políticos y especuladores" (*Financial Times*, mayo 27, 1891).

Cuando se desencadenó la crisis del 90, el movimiento que habría de culminar en la revolución contó desde muy temprano con la presencia de destacados dirigentes estancieriles, como Leonardo Pereyra Iraola y Nicolás Anchorena (Sommi, 90). En uno de los grandes mítines con que el movimiento ganó la calle, Aristóbulo del Valle voceaba el descontento que se propagaba entre "los propietarios territoriales con su fortuna reducida a la mitad" y "los agricultores obligados a vender sus granos al precio que les imponen unos cuantos exportadores" (*ídem*, 112).

En las provincias del interior, donde no existía una clase rica y poderosa como los estancieros de Buenos Aires, la oposición al juarismo fue débil o nula, y allí donde aparecía no agitaba ninguno de los problemas mencionados en el discurso de del Valle. Las oligarquías provincianas, en general desligadas de la producción para el mercado mundial y alejadas del eje de la economía nacional, apenas si se veían afectadas por la política juarista de empréstitos y endeudamiento perpetuo. Y además no tenían nada que sugerir en cambio, ya que su base de sustentación económica era misérrima y en buena medida consistía en partidas del presupuesto nacional. La oligarquía tucumana era poderosa como clase capitalista, pero se hallaba demasiado entroncada con el capital internacional y con sus agentes financieros locales, de modo que tendía a apoyar la política de creciente sujeción al capital extranjero, al cual estaba ligada mucho más directamente que los estancieros. (Esto evidencia, dicho sea de paso, que estando en juego la relación con el capital financiero internacional la distinción entre "provincianos" y "porteños", o entre productores para el mercado interno y productores para el mercado mundial, no dice absolutamente nada en cuanto al carácter "nacional" de unos y otros.)

## **Toma Cuerpo una Fuerte Corriente de Opinión Antimperialista**

Empobrecidos por la crisis económica y amenazados con perder el control del país en beneficio de los prestamistas extranjeros y sus comisionistas nativos, la burguesía terrateniente, los estancieros

de Buenos Aires, grandes y chicos —a cuyo conjunto denominaremos "productores nacionales"— esbozó algunos planteos nacionalistas. Eran claros en las críticas al juarismo, confusos y pálidos en las soluciones que proponían, y violentos en la expresión de su hostilidad a Inglaterra y a los banqueros internacionales.

Retomando el hilo de las denuncias que Sarmiento formulara desde *El Censor*, fue Aristóbulo del Valle quien con mayor elocuencia planteó los temas que inquietaban a los productores nacionales. (Posteriormente, después del 90, Terry daría mayor precisión a esos planteos.) "Se tira el tesoro por la ventana para satisfacer la codicia de los empresarios sórdidos que vienen a abusar de su influencia para enriquecerse en un día... Un país nuevo que llama así a los capitales extranjeros y prodiga la tierra pública sin discernimiento está amenazado de un serio y gravísimo peligro... ¿Nuestro comercio? Ahí lo tenemos. Depende completamente del mercado de Londres. Pero al fin, son necesidades del movimiento económico del mundo. Pero hay una cosa que no se puede entregar jamás: la llave de la política, porque la política es la soberanía. Y sin embargo, en este momento sentimos esa exigencia bochornosa: el Congreso de la Nación Argentina no podrá legislar sobre su moneda en tal o cual forma durante tal o cual período si se quiere que garanta un préstamo. Es decir, la amenaza de entregar la llave de nuestra política" (*La Epoca*, enero 28, 1891).

*"¿No tiene el Gobierno Nacional fondos para terminar las obras que faltan? ¿Su crédito está agotado? ¿Sus arcas están vacías? ¿No puede pedir al extranjero 6 ó 7 millones que necesita para concluir esas obras? Señor Presidente: tenemos ante nuestros ojos diariamente el testimonio de lo contrario. El Gobierno Nacional gasta diariamente en lo necesario, en lo útil y en lo superfluo, por centenares de miles, por centenares de millones. Se edifican palacios para el despacho del Poder Ejecutivo; se proyectan palacios más suntuosos todavía para el Congreso Nacional; se levantan edificios en toda la República a costa del Tesoro Nacional, y todo esto sin necesidad todavía de recurrir al crédito"... . "Síntesis: que habremos enajenado el derecho de cuidar de nuestra salud a una empresa que desembolsara 100 millones de pesos y reembolsara 229 millones. Me parece que es un poco más de las utilidades a que legítimamente puede aspirar una empresa comercial cuando el negocio se hace en países civilizados. Ahí tenemos la historia del Nabat de Daudet, que nos cuenta como los europeos aprecian a estos pueblos, todavía nuevos, que caen en manos de empresarios fine tienen la conciencia en el bolsillo, y de gobernantes que enajenan no solo la fortuna, sino la tranquilidad y felicidad de tres, cuatro y de cinco generaciones"... . "No votarse ninguna concesión de ferrocarril privado, ninguna, absolutamente ninguna, que a los 99 años no sea de la Nación. A los 99 años de estar en explotación el ferrocarril de que se trata en esta concesión, pasará al dominio público, sin indemnización de ninguna especie... . Nosotros pertenecemos a la escuela de los que consideran que las vías públicas deben ser de la Nación, y la prueba es que estamos en el propósito de expropiar un ferrocarril y aun se habla ya de expropiar el ferrocarril Central. . . "Pero no es con concesiones tendientes a constituir grandes propiedades y opulentos propietarios que residan fuera del país, que hemos de desenvolver nuestra población; es preciso que tengamos presente que un país nuevo que llame así los capitales extranjeros y prodiga la tierra pública sin discernimiento, está amenazado de un serio y gravísimo peligro. Nuestra tierra es fecunda y se afirma que puede producir el 18 ó 20 % en su explotación ordinaria —en la ganadería y agricultura— y los capitales europeos han de apoderarse de vastas zonas de nuestro territorio. Se dirá que ese es un gran beneficio, que así veremos labrada la tierra inculta hoy día. Efectivamente, el país alcanzará todos estos beneficios con relación a la generación presente, esto es lo que se ve; pero lo que no se ve, es el porvenir de nuestro país, que cada día y cada uno de estos actos, se compromete sin pensar en que puede llegar el momento en que la República Argentina no sea sino un pueblo como Irlanda"... . "De 1886 pasamos a 1887, el año de oro para todos los empresarios de ferrocarriles, el año en que se han visto levantarse inmensas fortunas sin mayor esfuerzo, sin más trabajo que el haber obtenido una concesión de ferrocarril del Gobierno argentino, concesión que no la realizaba, en general, el que la obtenía, sino que iba a enajenarla en mercados extranjeros, recargando el costo de las líneas con las enormes comisiones que aquella concesión*

representaba al pasar de manos del concesionario a manos del constructor o propietario futuro". (Aristóbulo del Valle, 70, 82, 163, 183).

Inmediatamente antes y sobre todo después de la revolución del 90, las denuncias de este tipo se hicieron más y más frecuentes.

"Podrían los gobernantes inspirados por un mal entendido deseo de Gratitude seguir su tradición deferente con los hombres de la City, confiarles de nuevo el trazado de nuestra ruta administrativa, cederles un girón de la soberanía nacional a cambio de un puñado de esterlinas, y entregarles unos cuantos millones más de deuda nacional como garantía de deudas de honra que la República reconoce?" No, contestaba a su propia pregunta el diario *La Epoca*.

"Desde hoy —anunciaba *La Defensa del Pueblo*— la empresa del Ferrocarril Sud aumentará un 170 % las tarifas de fletes y pasajes. Las empresas del Ferrocarril Oeste y Buenos Aires Rosario también han procedido a aumentarlas. Nuestro gobierno, entre tanto, nada hace ante estos verdaderos abusos. La República entera, de seguir esta corriente, estará dentro de poco al arbitrio de los señores ingleses" (enero 19, 1891). Y poco antes había afirmado: "La venta de la soberanía nacional —una de las bases del empréstito que con tanto contento ha recibido el oficialismo— establece que cada semana se depositará en el Banco Nacional la parte de las rentas de aduana afectadas a ese préstamo. A este paso, pronto vendrán los ingleses a dirigir y administrar nuestras oficinas públicas. Después sus buques se prestarán para proteger a sus administradores; y por fin la ocupación egipcia . . . Poco a poco van forjándose las cadenas que entregarán inerme a sus voraces acreedores a aquella nación altiva que hasta bajo la tiranía de Rosas supo poner en jaque al extranjero defendiendo la dignidad nacional" (*Ídem*, enero 7, 1891).

El mismo diario publicaba esta carta anónima dirigida a Carlos Pellegrini:

"Como agente del Gobierno celebró usted el contrato de 1886, a que tan noble referencia hace el de 1891. En los primeros momentos ese contrato fue rechazado como ignominioso... Hoy, como director principal, lo perfecciona y, como sin duda hemos ganado en poca vergüenza lo que hemos perdido en crédito, sin rubor, ni pestañear, aceptamos un contrato turco que nos nivela con Egipto. Usted ha tenido fama de guapo y yo lo admiro como un valiente. Dios quiera que no venga otro más valiente que usted que ponga a la República en subasta pública y la adjudique al mejor postor. Señores, ha llegado el caso de que en este asunto la República Argentina medite bien la situación en que se halla. Nuestros padres nos dejaron la independencia política; pero no se figuraron nunca que habíamos de estar como estamos en peligro de perderla, porque un país que no conserva su independencia económica está muy cerca de la ruina y la miseria, y la miseria puede producir la pérdida de la independencia. Y sin duda para conservar nuestra independencia económica envía usted a la aprobación del Congreso el contrato más vejatorio a nuestro decoro, el que más. hasta ahora, ha aprisionado nuestra libre acción, el que primero nos ha prohibirlo celebrar contratos en el futuro, lícitos a toda nación soberana. Es usted el primero que da el ejemplo de renunciar a la independencia de su patria" (*ídem*, enero 21, 1891).

En otra publicación de la época se lee:

"Impuestos sobre la ganadería, sobre los alcoholes, sobre los depósitos, sobre la propiedad, sobre la industria... sobre la mar, y todo según el mensaje [de Pellegrini al Congreso] porque la casa Baring y los prestamistas ingleses se han visto en apuros, apurándonos a nosotros." (*Don Basilio*, diciembre 19, 1890.) "Ese empréstito es para nosotros una sangrienta humillación. Los cafres de África han sido tratados con más respeto. ¿Sabe el pueblo cuánto tendrá que pagar como interés anual por este solo empréstito?: 221/2 %... El empréstito no es en realidad empréstito, porque simplemente se trata de una moratoria en la forma de intereses cardados durante 3 años sobre el total de la deuda anterior, más los intereses de estos intereses prestados" (*ídem*, enero 6 y 7, 1891). "El ministro de Hacienda nos ha revelado ayer en plena Cámara lo siguiente: un Banco particular, en su último informe anual, ha hecho saber a sus accionistas de Londres que había obtenido un beneficio de 62 % sobre su capital en el período administrativo del año pasado" (*ídem*, enero 20, 1891). Es de imaginar cómo impactaba esta última noticia entre los empobrecidos productores nacionales.

Como se habrá advertido, toda esa prensa que agitaba el problema de la penetración imperialista y de la independencia económica era antijuarista y antiroquista, se identificaba con los revolucionarios del 90 y se proclamaba partidaria de Alem.

Contra la confianza ilimitada en el capital internacional, y frente a la apología sistemática de Inglaterra, que" eran el catecismo de Roca y de Juárez Celman, se levantó una ola de desconfianza y de denuncias antiimperialistas. Hasta un informante argentino del *Economist* londinense se pronunciaba en estos términos: "Se rumorea aquí [en Buenos Aires] en ciertos círculos que algunos capitalistas londinenses, que están profundamente interesados en los asuntos del Río de la Plata, están planeando generosamente alguna "ayuda" para nosotros... pero es una pregunta que queda muy abierta si el ingreso de nuevo capital extranjero en un país tan exhausto financieramente será beneficioso para él. Este país ha sido abrumado por los capitalistas extranjeros; sus 4 millones de habitantes no pueden soportar el peso colocado sobre ellos. Lo que el país quiere es la afluencia de capital privado en las manos de pobladores, para echar raíces en el suelo no el capital especulativo de los consorcios" (marzo 26, 1892).

En un manifiesto al país, Bernardo de Irigoyen decía: "En 1893 la deuda extranjera nos impondrá grandes esfuerzos y los haremos en honor del país. No es fácil determinar al presente el plan que deberá adoptarse para atender en esa fecha los enormes compromisos aplazados, *pero no es en nuevos empréstitos.*"(Manifiesto fechado en diciembre 20, 1891. Hoja suelta existente en el Archivo Biedma).

Esa campaña —que con ciertas limitaciones puede ser calificada de antiimperialista— aparece incorporada en el programa de la Unión Cívica <sup>[4]</sup> y tuvo la suficiente intensidad como para molestar a los intereses afectados y provocar su reacción.

"Es curioso —manifestaba el *Daily Oracle*— que exista (en Buenos Aires) una gran cantidad de envidia y hostilidad contra Inglaterra, y este sentimiento está siendo estimulado por algunos líderes de la opinión pública. En las revistas cómicas (que en este país tienen gran influencia entre las clases pobres) Inglaterra es representada succionando la sangre de la pobre República Argentina" (julio 3, 1891).

*The Financial Review of the River Plate*, en un artículo titulado " Muera el Gringo", comentaba: "Especialmente violentos son los ataques contra los ferrocarriles británicos .. . Cuando un diario de tan amplia circulación como *El Diario*, cuyas tendencias anglofobas se han evidenciado netamente... Las compañías inglesas son poluta y totalmente honestas, y sus representantes son selectos ferroviarios de larga experiencia, que merecen el caluroso agradecimiento del público, por sus persistentes esfuerzos para servirlo eficientemente pese a la hostilidad del llamado Departamento Ferroviario, y a los crueles ataques de un sector de la prensa argentina cuya propaganda parece una resurrección del viejo grito gaucho de "muera el gringo", aunque no sería difícil probar que su propia prosperidad y el desarrollo de su país se debe fundamentalmente al incansable trabajo de ese "gringo" a quien ahora parecen estar ansiosos por arrojar del país. Podemos asegurar a nuestro colega que sería un triste día para la Argentina si este aparente deseo, y creemos firmemente que sólo es *aparente* deseo, de eliminar a los extranjeros, y especialmente a los ingleses, fuera posible de cumplir" (diciembre 19, 1891).

## Los Productores Nacionales Gravan a las Empresas Británicas

Por otra parte, mientras la prensa alzaba la voz contra el imperialismo, los productores nacionales se resarcían parcialmente de las imposiciones del capital británico gravando indirectamente a las empresas inglesas mediante la desvalorización del peso —que reducía las ganancias de esas empresas cuando acudían a convertirlas de pesos en oro. Las empresas sabían dónde estaba el culpable, y *Financial Times* se pronunciaba así: "Aparte de los políticos corrompidos, el mayor enemigo de la moneda sana ha sido el *estanciero*. Como principal terrateniente y productor del país, su interés radica en poder pagar sus gastos con papel moneda, y obtener altos precios en oro por la

venta de sus productos. Su noción del paraíso está constituido por buenos mercados en Europa y mala moneda en el país, porque de este modo el oro europeo le provee de tierra y mano de obra baratas. Si no fuera por el apoyo tácito de los estancieros y de la comunidad agraria en general, la degradación del peso argentino nunca hubiera sido llevada hasta un extremo tan ruinoso" (abril 9, 1892). Las citas transcritas —sólo una muestra entre multitud de igual tenor— revelan que, efectivamente "la crisis trajo un sentimiento de fastidio contra los extranjeros que habían embarcado al país en proyectos y deudas, cortando luego sus provisiones al surgir las dificultades; por reacción, apareció en la prensa y literatura opositora un espíritu xenófobo, de exaltado chauvinismo" (Juan Pablo Oliver, en *Esto Es*, agosto 10, 1954) y revelan también que es incorrecta la afirmación según la cual "las críticas de carácter económico se limitaron a lamentar el descrédito en que había caído el país ante los capitalistas europeos" (*ídem*), Lo lamentado no era tanto el descrédito cuanto el endeudamiento. Preocupados ante todo por el crédito estaban Pellegrini y Roca —quienes para restablecerlo *se hallaban dispuestos a todo, sin excluir la entrega de la aduana a un comité de acreedores*. Pero los violentos ataques de la oposición contra el imperialismo inglés estaban calculados para cualquier cosa menos para eliminar el descrédito, y revelan una perceptible falta de interés por la opinión de los banqueros internacionales.

Ese sentimiento antiimperialista —con todas las limitaciones que son evidentes— estuvo presente en algunos sectores de la revolución del 90. pertenecientes al ala Alem, del Valle. El coronel Mariano Espina, uno de los jefes militares del levantamiento, le decía a Alem antes del 90: "Che, Leandro, ¿no te parece que las cosas andan mal en el país, que el gobierno es un desastre y que no debemos tolerar que caiga en manos extranjeras?" (Declaraciones en *Crítica*, noviembre 5, 1925). Y el manifiesto de la Junta Revolucionaria llamaba a destruir "esta ominosa oligarquía de advenedizos que ha deshonrado ante propios y extraños las instituciones de la República", -proclamando que "La deuda publica se ha triplicado, los títulos a papel se han convertido sin necesidad en títulos a oro, aumentando considerablemente las obligaciones del país en el extranjero: se ha entregado a la especulación más de 50 millones de pesos oro que habían producido la venta, de los fondos públicos, de los bancos garantidos, y hoy día la Nación no tiene una sola moneda metálica y está obligada al servicio en oro de más de ochenta millones de títulos emitidos para este fin; se vendieron los ferrocarriles de la Nación para disminuir la deuda pública y, realizada la venta se ha despilfarrado el precio; se enajenaron las obras de salubridad, y en medio de las sombras que rodean ese escándalo sin nombre, el pueblo únicamente ve que ha sido atado por medio siglo al yugo de una compañía extranjera que le va a vender la salud a precio de oro... y después de haber provocado la crisis más intensa de que haya recuerdo en nuestra historia ha estado a punto de entregar fragmentos de la soberanía para obtener un nuevo empréstito que también se ha dilapidado todo el caudal del Estado".

## **Limitación de los Planteos Estancieriles Ante la Penetración del Capital Internacional**

Hemos constatado la existencia de una innegable corriente de opinión antiimperialista que conmovió a los productores nacionales en vísperas del 90, que acompañó al levantamiento y que fue exacerbada por él. Apresurémonos a señalar las limitaciones de este antiimperialismo, el cual desemboca inexorablemente en una vía muerta. Se trata básicamente de las limitaciones de la clase más poderosa dentro del conglomerado de los productores nacionales, es decir, los estancieros bonaerenses. El antiimperialismo cojo de esta ríase era puramente defensivo y de signo negativo; consistía en tratar de impedir que el capital financiero internacional avanzara más allá de cierto punto en su control sobre el país. Y era además un antiimperialismo esporádico, ocasional, que sólo aparecía cuando —generalmente a raíz de alternativas en el mercado mundial— los ingresos agropecuarios se contraían en beneficio de los acreedores y/o inversores extranjeros. Los estancieros eran totalmente incapaces de sacar adelante una política capaz de edificar al país como

nación moderna sin subordinarlo al imperialismo. Sus planteos en este sentido nunca fueron otra cosa que añorarlas melancólicas o arrebatos literarios sin consecuencias reales. (La misma clase que protestaba ante la venta del Ferrocarril Oeste y se encrespaba por las exigencias usurarias de Baring era incapaz de construir un frigorífico propio, pese a los vastos recursos de que disponía). Semejante ineptitud histórica se reflejaba desde luego en la política. Y así vemos cómo el elocuente Aristóbulo del Valle, quien había denunciado brillantemente la penetración imperialista, proponía que en caso de triunfar la insurrección del 90 se confiase el Gobierno Provisional "al doctor don Vicente Fidel López, porque presumía el caos financiero en que nos íbamos a encontrar y confiaba en que su competencia y sus buenas amistades con los señores Baring Brothers nos ayudarían a salvar al país de la bancarrota" (Sommi, 90).

Del Valle conocía mejor que nadie adonde llevaba la política de sumisión a los banqueros internacionales. Que él propusiera como presidente a un amigo de la casa Baring está indicando con bastante claridad hasta dónde la clase en que se sustentaba del Valle era incapaz de construir una moderna nación independiente, por mucho que lamentara a ratos no poder hacerlo. (Aunque la revolución fue derrotada, el doctor López fue incorporado como Ministro de Hacienda del equipo Roca-Pellegrini; y entre suspiros y lamentos por la pérdida de la independencia económica firmó todo lo que impusieron Baring y Cía. en detrimento de la economía y de la soberanía nacional).

El mejor legado del 90 fue esa campaña de denuncias antiimperialistas cuyos temas ya no desaparecerían de la vida argentina. Años después de la revolución, Terry los retomaba desde su cátedra. "La República Argentina —decía en 1898— ha vivido 88 años de vida independiente. Ha sido dueña única y exclusiva de sus actos y destinos; y hoy, después de tantos años, si dirigimos nuestra mirada hacia el pasado y si juzgamos el presente, tendremos que confesar con tristeza que la República ha perdido lastimosamente tiempo y riqueza. Tengo para mí que si la República hubiera vivido honradamente, hoy podríamos presentarnos ante el mundo con 20 millones de habitantes en lugar de 4, con cien veces más riquezas y progreso moral y material y sin los ruinosos compromisos, causas de nuestras quiebras anteriores y de nuestras serias dificultades del presente" (Terry, 13) ... "Señores: Se dice y se afirma que los gobiernos no deben administrar porque no saben administrar, pretendiéndose por este medio justificar, en lo posible, al pueblo y Gobierno Argentino. No es cierto. ¿Acaso el Banco de la Provincia de Buenos Aires no fue bien administrado durante 30 años? ¿Acaso el Ferrocarril del Oeste, hoy en poder de una compañía inglesa, no fue modelo de administración en su tiempo?... " (*idem*, 16). "Por nuestra parte y tratándose de la República Argentina, que ha sido y es país pobre, nos declaramos socialistas de Estado, en todo aquello que ni el particular ni la sociedad comercial o civil sean capaces de efectuar" (*idem*, 34). "Hemos establecido que el primer deber del Estado es vivir, y que para vivir es necesario progresar. Un estado que no progresa en medio de Estados que progresan, se expone a desaparecer por despoblación, por conquista o por anarquía nacida de la miseria... El Estado, cuando su vida y su progreso lo requieran, debe llegar donde no pueda o no quiera llegar la acción particular. Los economistas y financistas ingleses y franceses protestan contra lo que ellos llaman nuestro socialismo de Estado, olvidando que Francia e Inglaterra fueron socialistas, acaparando muchas industrias aun con fines fiscales. Hoy que se encuentran aquellos países en la plenitud del progreso, es claro que no necesitan ya de la acción del Gobierno. Hay algo más que es bueno señalar. Esos economistas y financistas están vinculados íntimamente con los círculos de capitalistas y banqueros que negocian con nuestro país y con nuestro Gobierno, y en consecuencia, están interesados en reemplazar la acción del Estado argentino en todo lo que importe un monopolio o un gran negocio. Debemos desconfiar mucho de estos titulados sabios y de algunas de sus revistas, cuyas opiniones se publican en nuestros diarios, en lugar preferente y con el mayor respeto. Son opiniones que hay que tomarlas con beneficio de inventario. Debemos cuidar mucho nuestra independencia financiera, que es tan preciosa como la independencia política; y si bien conviene atender todas las opiniones, tanto extrañas como propias, sería criminal de nuestra parte constituirmos en serviles ejecutores de ideas que pueden ser perjudiciales tratándose de un país como la República Argentina (*idem*, 320-3) ... "Para la industria privada el ferrocarril es un negocio. Que el ferrocarril es un monopolio por su

propia naturaleza, no creo que sea algo dudoso. El monopolio excluye la concurrencia y deja a la industria privada en la posibilidad de imponer sus tarifas y su voluntad omnímoda. El ferrocarril del Sud nos ofrece un ejemplo que no debemos desdeñar. Sus tarifas son elevadísimas, porque según la declaración de uno de sus agentes, necesitaba dar a los accionistas un determinado dividendo. Por otra parte, en países pobres como el nuestro, con Gobiernos casi siempre insolventes, se corre el serio peligro de la liga o de la refundición de varias compañías ferroviarias, formándose así dentro del Estado un poder decisivo por sus elementos y por su influencia. Entre nosotros es sabido que tres de las más poderosas compañías ferrocarrileras han formado en Londres un Comité común, y que hoy se requiere bu visto bueno para reunir el capital necesario para la construcción de cualquier ferrocarril dentro de la República" (ídem, 334-5). Terry arribaba a dos recomendaciones que de tiempo en tiempo acostumbraba también a expresar la Sociedad Rural, por cierto que sin muchas esperanzas: nacionalizar los ferrocarriles y desarrollar la industria fabril consumidora de materias primas nacionales. "Si alguna vez —decía Terry— el Estado Argentino iniciara una política tendiente al rescate de la red principal de ferrocarriles, fundado en su solvencia y con un plan bien meditado, merecería el aplauso de todos los que se interesan por el progreso de la República. Desgraciadamente es caso remoto" (ídem, 349) ... "Se comprende en la República Argentina la protección a la industria harinera porque se produce el trigo, a las fábricas de tejidos porque se produce lana, a toda manufactura que tenga por base el cuero. Se comprende también la protección dispensada al vino y al azúcar, porque la República tiene extensos territorios aptos para esos productos (ídem, 627).

Lejos ya del 90, los estancieros retomaron algunos de sus planteos anti-ingleses. En 1900 Inglaterra cerró sus puertos a la importación de ganado en pie, asestando un serio golpe a los ganaderos argentinos, que en 1889 habían exportado ganado en pie por más de 8 millones de pesos oro. El propósito de Inglaterra, interesada en obtener carne congelada, era forzar a los ganaderos a vender sus animales a los frigoríficos ingleses. Dijo entonces la Sociedad Rural: "La ley de las represalias en economía política es perfectamente lógica y honesta. ¡Y la República Argentina está en admirables condiciones para tomar represalias de la gran Inglaterra! Aparte de la masa enorme de productos que nos envía el Reino Unido, el capital inglés tiene colocados aquí, en bancos, ferrocarriles, tranvías, etc., no menos de 500 millones de pesos oro. Que se grave a las procedencias de Inglaterra y sus colonias, que se cierren los puertos argentinos para el ganado en pie y las diversas preparaciones de carne, que se establezca un impuesto a los pingües dividendos que las empresas bancarias, ferroviarias, etc., envían a Inglaterra" (*Anales*, 1901, 75).

En otra ocasión, la Sociedad Rural demandaba que fueran reformadas las tarifas ferroviarias a fin de posibilitar la industrialización de las fibras textiles nacionales, ya que las tarifas de loa ferrocarriles ingleses "absorben más de un 60 % sobre las mercaderías en caso de tener que instalar las fábricas en parajes apropiados" (*ídem*, 1908-9, 90).

## **Significación de la Presencia Mitrista y Católica en el Movimiento del 90**

Pero los productores nacionales no fueron la única fuerza propulsora del levantamiento del 90. El movimiento contra Juárez Celman fue un frente único, en el que actuaron sectores distintos y antagónicos, persiguiendo objetivos también distintos y antagónicos. Por eso mismo, para precisar el carácter del movimiento, es necesario

tener presente —a la par que las diferencias entre las fuerzas integrantes— las tendencias antiimperialistas vigentes en una de esas fuerzas. Mitre y su partido ("Todos los políticos en disponibilidad" dijo Groussac) estuvieron en el movimiento del 90<sup>[5]</sup>. Sintomáticamente llegaron tarde y se fueron los primeros, en tanto que Mitre salía del país para rehuir su participación en el estallido revolucionario y reservarse como candidato de unión nacional. Toda la actuación del ala mitrista se caracterizó por la persistente búsqueda de un acuerdo con el juarismo y/o el roquismo, tanto como por la conspicua ausencia de denuncias antiimperialistas como las que agitaba el ala

Alem-Del Valle. Esta política "acuerdista" correspondía bastante adecuadamente al carácter de la burguesía comercial porteña y de la pequeña burguesía céntrica que la seguía. En épocas de prosperidad se encontraba más cerca de la suboligarquía gestora y de los capitalistas extranjeros que de los productores nacionales, y en un momento de crisis aguda se acercaba a éstos provisoriamente y con reservas, buscando un acuerdo con aquellos a expensas de los planteos tímidamente nacionales de los productores. Los comerciantes alarmados que concurrían a la casa de Mitre a pedir consejo (Sommi, 90, 106) no aspiraban a más.

Después de la revolución, en cartas a Bernardo de Irigoyen (1891), Mitre expuso la línea con la cual su partido participó en el movimiento contra Juárez. Su objetivo era la "solución nacional por el común acuerdo de los partidos" (*Biblioteca, I*, 1896). A esta solución, consistente en un acuerdo con el roquismo, Mitre aportaba un programa que era, precisamente, el que Roca-Pellegrini pusieron en práctica después de vencido el levantamiento. "Nuestra política —decía Mitre— es el Libre Cambio. Estamos profundamente agradecidos a las casas financieras y comerciales de Gran Bretaña por su ayuda en la reciente crisis. Creemos que nuestros inagotables recursos naturales pronto permitirán a la República Argentina justificar la confianza de los capitalistas británicos" (*Standard*, Bs. As., febrero 22, 1891). Desde luego, los intereses ingleses consideraron de inmediato que el acuerdo entre Roca y Mitre y la elección de uno de ellos como presidente era la solución ideal para los problemas del país. Así lo afirmaban el *Times* (marzo 3, 1891) y toda la prensa financiera británica (*Financial News*, abril 20, 1891).

Estos antecedentes del mitrismo definen el sentido de su participación en el frente único contra Juárez Celman. Sería tan falso atribuirle al 90 un carácter exclusivamente de resistencia al imperialismo, ignorando la participación del mitrismo, como desconocer la presencia y los planteos nacionales de la corriente Alem-Del Valle.

El "partido" católico —en realidad una corriente de opinión nucleada en torno a la Iglesia— también participó en el movimiento del 90. Desde luego había una motivación confesional y reaccionaria en esa conducta de los católicos, que clamaban revancha contra la política anticlerical y laica de Roca y Juárez Colman. Pero no se trataba sólo de religión. Los prohombres católicos estaban vinculados a los productores nacionales por intereses tangiblemente materiales. Manuel Gorostiaga, Pedro Goyena, Angel Estrada, se hallaban agrupados en poderosas instituciones capitalistas como el Banco de Consignación de Frutos del País y el Banco de Crédito Real (Sommi, *el 90*, 86).

Estrada formulaba a veces planteos como este en pro de la independencia económica: "... es a la vez medio y fin de desenvolvimiento del país, suscitar sus aptitudes industriales en la esfera más alta, a imitación de la mayoría de los pueblos cultos que se esfuerzan por abarcar en la mayor extensión posible el círculo de la evolución económica. Reaccionando contra el régimen prohibitivo de la época colonial hemos exagerado las doctrinas y entregado al albur el porvenir de la riqueza general, viendo sin dolor la desaparición de industrias que un fomento oportuno y discreto habría llevado tal vez a una alta prosperidad en nuestros días. Tomemos un ejemplo al acaso. La manufactura algodonera ha destruido la industria algodonera floreciente antes de la revolución en Misiones, Corrientes, Salta y hoy día sólo se cultiva el algodón en Catamarca para torcer pabilos. El mundo tiende por todos los impulsos y los móviles de la civilización moderna, a la solidaridad universal de las naciones; mas si los pueblos no pueden ni deben ser egoístas, tampoco pueden ni deben ser tributarios. Decimos que este es el fin del desarrollo económico del país, porque sin capacidad para vivir autónomamente en todas las esferas de la actividad social, un pueblo no es una entidad perfecta y soberana" (Estrada, 211).

### **La Unión Cívica. Un Partido de los Productores Nacionales en Tiempo de Crisis**

"Buena política quiere decir respeto a los derechos; buena política quiere decir aplicación recta y correcta de las rentas públicas; buena política quiere decir protección a las industrias útiles y no especulación aventurera para que ganen los parásitos del Poder; buena política quiere decir



exclusión de favoritos y de emisiones clandestinas". Estas palabras de Alem en abril de 1890 resumen el meollo racional que puede extractarse de su arrebatada y nebulosa oratoria del 90. No es mucho. Pero se destaca la demanda de "protección a las industrias útiles y no especulación aventurera", pues este era el unánime lamento de los productores nacionales, desfavorablemente afectados por la orientación que daba Juárez Celman al crédito oficial. Por otra parte, Alem rechazaba todo acuerdo con el roquismo, acuerdo que era precisamente la base de la política mitrista. Sus palabras al inaugurar en 1891 la Convención de la Unión Cívica no dejan lugar a dudas: "La Unión Cívica tiene que rechazar y combatir todas las composiciones calculadas para burlar el voto público defraudando las grandes esperanzas del pueblo argentino". (*La Defensa del Pueblo*, enero 16, 1891).

Antes y después del movimiento, la candidatura de Alem a la presidencia fue levantada como una candidatura de confusa resistencia al capital financiero internacional. Como decía un periódico adicto: "A la enervación del pasado ha sucedido la resolución de entregar la honra de la Nación y la fortuna pública en manos de ciudadanos que no vendan la primera por coimas ni se apoderen de la segunda para su uso particular" (*ídem*),

Tales planteos eran acogidos con simpatía entre las masas pobres, donde Alem gozaba de innegable prestigio. Esto le valía el desprecio de la suboligarquía juarista —la cual a su turno era despreciada por la tradicional oligarquía estancieril bonaerense como una avalancha de advenedizos. Alem "parecía un comisario de suburbio endomingado", según habría de decir la elegante y cortés pluma de Paúl Groussac. Juárez Celman, quien no encontraba explicación para "la absurda idolatría en que ha caído gran parte de la República Argentina, rindiendo culto a los pobres diablos como Alem", consideraba que su triunfo sería "una verdadera debacle", pues los dirigentes alemdistas eran "ilustres desconocidos o personajes sin valor político ni social" (Rivero Astengo, 445). Sin embargo, aun cuando quienes voceaban su nombre en la calle eran sobre todo los orilleros y pobretones del suburbio, Alem no era —como quieren creer sus apologistas— un caudillo de la multitud descamisada en lucha frontal contra la oligarquía. Las fuerzas de real peso social y político que se movieron tras Alem durante e inmediatamente después del 90 fueron los productores nacionales que aspiraban a una política de relativa contención frente al imperialismo. Observamos así que en la reunión de delegados de comités de la capital de la Unión Cívica, donde se eligieron delegados a la convención de Rosario y se aclamó a Alem, calieron electos personajes como Tomás Santa Coloma y Carlos Zuberbuhier. Después de su discurso en la Convención, Alem fue felicitado por un importante núcleo de socios de la Bolsa de Comercio, entre quienes se encontraban hombres como Zuberbuhier y Martínez de Hoz, quienes alababan la patriótica y noble actitud de la Unión Cívica (*La Defensa del Pueblo*, enero 6 y 19, 1891).

Los intereses imperialistas guardaban una actitud reticente y hostil ante Alem. Cuando en 1892 el gobierno Roca-Pellegrini lanzó sobre el alematismo una violenta represión, el *Times* comentó: "parece que las rápidas medidas del gobierno han salvado a la República Argentina de los horrores de una revolución anárquica. En el caso presente hay varios hechos que tienden a indicar que los radicales contemplaban un movimiento insurreccional peligroso para la paz pública, aun cuando no pensaran acudir a los horribles crímenes de que se los acusa" (abril 4, 1892). "La enérgica actitud del gobierno —dijo el *Statist*— ha sido recibida con un aumento en la cotización de los valores argentinos, de modo que evidentemente su gesto fue interpretado como demostración de poderío" (abril 9, 1891).

### **Ante la Crisis, los Productores Nacionales, Incluso la Oligarquía Terrateniente, Apoyan Reivindicaciones Nacionales y Democráticas**

En el 90 "el pueblo no concurrió a la revolución" (D'Amico, 286) y en verdad la revolución no buscó la participación del pueblo. El del 90 fue un movimiento nacional, de defensa frente al capital imperialista. limitadamente democrático, en virtud de los objetivos que perseguía el alematismo. Se ha dicho que "la simple lectura de los discursos, manifiestos, programas y crónicas periodísticas de ese movimiento, demuestran la ausencia total, absoluta, de cualquier preocupación social o inquie-

tud por el mejoramiento de la clase trabajadora o masa humilde criolla, o por cualquier reforma de tipo económico o institucional. No existió tampoco el menor programa constructivo" (*J. P. Oliver*). En realidad, tratándose de estas cosas la lectura simple no basta, y hace falta, además, una pizca de inteligencia. No cabe duda de que nada en el movimiento del 90 denuncia la preocupación por las masas trabajadoras. Pero hubo sí, como estandarte demagógico en el ala mitrista, como programa de lucha en Alem y del Valle, la reivindicación del efectivo sufragio universal. Esto era una contundente reforma en el área institucional, como lo era en el terreno económico el programa de no vender el país al capital internacional. La reivindicación del sufragio universal era un objetivo democrático y popular del movimiento.

El manifiesto con el cual nació la Unión Cívica de la Juventud en el famoso Mitin del Jardín Florida proclamaba "levantar como bandera el libre derecho de ejercicio del sufragio sin intimidación y sin fraude. Protestar contra todo acto que turbe o impida el libre ejercicio del derecho electoral, y proseguir el castigo de los culpables por todos los medios legales" (Sommi, *el 90*, 92).

En igual sentido insistía el manifiesto de la junta revolucionaria firmado por Alem y del Valle. En 1891 el manifiesto del Comité Nacional de la Unión Cívica, que firma Alem, expresa:

La cuestión fundamental que toca resolver a la Unión Cívica, es la referente a la libertad del sufragio, cuya escandalosa supresión ha originado todos los males que afligen a la República. Hay que garantizar al ciudadano argentino en sus derechos electorales: en la inscripción, en la votación, en el escrutinio. El Comité Nacional. Dará ello. declara que considerando augusto el derecho de la ciudadanía, promoverá la reforma de la ley electoral sobre la base del padrón permanente, castigando con penitenciaria y pérdida temporal de los derechos políticos a los funcionarios públicos, que desde el Gobierno o desde las juntas calificadoras o receptoras de votos, priven fraudulentamente de sus derechos electorales a los argentinos.

Cree también oportuno buscar la forma de dar representación a las minorías". Sería fácil denunciar la "superficialidad" de creer que todos los males que afligen al país se originaban en la supresión del sufragio universal. Pero más importante es recordar que en la Argentina oligárquica, como en la Rusia zarista, el sufragio universal era una importante reivindicación democrática.

Sin embargo, es por completo erróneo afirmar que "la crisis nacional del 90 enfrentó por primera vez a nuestro pueblo unido en un solo bloque, con el bloque reaccionario que ya formaban la oligarquía y el capital extranjero" (Barreiro). El movimiento fue apoyado por la oligarquía tradicional. El tesorero de la Unión Cívica era un ex presidente del Banco de la Provincia, quien recibió aportes de personajes como Leonardo Pereyra, Torcuato de Alvear, Carlos Zuberbuhier y Félix de Alzaga. Por lo demás "la organización de los clubes parroquiales de la Unión Cívica demostró muy luego que esa fuerza política se apoyaba en las clases más distinguidas de la sociedad" (Vedia y Mitre, *Unidad*, XX). En efecto, además de los ya citados cotizantes, vemos entre los propulsores de la Unión Cívica apellidos como Beccar Várela, Martínez de Hoz, Ayerza, Anchorena.

Y el militar que habría de dirigir el levantamiento —el general Campos— era director del Banco Nacional Inmobiliario (Sommi, *el 90*, 127). En fin, entre los hombres designados para ocupar ministerios en caso de triunfar la revolución estaban el doctor Lastra, director del Banco Agrícola Comercial del Río de la Plata, presidido por Bernardo de Irigoyen, futuro candidato de la Unión Cívica a presidente de la Nación— y el doctor Romero, fuerte accionista del Banco Nacional (*ídem*, 144).

En el movimiento del 90 coincidieron pues la oligarquía y la reivindicación del sufragio universal]. Sin embargo el sufragio universal significaba permitir el acceso al Estado de grupos sociales hasta entonces excluidos por la oligarquía. ¿Se trataba acaso de una maniobra puramente demagógica? Había algo más.

Los productores nacionales percibían confusamente —Alem expresaba esta confusión mejor que nadie— que sin democratizar al Estado el control que la oligarquía nacional ejercía sobre el mismo se debilitaba en beneficio del capital financiero internacional. El tradicional mecanismo, consistente

en pasarse el Estado de mano en mano entre camarillas oligárquicas, tendía a independizar a los usufructuarios del poder de las fuerzas reales de clase en que se sustentaban; hasta llegar al juarismo que se había distanciado increíblemente de la oligarquía en interés de sus negocios con el capital extranjero. En esos momentos de crisis el sufragio universal aparecía ante los productores nacionales como un medio para retomar un control más estrecho sobre un Estado que en gran medida se les había escapado de las manos.

En general la oligarquía había sido enemiga del sufragio universal y de la participación de las masas en la vida política. Pero, en situaciones críticas, una fuerte corriente de los productores nacionales, incluso los productores oligárquicos, se inclinaban por buscar un respaldo de masas destinado a consolidar su posición frente al capital extranjero. Hombres como Bernardo de Irigoyen proponían el sufragio universal no para acatar a la oligarquía, sino justamente para apuntalarla con apoyo de masas, como había sido la criolla tradición patriarcal de don Juan Manuel de Rosas. Tal era también la política de Alem.

Es erróneo caracterizar al 90 como "movimiento democrático" o "cruzada democrática" (*ídem.* 82 y 100) pues ello sugiere una participación y una dirección popular que no existió y disimula la decisiva presencia de la oligarquía en la gestión y en la conducción. En verdad el 90 tuvo un carácter combinado: fue un movimiento oligárquico, pero reivindicó la consigna democrática del sufragio para apuntalar a los productores nacionales.

El afán por negar esto conduce a ingenuos juegos verbales como el siguiente, que desde luego no logran tapar la realidad: "Del Valle como Alem e Hipólito Yrigoyen son la expresión de la pequeña burguesía urbana" (Sommi, *prólogo a Del Valle*), La pequeña burguesía urbana estuvo siempre particularmente mediatizada por la burguesía comercial porteña y su ídolo era Mitre. Hasta último momento la pequeña burguesía porteña no fue yrigoyenista; las revoluciones radicales encontraban amplio apoyo en la campaña bonaerense, pero nunca en la Capital.

Triunfante el yrigoyenismo, la pequeña burguesía porteña siempre tendió a votarlo menos que otros estratos sociales. La campaña —sobre todo la campaña de "la provincia" como llamaba Yrigoyen a Buenos Aires— fue en cambio el origen de los primeros planteos de resistencia al capital imperialista, sobre todo entre los poderosos estancieros, mucho más que en la entonces raquítica pequeña burguesía rural. Atribuirle a ésta la paternidad social de la política defensivamente nacional de Del Valle - Alem es un caso típico de obnubilación, resultante del intento de mantener intacto el arbitrario esquema según el cual los estancieros fueron en todo momento meros títeres del imperialismo.

Aferrado a ese esquema, el mismo autor escribe: "Carlos Casares y el doctor Luis Sáenz Peña asumen el gobierno de la Provincia de Buenos Aires. El nuevo gobernador, *aunque* es una expresión de la burguesía terrateniente ... designa al doctor Aristóbulo del Valle Ministro de Gobierno" (*ídem*, subr. nuestro). En realidad, Del Valle fue nombrado precisamente por ser un adecuado exponente político de la burguesía terrateniente en los momentos en que esta clase se enfrentaba parcialmente al capital financiero internacional.

### **El Movimiento del 90 No Estuvo Dirigido Contra la Oligarquía**

Es falso también afirmar que "el pueblo rodeó las tertulias" que originaron la Unión Cívica (*Ídem*, 84), pues, como el mismo autor reconoce -páginas más adelante, ese "pueblo" era "de manera particular la juventud pequeño burguesa y terrateniente" (*ídem*, 98). Y constituye una fantasía delirante aquella según la cual el 90 fue "el levantamiento del pueblo y de la clase obrera de Buenos Aires contra la oligarquía" (Puiggrós. *el 90*). Como dijo Aristóbulo del Valle, en el movimiento del 90 "tomaron su dirección hombres de Estado, hombres de letras, comerciantes, hacendados, generales, coroneles, jefes y oficiales del ejército de la República ... Tal fue la revolución de julio. Eso no es un motín, eso no es una asonada. La hizo la juventud de Buenos Aires, no esa pobre juventud desheredada que vaga por nuestras calles vendiendo diarios, los humildes de vida; no, no la hicieron los jóvenes sin posición social, o de espíritu inculto; no era ese el elemento de aquel movimiento; era la juventud de la Universidad de Buenos Aires. ¿Pero, era acaso un atentado contra

el orden social? ¿Esa revolución venía a conmover las bases sociales sobre las cuales está asentada esta sociedad, y toda sociedad civilizada? ¿Había peligro de que si esa revolución triunfaba aquéllas quedaran compro-metidas y los elementos conservadores del país fueran víctimas de un movimiento desesperado? Ah señor Presidente, aquella no era una conjunción catilinaria; allí no estallan los soldados empobrecidos y viciosos del ejército de las guerras civiles, allí no había libertos; estaba el pueblo de Buenos Aires, el pueblo de la República con sus más nobles representantes" (Sommi, *el 90*, 219).

En fin, no tiene asidero la afirmación de que en el frente único antijuarista se impuso "la hegemonía de la pequeña burguesía democrática" (*ídem*, 114). La fuerza real —dinero y armas— estaba en manos perfectamente oligárquicas, y por ello la jefatura del movimiento armado estuvo en manos de Campos, personaje del Banco Inmobiliario. Y es ingenuo afirmar que "no había ni una razón política ni de relación de fuerza" (*ídem*, 129) para que Campos asumiera la conducción, porque obviamente la relación de fuerzas dentro del frente era favorable a quienes ponían los fondos y tenían poder social y económico, no a los orilleros de Alem.

Se ha dicho que el movimiento del 90 "trataba de suprimir el "régimen", desplazar a la oligarquía y crear un gobierno apoyado en la buena voluntad de la mayoría del pueblo" (*ídem*, 95). Otra versión similar dice que "en el 90 hubo un solo objetivo: derrocar la oligarquía" (Puiggrós, *el 90*). Que se trataba de suprimir al régimen juarista es innegable. Que se trataba de liquidar a la advenediza oligarquía gestora que sustentaba a Juárez resulta también evidente. Pero que se pretendiera desplazar a la oligarquía es fabulosamente ocurrente, a menos de suponer que los Anchorena, Zuberbuhier, Martínez de Hoz, Pereyra Iraola, Campos, Alvear, Ayerza, Yrigoyen y tantos otros oligarcas habían decidido liquidar a su propia clase. En realidad, estos hombres apoyaban el programa de Alem sobre el sufragio universal, no para desplazar a la oligarquía, sino para fortalecerla, para darle una base de sustentación de masas y contrarrestar el peso del capital internacional y de sus comisionistas. En 1890, enfrentados a la crisis y a las estrictas exigencias imperialistas, los productores nacionales no temían un gobierno de Alem, caudillo innegablemente popular pero que marchaba junto a ellos (las peonadas seguían fielmente a los estancieros, por otra parte). Se ha dicho de Alem que "habla de la necesidad de una revolución social" o "llegó hasta anunciar la necesidad de una revolución social" (Sommi, *el 90*, 219).

En realidad, Alem proclamó la conveniencia de "una revolución social que cambie las costumbres" para poder demostrar "nuestras virtudes republicanas". Que eliminar la corrupción en la época de Juárez Colman implicase una revolución en las costumbres políticas, o que Alem denominase a esto revolución social, pase; pero es poco decente tomar esta confusión al pie de la letra y teorizar en serio sobre "la revolución social anunciada por Alem". Tan lejos estaba Leandro Alem de toda idea de revolución social que en ningún momento en ninguno de los varios planes que preparó para el alzamiento del 90, se le ocurrió repartir armas a las masas o solicitar su cooperación: al contrario, trató por todos los medios de restringir el movimiento a los militares y a un puñado de civiles (*ídem*, 139).

Por otra parte, es abusivo decir del 90 que fue un movimiento "Rotundamente nacionalista" (*ídem*, 219). Nacionalista Sí, hasta cierto punto: pero no profundamente. En esto también el movimiento combinaba diversas contradicciones. Los productores nacionales aspiraban a una política, de defensa de la economía nacional contra las más obvias exacciones imperialistas. Pero su nacionalismo era de un carácter puramente negativo, y resultaba orgánicamente incapaz no ya de realizar, sino de imaginar una política básicamente distinta de aquella que el juarismo llevó hasta sus últimas consecuencias.

Desde un comienzo el movimiento del 90 ganó adeptos en el Ejército. Es natural, ya que la intensa movilización de los productores nacionales, y posteriormente de la burguesía comercial, no podía dejar de hacerse sentir entre los oficiales, pertenecientes a esas clases ya fuese por origen familiar o por identificación psicológica. ¿Era acaso el "origen y la tradición muy honrosa del ejército" lo que le movía a pronunciarse contra Juárez? Esa tradición no era más honrosa que la de la oligarquía, la cual fomentó y sostuvo al roqui-juarismo, y a su política pro-imperialista, hasta que ésta llegó a

límites demasiados onerosos. "La juventud militar —escribe Sommi— no podía estar ausente en un movimiento de resistencia a un gobierno que entregaba el patrimonio nacional al capital extranjero" (*ídem*, 120). Sin embarco, la juventud en cuestión tampoco había estado ausente en el apoyo a ese gobierno mientras la oligarquía lo aceptó. Semejante idealización del Ejército procura desprender el sentimiento nacionalista de un sector militar de su ostensible contexto de clase. Sommi no se atrevería a escribir que "los estancieros no podían estar ausentes de un movimiento que resistía la entrega al extranjero"; pero lo escribe a propósito del Ejército, ocultando que, así como pese al estallido del 90 la política de la oligarquía ha sido generalmente no de resistencia sino de sumisión al imperialismo, la conducta del Ejército —de generales a cadetes— ha sido sostener esa política antinacional.

Del carácter oligárquico del movimiento se ha intentado deducir que tenía un carácter reaccionario. "El 90 fue movimiento conceptualmente conservador —sin pueblo masa— provocado por las altas clases tradicionales porteñas contra el gobierno liberal, progresista, que representaba Juárez Colman. En términos actuales, cabría tildar aquel movimiento, sin exageración, de reaccionario o cavernícola". (Juan Pablo Oliver "La Revolución Conservadora del 90" en *Esto Es*, 1954). Proviendo de un escritor nacionalista. Estas líneas sorprenden por el absoluto desconocimiento del problema nacional y de la acción del capital imperialista. Pues es indudable que el 90 fue un movimiento de las viejas clases dirigentes, y es cierto también que el de Juárez era un gobierno liberal. Pero se trataba, además, de un gobierno que remataba la soberanía nacional, hasta un punto intolerable incluso para esas clases dirigentes. El movimiento del 90, que logró en parte detener la completa entrega del país -al capital financiero internacional, tuvo todas las limitaciones de la clase que lo realizó, pero lejos de ser "reaccionario o cavernícola" fue progresivo en el sentido de que salvó un cierto margen de independencia nacional.

Apologistas póstumos del roqui-juarismo han pretendido establecer una igualdad entre la Unión Cívica de 1890 y la Unión Democrática de 1945 (Ramos, *Revolución*, 270). Ocurre, sin embargo, que la Unión Democrática del 45 fue organizada en torno al embajador norteamericano y se proponía acelerar el ingreso del país en la órbita imperial norteamericana, en tanto que el movimiento del 90 surgió de los productores nacionales para impedir que el país fuera íntegramente colonizado por el capital británico. Esta diferencia no es, sin duda, moco de pavo.

En procura de pruebas indirectas de que el movimiento del 90 fue reaccionario, los turiferarios retardados del roquismo afirman que Hipólito Yrigoyen "había participado muy lateralmente en la revolución del 90; se mantuvo deliberadamente en segundo plano" (*ídem*, 276). La verdad es que el Gobierno Provisional que en caso de triunfo habría de surgir de la Revolución designó a Yrigoyen Jefe de Policía de la Capital, y ello a propuesta del General Campos, el oligarquísimo jefe militar del movimiento (Sommi, *el 90*, 136) ; pensamos que colocar en segundo plano la función de la policía es una ofensa a tan benemérita institución. He aquí un detalle a la vez curioso y sintomático: el régimen juarista es defendido, y el movimiento del 90 repudiado, a la vez por los comentaristas furiosamente nacionalistas y por los comentaristas furiosamente antinacionalistas.

Nicolás Repetto, prototipo de estos últimos, se expresa así sobre el 90: "qué suerte que la revolución haya sido vencida... pues el régimen juarista era realmente un monumento de previsión, de progreso y de liberalismo" (Repetto, 328).

## **El General Roca Derrota a la Revolución del 90, Elimina al Juarismo y Preserva lo Esencial del Statu Quo en Beneficio del Capital Financiero Internacional**

Es un hecho comprobado que el general Roca fomentó el alzamiento, confiando aplastar de modo simultáneo al movimiento y al gobierno de Juárez —propósito que logró cumplidamente. En vísperas del alzamiento, Roca se entrevistó con el general Campos, quien estaba detenido. Luego, la conducta de Campos durante el alzamiento, al cual condujo a un callejón sin salida con el evidente

propósito de buscar un acuerdo, evidenció que entre él y Roca existía entendimiento para lograr una "solución nacional" en torno a Mitre y a expensas del juarismo y del alematismo (Noble e Ibarburen, *Historia*). Indudablemente Roca supo captar la corriente que tomaba cuerpo entre los productores nacionales, y dedujo la necesidad de acoplarse a ella en cierta medida para no ser dejado a un costado. Su recordada carta sobre la necesidad de no entregar todos los servicios públicos al capital extranjero indica un viraje en la conducta de Roca— y preciso es subrayar que se trataba de un viraje, pues hasta pocos meses antes de esa carta Roca afirmaba exactamente lo contrario y se solidarizaba por entero con Juárez Colman. El juarismo sintió el peligro y trató de anular a Roca, quien en cartas a Juárez expresaba que estaba en marcha una campaña sistemática contra él y que se le vigilaba su correspondencia (Rivero Astengo, 496-8). Desde luego Juárez Celman no dejó de advertir la indirecta participación de Roca en el movimiento que lo derrocó, y en ocasión de la revolución radical de 1905 comentó rencorosamente que "lo único que he lamentado es que el afortunado General Roca no haya sido arrestado en su mansión veraniega por sus cómplices del 90" (*ídem*, 578). En fin, según *Financial Times*, Roca deseaba la caída de Juárez y así lo hizo ver "claramente" (febrero 24, 1891).

La fábula elaborada en los últimos tiempos sobre el antagonismo esencial y radical entre mitrismo y roquismo puede hacer dudar acerca de la posibilidad de que Roca haya buscado un acuerdo con Mitre, o viceversa. Pero por cierto que el tal antagonismo no era tan profundo ni mucho menos. Una carta de Mitre a Wilde, calificada por él mismo de "confidencial", expresaba que recordaba siempre "las muestras de espontánea simpatía con que el general Roca se ha servido acompañarme en mis desgracias domésticas, las que han obligado mi gratitud eterna, no borrados por ningún acto posterior" (mayo 14, 1895, *Archivo Wilde*).

"Vencida la revolución armada —observó D'Amico— Roca y Pellegrini se pusieron al frente de otra revolución de palacio, y apoyándose en los vencidos, y azuzando las iras populares, consiguieron hacer el vacío alrededor de Juárez y le obligaron a renunciar" (D'Amico, 286). Así fue. De tal modo Roca salvó al roquismo. Y —lo que es tal vez más importante— salvó los intereses del capital financiero internacional, amenazados por el primer embate antiimperialista de la historia argentina. Quemado ya Juárez, el capital imperialista no vio con malos ojos su caída en beneficio de Roca- Pellegrini. "El cambio de gobierno fue indudablemente beneficioso —afirmó *The Economist*—, porque la banda de Colman estaba corrompida y podrida hasta la raíz" (febrero 21, 1891). Roca y Pellegrini llegaron en el momento oportuno para salvar los intereses generales del imperialismo en base a concesiones parciales a los productores nacionales, de cuyo programa nacional del 90 tomaron algunas consignas —como la anulación de la venta de las obras de salubridad, que se llevó a cabo indemnizando al imperialismo con una millonada de oro. De tal modo el gobierno Roca-Pellegrini, quienes derrocaron a Juárez Celman encaramados sobre el alzamiento del 90, implicó a la vez un triunfo del capital extranjero frente a los productores nacionales, y un reajuste general de las relaciones entre el capital imperialista y el país. En esencia, este reacomodamiento consistió en anular algunas de las concesiones más escandalosas del juarismo, a cambio de cuantiosas indemnizaciones y de nuevas concesiones a largo plazo.

El capital inglés consiguió: aumentar la deuda pública del Estado, que era de 115 millones de pesos oro en 1887, a 425 millones en 1893. Los títulos radicaban casi exclusivamente en Inglaterra. Los de la deuda externa por aceptación directa; los de la deuda interna obtenidos en pago de cauciones. Consiguió además la posesión de 4.045 kilómetros de vías férreas que habían sido construidas por el gobierno nacional o las provincias en las zonas más fértiles y valiosas del país. Además consiguió el capital inglés la posesión de todas las cédulas hipotecarias a oro; la hipoteca de casi todas las tierras de pan llevar, cedidas en garantías de préstamos, y extensiones inconmensurables de tierra, adquiridas muchas veces a 20 centavos la hectárea. El capital ferroviario inglés pasó de 93 millones oro en 1887 a 473 millones en 1893. En poder del Estado quedaron las vías que cruzaban eriales. Era ministro de Pellegrini-Roca el doctor Vicente Fidel López, figura grata a Baring Brothers, y entre los personajes más influyentes estaba Ernesto Tornquist, íntimo amigo de Roca. "Depuestas las armas en el Parque, a lo cual había contribuido tan personalmente, su primer acto es

comunicarse con Londres y Berlín, para informar a los centros bancarios que representaba, sobre la realidad del litigio. Su palabra tan autorizada desde tiempo atrás en el mundo financiero, fue necesaria para vencer la natural prevención que despertaron el disturbio de esta República de Sud América y las abundantes informaciones mal intencionadas que llegaban por medios noticiosos despreocupados, y que los amigos europeos del gobierno juarista propalaban con vengativa indignación. .. Se inician las gestiones para obtener una moratoria general en Europa, por medio de un empréstito de 10 años que se destinaría a pagar los servicios que se vencieran en dicho término. Tornquist pone su influencia personal ante los banqueros Rothschild y Morgan, y contribuye al éxito de las gestiones oficiales" (Tornquist, 43-44). En Londres, el gobierno argentino era representado por su enviado especial y agente financiero, el doctor Victorino de la Plaza, agente de la banca internacional y un verdadero amigo de Inglaterra. Años antes, cuando Roca lo nombró su ministro, la prensa inglesa había dicho de él: "El nombramiento del Dr. Plaza como uno de los nuevos ministros argentinos ha brindado gran satisfacción a todos los que aquí (en Londres) están conectados con la República, lamentándose tan sólo que no haya sido nombrado para el Ministerio de Hacienda... y si hubiera sido designado para este puesto en vez del Ministerio de Relaciones Exteriores el público estaría todavía más contento" (*Archivo de la Plaza*).

Los intereses británicos apoyaban calurosamente a Roca, y a Mitre, su público aliado después del 90. "Otros hombres y otras políticas deben pasar al frente antes de que la pobre Argentina pueda tener una oportunidad de recuperarse de su presente enfermedad. La oportunidad puede llegar con Mitre como Presidente o con Roca como dictador. Por mucho que Roca provoque la desconfianza y el disgusto de la masa del pueblo, todas las clases más inteligentes reconocen que. en el supremo momento que se aproxima para la política y las finanzas, él es el *único* hombre en todo el país que puede frenar a las fracciones políticas con mano de hierro — en una palabra, poner orden en su país" (*South American Journal*, julio 4, 1891). "Es lamentable que Roca y Mitre hayan retirado sus candidaturas", decía el *Financial News*, pues "sin ellos hay pocas esperanzas para la Argentina y para sus acreedores" (octubre 20, 1891).

## **Los Productores Nacionales Obtienen Algunas Concesiones. El Banco de la Nación es Fundado como Banco Estatal Pese a los Esfuerzos de Pellegrini para que lo Establezca el Capital Extranjero**

Presionados por la corriente nacionalista imperante entre los productores nacionales, algunos tímidos pasos dieron Roca y Pellegrini tendientes a descargar sobre el imperialismo parte de las pérdidas originadas por la crisis. "El último 22 de diciembre —se quejaba el *Times*— llamamos la atención sobre un pasaje del mensaje al Congreso enviado por el Presidente de la República Argentina, que proponía una tasa de 2 % sobre los depósitos en los bancos extranjeros, con el objeto de dirigir los ahorros hacia las instituciones nativas" (enero 24, 1891). Y "esta discriminación impositiva, —agregaba *The Economist*— no sólo frena el ingreso de capital extranjero, sino que ahuyenta al establecido" (enero 24, 1891). Pero las cosas no pasaron a mayores. "Los anunciados impuestos sobre los bancos privados y el capital extranjero invertido en el país —podía anunciar poco después el *Times*— serán suprimidos. Se cree que ya no serán aplicados, y la noticia de que su defensor, el doctor López, ha renunciado al cargo de Ministro de Hacienda, hace suponer que esa creencia tiene fundamentos" (marzo 9. 1891).

(Recuérdese que el Dr. López era el hombre a quien Aristóbulo del Valle proponía como Ministro de Hacienda en caso de triunfar el levantamiento contra Juárez. Su incorporación como ministro del equipo Roca-Pellegrini fue una concesión de éstos a los productores nacionales, y su alejamiento del gabinete simbolizaba el paulatino fortalecimiento del roquismo y del capital financiero internacional).

El Banco de la Nación fue un intento más duradero, que permitió satisfacer a los productores nacionales, dotándolos de una fuente de crédito en cierto sentido similar al viejo Banco de la Provincia, el cual en la época juarista había desviado todo su crédito hacia la especulación en

beneficio de la suboligarquía gestora. En atención a los mitos recientemente acuñados sobre el "nacionalismo provinciano" de Roca y Pellegrini, vale la pena señalar que el Banco de la Nación benefició, ante todo y por sobre todo, a la oligarquía porteña. Ernesto Tornquist —vinculado al capital imperialista como agente financiero, y al interior provinciano como productor de azúcar— manifestaba en 1894 que "es urgente dar otra organización al Banco de la Nación Argentina... En la ciudad de Buenos Aires está concentrado todo el capital líquido de la República, mientras que el resto del país, principalmente las provincias, carecen de los elementos monetarios más indispensables para fomentar el trabajo en sus diversas formas. Esta tendencia, cada día más acentuada a la centralización económica que se observa entre nosotros, debe llamar muy seriamente la atención de los poderes públicos, a fin de que dentro de la esfera de acción de que los Estados disponen, traten de contrarrestarla, no sólo para fomentar el progreso general del país, sino también para asegurar la verdadera autonomía política de las provincias que no se conquistará hasta que éstas dispongan de efectiva independencia económica. Llega a tal extremo esta absorción económico-política de la capital sobre el resto del país, que en las provincias se carece del personal necesario para las funciones esenciales del Gobierno; porque todo hombre medianamente preparado por su fortuna o por su intelectualidad para descollar en un escenario más elevado, se traslada inmediatamente a la capital y se establece en ella" (Tornquist, 69).

En un país semicolonial como la Argentina era inevitable que todos los engranajes de la economía girasen en beneficio final de la Metrópoli, y por eso es cierto, *en última instancia* que la creación del Banco de la Nación "aprovechaba sobre todo a quienes se convertían en dueños del país" (Polacio, II, 126). En efecto, la política del Banco de la Nación tendió a, y logró, perpetuar la estructura agropecuaria y dependiente. Pero es innegable también que constituyó un triunfo parcial para los productores nacionales, y para la Nación, el hecho de que el banco fuese una institución estatal —aunque de un Estado semicolonial— y no quedase directamente controlado -por el capital internacional, como los ferrocarriles, por ejemplo.

Es sintomático y revelador acerca del "nacionalismo" de Pellegrini y Roca que sólo se haya arribado a ese resultado *pese a ellos*, en virtud de que el capital imperialista se negó a suministrar un solo centavo para el Banco. ¡Pues de lo contrario también el Banco de la Nación hubiera sido una empresa extranjera! He aquí el testimonio de Pellegrini: "Los grandes Bancos habían caído; la República entera no tenía dónde acudir para obtener un solo peso sobre su crédito para las necesidades de su comercio y de su industria; faltaba a la República ese órgano indispensable para su desarrollo económico; era necesario crear un Banco; existía el deber de crear un Banco. *Se buscó el capital por todas las formas posibles, ofreciendo todos los halagos que podía solicitar; se llegó hasta declarar que si el capital extranjero venía a fundar Bancos se le darían los privilegios que pidiera.* En aquellos momentos, señor Presidente, tristes y oscuros, todo fue inútil" (Pellegrini, 129)

De la estrecha vinculación de Pellegrini con los círculos imperialistas poca duda cabe. Según una revista francesa, "Cahen D'Anvers —banquero francés— es responsable de haber introducido en Francia todos los empréstitos argentinos en complicidad con el Presidente de la República, señor Carlos Pellegrini, a quien ahora se quiere hacer pasar por un modelo de integridad financiera, cuando ha sido el corredor y colaborador de todos los enjuagues argentinos." (*La Defensa del Pueblo*, enero 9, 1891.)

## **Roca y Pellegrini Gobiernan Como Estadistas del Cap. Internacional**

La conducta de Roca-Pellegrini al frente del gobierno que sucedió al de Juárez Celman suministra un material óptimo para apreciar la dimensión "nacional" de su política. Roca —dicen sus novísimos apologistas— "representaba una nacionalismo posible, una forma de adaptación a la situación general del país y del mundo" (Ramos. *Revolución*, 255). Podemos aceptar esta caracterización siempre y cuando agreguemos que era un "nacionalismo posible" sin lesionar los intereses del capital imperialista y sin hacer nada de lo necesario para posibilitar un real nacionalismo; es decir, algo así como el liberalismo de los esclavistas



sureños, que era el mayor liberalismo posible sin suprimir la esclavitud. Un nacionalismo "posible" era el de un Aristóbulo del Valle o un Terry, quienes, basados en los productores nacionales, reconociendo la necesidad de elaborar una asociación con el capital imperialista, procuraban encuadrar a éste dentro de ciertos límites mediante un sistema de controles y contrapesos. Pero Roca y Pellegrini, en el momento crítico posterior a la crisis del 90, encarnan la política contraria: ofrecer toda clase de concesiones al imperialismo y aceptar sus imposiciones. ¿Que Pellegrini era un estadista muy lucido y "no se le ocultó que la razón fundamental de la crisis que castigaba al país era su excesiva dependencia del crédito extranjero"? (*ídem*, 234). Sin duda. Pero el remedio que busco consistió precisamente en incrementar esa dependencia. Como ya lo hemos visto, el Banco de la Nación nació como Banco puramente estatal, no en virtud de su deseo de emancipar al país del capital imperialista, según dicen sus más baratos apologistas, sino en razón de que el capital internacional le negó ayuda, como lo declaró el propio Pellegrini.

En la persona de Carlos Pellegrini se estrellan los mitos elaborados por los historiadores y sociólogos que intentan dotar de un pasado plebeyo y nacionalista a la burguesía industrial argentina. Uno de los mitos dice que existió un neto antagonismo económico y social entre terratenientes e industriales. Pero Carlos Pellegrini fue a la vez defensor de la industria local, iniciador de la Unión Industrial Argentina, político de la burguesía terrateniente y fundador del Jockey Club, tradicional centro político-social de la oligarquía. Otro mito pretende que la demanda de una política aduanera proteccionista expresaba el nacionalismo y el antiimperialismo de los industriales criollos. Pero Carlos Pellegrini, estadista de confianza del capital financiero internacional, es proteccionista y reclama mayores tarifas aduaneras tanto como mayores inversiones imperialistas. En un intento por salvar los mitos a expensas de la verdad, algún historiador ha pretendido que Carlos Pellegrini sólo fue proteccionista en el momento en que supuestamente se habría alejado del capital imperialista (Puiggrós, Partidos, 108). Pero basta recorrer la obra de Pellegrini como político, como estadista y como periodista, para advertir que siempre fue, a la vez y sin contradicción alguna, proteccionista y hombre del capital internacional con intereses en la Argentina <sup>[6]</sup>.

Se ha dicho que Roca es, "con toda precisión", nada menos que "el genuino jefe de la burguesía revolucionaria argentina" (Ramos, 297). Puede, desde luego, ponerse en tela de juicio la estabilidad mental de quien eso ha escrito; pero no de sus dotes humorísticas. Pues descubrir que entre 1880 y 1902 existía en la Argentina una "burguesía revolucionaria", y hallar además que su jefe era el general Roca, es una ocurrencia insustituible para obligar a la risa a cualquiera que conozca lo que eran Roca y la sociedad argentina de su época. De Roca sabemos ya bastante. In-variable candidato de la Bolsa de Londres para la presidencia de la Nación Argentina, no lo era a título de líder nacional revolucionario<sup>[7]</sup>. En cuanto a la "burguesía revolucionaria argentina", ¿dónde habitaba? ¿a qué se dedicaba? ¿cuál era la revolución que impulsaba? y ¿qué la calificaba como revolucionaria? Existían en la Argentina una burguesía terrateniente, y una burguesía comercial muy poderosa; existían también una burguesía rural, cada vez más rica pero de menor peso social que los terratenientes, y una burguesía industrial apenas nacida y unida a los terratenientes por un fuerte cordón umbilical. Estas clases —sobre todo los terratenientes y la burguesía rural— exhibían arrestos tendientes a detener la progresiva colonización del país por el capital financiero internacional. Pero de ninguna de ellas puede decirse que era "revolucionaria" en sentido alguno. Hoy sabemos que hacia 1890 estaba ya dada la necesidad de una revolución que contuviera la enajenación de la economía nacional al capital imperialista y que liquidara el monopolio terrateniente de, la tierra.

Junto con la democratización del sistema político, éstas eran tareas burguesas y también revolucionarias. Sin embargo, ninguna clase o grupo social del país, burgués u otro, aspiraba a tales soluciones. ¿Dónde estaba, pues, preguntamos otra vez, la "burguesía revolucionaria argentina", y en qué consistía su "revolución"? Erróneamente, pero con cierta verosimilitud, podría afirmarse que "burguesía revolucionaria" eran aquellos sectores burgueses que aspiraban al sufragio universal. Pero Roca se oponía a esta conquista. De modo que cerca de la fulgurante tesis según la cual Roca

era "jefe de la burguesía revolucionaria argentina" "puedo con toda certeza decirse que es cuestión de fe. Puede creerse que entre 1880 y 1905 había una "burguesía revolucionaria argentina, como puede creerse en la Santísima Trinidad. Demostrar su existencia, ya es otro cantar.

## **La Revolución del 90 y el Mito de la Oligarquía Invariablemente "Entregada" a Gran Bretaña**

Según una vieja estereotipia, los estancieros bonaerenses —columna vertebral de la oligarquía argentina— constituyen una clase que invariablemente actuó en la historia argentina como mero agente de la metrópoli británica, oponiéndose en todo momento a cualquier paso tendiente a obtener un mayor margen de independencia económica para la nación.

Las víctimas de esa estereotipia han interpretado el movimiento del 90 desde posiciones simétricamente opuestas, pero idénticamente erróneas. Para unos, puesto que el movimiento agitó reivindicaciones nacionales de defensa contra el imperialismo, y también democráticas, el 90 habría sido una insurrección popular atribuida a una mística e inexistente "pequeña burguesía democrática", o a una burguesía revolucionaria que resulta todavía más gaseosa. Estos historiadores silencian o diluyen la participación hegemónica de la oligarquía. Para otros, puesto que el verdadero protagonista fue la oligarquía, el del 90 no puede clasificarse como movimiento nacional, y lo consideran reaccionario y cavernícola, silenciando sus evidentes planteos nacionales y democráticos.

La verdad es que el del 90 fue un movimiento oligárquico y también fue un movimiento de defensa nacional frente al imperialismo. Defensa puramente negativa, que intentaba poner un límite a las concesiones en beneficio del capital internacional, pero incapaz de formular política alguna antes para imputar el desarrollo nacional sin caer en dependencia ante el ascendente imperialismo británico.

## **Capítulo II**

### **El Dilema De Civilización O Barbarie**

#### **El Pensamiento de Sarmiento y Alberdi Contra la Política Oligárquica**

Cuando la crisis del 90 termina con el gobierno de Juárez Colman, la República Argentina estaba ya claramente estructurada como una nación capitalista semicolonial, bien integrada, o mejor dicho, superlativamente integrada en el mercado mundial. Mucho se había andado respecto a la situación existente al caer Rosas. Mucha más población (cosa debida principalmente al flujo inmigratorio), ferrocarriles, telégrafos, obras sanitarias, puertos, tranvías, educación primaria, agricultura, etc. El gaucho había entrado a la inmortalidad literaria con Sarmiento y Hernández, pero su reino ya no era de este mundo. No quedaba ni uno en toda la Pampa. De los caudillos de poncho y lanza quedaba igualmente sólo el recuerdo. Sumando todos estos datos los historiadores, los maestrescuelas y los gacetilleros enseñan desde aquel entonces que entre 1853 y 1890 la Argentina había pasado de la barbarie a la civilización. Y señalan además que la transformación se había hecho cumpliendo el programa y llenando las aspiraciones de Sarmiento y Alberdi <sup>[8]</sup>.

En esa tradición escolar que se viene repitiendo generación tras generación lo único cierto es que, efectivamente, fueron Sarmiento y Alberdi los más lúcidos y consecuentes teóricos de la necesidad de transformar el país respecto a lo que era en 1853. Pero es enteramente falso decir que la transformación producida respondía al programa de Sarmiento y Alberdi, y todavía más falso es callar —como lo hace la tradición escolar y académica— que al contemplar la supuesta realización de su ideario Alberdi y Sarmiento repudiaron sin mezquinar la voz esa realidad cuya tutoría intelectual se les atribuye y comenzaron a revisar sus programas. Las fuerzas motrices de la historia argentina

no se conocerán en profundidad si no se estudia cuidadosamente ese proceso de revisión que emprenden Alberdi y Sarmiento, porque nada hay más iluminador sobre la naturaleza de las clases dominantes argentinas —y nada hay más condenatorio de las mismas en el plano teórico— que el desencuentro cada vez más acusado entre ellas y los dos hombres que dedicaron su vida a elaborar un programa de desarrollo nacional que suponía la existencia de clases dominantes, pero —ahí está la raíz última del desencuentro — de clases dominantes -menos bárbaras que las padecidas por nuestro desgraciado país.

Son bastantes conocidas las diferencias que separaron a Sarmiento y Alberdi, y la apreciable cantidad de animadversión con que cada uno favorecía al otro. Hasta sus últimos días Sarmiento calumniaba a Alberdi acusándolo de vendido al dinero de Francisco Solano López, de Paraguay. En su famosa polémica de Chile Sarmiento llegó a acusar a Alberdi desde afeminado y cobarde hasta abogado mercenario. Y por su parte Alberdi tuvo cosas parejas para su adversario, a cuyas actividades de fondo apuntó con envidiable puntería.

Las características personales de ambos eran casi simétricamente opuestas: Alberdi: físico endeble, pura lucidez conceptual, incapacidad para la militancia política. Sarmiento ante todo un artista y un constructor, desbordante de fuerza vital, relativamente débil para el pensamiento puro y sistemático, aunque tremendamente fuerte y con frecuencia lúcido en la captación intuitiva de los problemas. Está claro que, como decía Lugones, decididamente Alberdi y Sarmiento habían nacido para no entenderse. Después de Caseros militan en campos opuestos, Sarmiento en un frente único con la oligarquía porteña, Alberdi en el bando de la Confederación. Después Sarmiento apoya la guerra del Paraguay, Alberdi la denuncia con voz que todavía resuena.

Desde 1851 nunca los dos hombres estuvieron de acuerdo en las cuestiones del día. Sin embargo, los dos mueren divorciados de la oligarquía argentina. escribiendo cosas infalible-mente certeras contra ella, defraudados en sus esperanzas de construir una gran nación que pudiera equipararse a los Estados Unidos. Desde luego esto es reverentemente silenciado por la burguesía que gusta presentarse como la realización pimpante del programa nacional de Sarmiento y Alberdi.

Y de otro lado los sectores oligárquicos y sus voceros pequeño burgueses que, al entrar en decadencia ante el imperialismo empiezan a soñar con un retorno al pasado idílico —con mazorca y todo— de don Juan Manuel y a renegar del destino que tuvo el país después de Caseros, tomando al pie de la letra la calumnia de la historia tradicional y afirmando a pie juntillas que el "país se rigió después de Caseros como habían programado Sarmiento y Alberdi. Por eso el país está dominado por el imperialismo, sin haber logrado cristalizar en una gran nación.

De tal modo, rompiendo lanzas contra las ideas de Sarmiento y Alberdi, los revisionistas lavan de culpa y cargo a la oligarquía argentina cuyas taras de clase se ocultan tomando de chivos emisarios a los dos únicos pensadores responsables que ha tenido el país.

## **Sarmiento se Espanta del Olor —a Bosta— de la Oligarquía.**

Hay en Sarmiento una genésica urgencia por el desarrollo material —económico— de la Argentina, como base indispensable para construir una fuerte nación autónoma. Sólo deficientes mentales bien amamantados pueden creer que un desierto sembrado con vacas puede ser base material suficiente para la independencia nacional en la segunda mitad del siglo XIX. (La Argentina tenía menos de medio habitante por kilómetro cuadrado.)

Esto lo veía Sarmiento, y veía bien. Por eso quería transformar el país, porque los de América Latina eran países "que están obligados a transformarse para dejar de ser colonias hispanoamericanas". (XL, 162.) Y apunta asaz claramente el sentido de esa transformación el hecho de que Sarmiento proclamara que tenía tentación de fundar un partido republicano, inspirado en el partido republicano yanqui, el partido de la burguesía industrial norteamericana (XL, 189).

Y su discurso de Chivilcoy confirma ese programa: "Heme aquí, pues, en Chivilcoy, La Pampa, como puede ser tratada toda ella en diez años; he aquí al gaucho argentino de ayer, con casa en que vivir, con un pedazo de tierra para hacerle producir alimentos para su familia; ... si el éxito corona

mis esfuerzos, Chivilcoy tendrá una inmensa parte en ello, por haber sido el *pionner* que ensayó con el mejor espíritu la nueva ley de tierra y ha estado demostrando por diez años que la Pampa no está, como se pretende, condenada a dar exclusivamente pasto a los animales, sino que en pocos años, aquí como en todo el territorio argentino, ha de ser luego asiento de pueblos libres, trabajadores y felices.

Digo, pues, a los pueblos todos de la República, que Chivilcoy es el programa del Presidente don Domingo Faustino Sarmiento. De hoy en más el Congreso será el curador de los intereses del pueblo; el Presidente, el caudillo de los gauchos transformados en pacíficos vecinos." (XXI, 260-67.) "Tenemos tierra para dar hogar a los que nada poseen; mejoraremos las condiciones sociales de la gran mayoría y entraremos en la realidad de la república por la educación y el bienestar, a fin de que los hereditariamente desvalidos empiecen a mirar al gobierno y la patria como suyos". (*Sarmiento Anecdótico*, 245.)

Todavía en 1883 su programa seguía siendo el mismo que tuvo la ilusión de realizar cuando fue Presidente, cuando escribía que "mi plan de política tenderá a mejorar las condiciones sociales de la gran mayoría por la educación y por la mejor distribución de la tierra" (*Cartas a Posse*, I, 188). Recordemos estos dos puntos: educación y reforma agraria.

En 1870 Sarmiento le escribía a su amigo Posse: "Desde el Fraile Muerto o desde las Tortugas cerca de Rosario y desde la frontera norte de Santa Fe, la Pampa ha sido acometida y surcada, habiendo dado este año pingües cosechas que alientan y enorgullecen. ... puedo asegurar que la revolución que nos hará norteamericanos, que destronará al estanciero que hace nacer el gaucho y la montonera no sólo está próxima sino realizada. Aquí en este pedazo de la Pampa hasta Córdoba, va a constituirse una nueva sociedad, una nueva nación, dejando a los muertos allá, que entierren a sus muertos" (*Cartas a Posse*, I, 283.)

En realidad los muertos enterraron al país, a Sarmiento y a su soñada revolución que nos haría norteamericanos en el sentido, claro está, de ser una nación autónoma y moderna. Pero, atención a la preocupación de Sarmiento: *destronar al estanciero que hace nacer el gaucho*. En el mismo lugar, renglones más abajo, Sarmiento se exaspera contra Buenos Aires, "provincia de estancieros satisfechos de la seguridad de sus ganados, de extranjeros indiferentes a todo lo que no sea estrujar al país" (*idem*, 284).

La educación era una palanca de Arquímedes en la transformación que proponía Sarmiento para el país. Tal vez atribuía a la educación poderes que por sí sola no tenía, como bien se la hizo notar Alberdi, aunque su programa de impulsión agro-industrial sugiriera otra cosa. Tampoco está demás recordar que la "instrucción general obligatoria" era consigna levantada por los revolucionarios rusos en la revolución de 1905 (Trotsky, *Lo Revolución Permanente*, 100).

Y él se proponía aplicarla con criterio revolucionario. "Educación nada más que educación; pero no meando a poquitos como quisieran, sino acometiendo la empresa de un golpe, y poniendo medios en proporción del mal. En una nota que envió a Mitre le sugiero la modesta idea de 3 millones de duros consagrados a la educación del año. Se me va a caer de espaldas." (*o Posse*, I, 153.)

Nada de la ansiada revolución que nos hará norteamericanos pudo ver Sarmiento, ni la vería si viviese hoy día. Por eso en 1886, ante la manifestación que acudió a su casa para festejar sus 75 años, dijo que "Allí (en Caseros) terminaron los tiempos heroicos de nuestra patria. Lo que sigue es vuestra propia historia, compuesta de muchas esperanzas realizadas, algunas aspiraciones sobrepasadas por el éxito y no pocas decepciones y desencantos: *con cientos de millones que pesan sobre nuestra conciencia, nuestro honor y nuestras bolsas; con altos salarios pagados para servirnos mal, a guardianes que no nos guardan sino que se guardan ellos*. Podéis creerme si os digo que este es el peor pedazo de vida que he atravesado en tan largos tiempos y lugares tan varios, más triste con la degeneración de las ideas de libertad y patria en que nos criamos entonces" (*El Censor*, febrero 16, 1886). Tales palabras las hubiera, por cierto, suscripto Alberdi. Había fracasado la soñada transformación porque los estancieros satisfechos y los extranjeros, que sólo pensaban en

estrujar al país, seguían gobernando la nación, y cada vez con más seguridad. Sarmiento podía importar las ideas norteamericanas. Hasta cierto punto podía importar el sistema escolar yanqui.

Pero no podía importar la estructura social que engendraba esas ideas y con ellas la grandeza norteamericana. Era el infortunio de Sarmiento y Alberdi que actuaban con un programa que sólo podía llevar a una feliz realización una clase social inexistente en la Argentina: la burguesía industrial.

Sarmiento no puede dejar de advertir que las clases dominantes argentinas, incluso la civilizada oligarquía porteña, eran una traba insuperable para sus proyectos de transformación del país. Y sin alcanzar nunca plena conciencia de este problema, ni sistematizar sus impresiones, dejó constancia de su animadversión con claridad suficiente. Ya conocemos su campaña contra Roca y Juárez Celman. Pero no sólo en ella se pronuncia Sarmiento contra la oligarquía criolla. Hay muchas otras páginas que no pueden dejarse en el desván. Todos los caudillos llevan mi marca, dijo Sarmiento.

La oligarquía también. No olvidemos aquella concisa respuesta que le dio a un estanciero porteño que se oponía a la educación común en nombre de la muy aristocrática sociedad porteña: "Sí, aristocracia con olor a bosta de vacas" (*Sarmiento Anecdótico*, 310). "Toda su respetabilidad la debe a la procreación espontánea de los toros alzados de sus estancias", le advirtió a otro estanciero, y la definición vale para toda la clase (*idem*, 411). "...yo estoy hace tiempo divorciado con las oligarquías, las aristocracias, la gente decente a cuyo número y corporación tengo el honor de pertenecer, salvo que no tengo estancia" (*Carta al Presidente Avellaneda*). El parasitismo de la oligarquía vacuna siempre -mereció la burla de Sarmiento. Ya conocemos su artículo sobre "Carnes frías y estancieros calientes". Insistiendo en el tema, recordaba que "En el país de las vacas es preciso echarle agua a la leche para proveer de la necesaria a una ciudad de 200 mil habitantes" (*XL*, 275). La democracia oligárquica, con que se llenaba la boca el mitrismo, era según Sarmiento, apenas "la *democracia* como lo entiende la oligarquía más pura que se conoce a la raza blanca española en la América del Sur" (*a García*, 93).

"Te mando un opusculito sobre educación —escribe Sarmiento a Posse— en cuya confección he tenido parte comparando datos y mirando cómo avanza cual marea la barbarie del pueblo al mismo tiempo que más ufana se muestra la oligarquía docta a que tenemos el honor de pertenecer. Es uno de los hechos más notables que vengo persiguiendo y estudiando en Chile y aquí, el desdén, el odio secreto de las gentes cultas a la educación general. Nunca he logrado interesar de corazón a nadie por más que a veces haya sido de buen tono político prestar atención" (*II*, 358).

No exagera Carlos Astrada afirmando que "no ha habido ni hay, dentro de la dinámica social e histórica argentina, nada más impotente e inerte que nuestra clase oligárquica, que no demostró nunca estar animada de energía creadora, de impulso constructivo, que carece de iniciativa operante y de verdadero espíritu de empresa" (*El mito gaucho*, 90). Rodeado como estaba por la oligarquía, Sarmiento tuvo sentido bastante para advertirlo así. ... "Aquí lo de que no hay leche en el país de las vacas"... "Nuestra colonia argentina en París —escribió en 1883— es notable por la belleza de las damas y señoritas que la forman, llamando mucho la atención de los parisienses la distinción de su raza. Distínguense los varones por la elegancia de sus modales que llevan de América, su afecto a la ópera. en cuyos escenarios encuentran a los mismos héroes y *primas donas* que aplaudieron en el Colón un año antes, lo que les da el derecho, tan caro a los parisienses boulevarderos, de penetrar tras de bastidores al *boudoir* de tal o cual artista, antiguamente conocida en Buenos Aires. Los *dandys* argentinos toman así posesión de París. Lo que más distingue a nuestra colonia en París son los cientos de millones de francos que representa, llevándole a la Francia no sólo el alimento de sus teatros, grandes hoteles, joyerías y modistos, sino verdaderos capitales que emigran, adultos y barbados, a establecerse y a enriquecer a Francia. En este punto aventajan las colonias americanas en París a las colonias francesas en Buenos Aires. Estas vienen a hacer su *magot*, mientras que las nuestras llevan millones allá" (*El Nacional*, mayo 30, 1883).

El latifundio, columna vertebral de la oligarquía terrateniente, era uno de los odios predilectos de Sarmiento. (Ya vimos sus ataques a la política pro-latifundista de Roca.) Más antes Sarmiento

escribía: "El error fatal de la colonización española en la América del Sur, la llaga profunda que ha condenado a las generaciones actuales a la movilidad y el atraso, viene de la manera de distribuir las tierras" (*Estados Unidos*, 51).

De rebote, el sordo antagonismo de Sarmiento contra la oligarquía lo llevó a reconsiderar su actitud despreciativa hacia las masas populares criollas, manifestada en aquellas frases lamentables por el estilo de "no ahorre sangre de gauchos". En 1870 su amigo Posse le escribía: "Mi querido Sarmiento. No son los gauchos ignorantes y brutos los inventores de los crímenes políticos, son los doctores, los decentes que con su impaciente ambición de llevar por delante, sin pararse en medios, todo lo que se pone de estorbo. Se ha hallado cómodo echarle la culpa al pobre gaucho, que no habla, de las grandes barbaridades de nuestro país, y la verdad es que los crímenes odiosos, como sistema y como medio de partido, los han inventado siempre malvados sapientísimos" (*a Posse*, I, 295). Sarmiento tuvo que llegar a coincidir con esto, rompiendo su cliché sobre civilización y barbarie. "El partido liberal de Santa Fe inspirado por demagogos ha estado a punto de hacerse mutilar; pero queda bajo el rencor de la plebe gaucha, a quien provocan con el desprecio de casta. Esto se repite en San Juan y donde quiera que liberalismo y decencia sean sinónimos de gente docta, blanca, propietaria. El paisano es pícaro, matador, montonero etc., pero ignorante y pobre. *Los otros tienen la tierra y el colegio — el paisano su destitución y su facón*" (*a Posse*, I, 291).

Su enfoque del problema educacional revela meridianamente que Sarmiento inclina sus esperanzas hacia las masas populares, no hacia la oligarquía. De allí su énfasis en la instrucción general, elemental, para el pueblo, y su despreocupación y subestima por la educación académica y universitaria al servicio de la oligarquía. "La educación más arriba de la instrucción primaria la desprecio como medio de civilización. Es la educación primaria la que civiliza y desenvuelve la moral de los pueblos. Todos los pueblos han tenido siempre doctores y sabios, sin ser civilizados por eso" (*Sud América*, 112). Después de su muerte la Universidad canonizó a Sarmiento, para matar lo que de él quedaba vivo y podía perjudicar a la oligarquía. Pero en vida la Universidad de la oligarquía jamás consideró oportuno darle a Sarmiento un título doctoral, ni ¡siquiera de doctor *honoris causa*. Ni siquiera consideró el pedido de Sarmiento de que se le otorgara el título de doctor, formulado en 1853 en nota al rector de la Universidad de Buenos Aires (*La Prensa*, enero 1, 1928). "¿Doctor?... ¡Más doctor será usted!" .. "La edad media nos ha legado una fatal institución, el doctorado; y, vergüenza da decirlo, subsiste en la Argentina como un pasaporte ,un privilegio y un título sin el cual no hay admisión en las regiones de la ciencia oficial" (*ídem*).

## **Sarmiento Comprende la Trampa de Endeudarse al Extranjero**

Pero el desencuentro de Sarmiento con la oligarquía se extiende hasta un tema cada vez más decisivo para el país a partir de Caseros, como lo es la relación con el extranjero, y esencialmente con las metrópolis imperialistas. Mientras la oligarquía tiende cada vez más a acoplarse al capital, a los gerentes y a las ideas y modas extranjeras, Sarmiento tiende cada vez más a la defensa de lo nacional y a cuadrarse ante los desplantes imperialistas. Y cuando los sectores productores de la oligarquía y del capitalismo rural entran en relativo conflicto con el capital financiero internacional apoderado del Estado argentino vía Juárez Colman, es Sarmiento el primero y más brillante expositor

del descontento de esos sectores, como hemos visto en su campaña contra el roquiñarismo. Estos son hechos que los apologistas oligárquicos de don Domingo Faustino ocultan o atribuyen piadosamente a reblandecimiento senil, y que los baratos detractores ocultan con mayor celo todavía porque contradice su mito del Sarmiento beatamente extranjeroizante y antinacional.

"Nuestro deber es reaccionar contra este espíritu de invasión sobre nuestra sociedad, y unir los elementos que la constituyen. No hagamos de] título de extranjero un privilegio, si queremos formar una nación" (Condición del Extranjero, 4:4)...

"Si tantas y tan poderosas consideraciones no bastan para desarmar la susceptibilidad de aquellos gobiernos, entonces, con el mayor respeto, tendremos que hacerles presente, que estos pueblos también tienen la impertinencia de ser susceptibles, como si ellos se compu-

sieran también de seres humanos, y que incapaces de enriquecerse, de fundar gobiernos estables y de prosperar, la única pasión que los reúne a todos y les da ser, es la susceptibilidad de raza, de nación; que Buenos Aires es hoy el mismo de 1806, el mismo de 1838, 1845, irreflexivo para medulas consecuencias de las resistencias a las susceptibilidades sin derecho, contra las legítimas susceptibilidades del país; que ha probado por actos auténticos que desea que los señores Klappembach y Makinlay vivan en Buenos Aires tan seguros, tranquilos y felices como en Suiza o en Inglaterra; pero que nunca consentirá, y hará muy bien en ello, que insulten las leyes del país a fuer de ingleses o de suizos.. ." (ídem, 67).

"Estamos en plena comente de inmigración y es la empresa del día evitar que! degenere en peligro para la integridad y soberanía nacional" (XXXV, 284).

Ese era el programa de Sarmiento en 1882. ¡Cuidado! advierte Sarmiento, cuidado con "el espíritu de extranjerismo que se va radicando de tal manera, que mañana tendremos que decir cuando se nos pregunte: ¿quién es usted? "Con perdón de usted, argentino" (XXXVI, 168).

Y "Roca hace y hará todo lo que quiera, para eso tiene una República sin ciudadanos, corrompida en estos últimos tiempos por la gran masa de inmigración, sin otro propósito que buscar dinero por todos los caminos, con preferencia los peores en el sentido de la honradez. ¡Qué chasco nos hemos dado con la inmigración extranjera! Estos gringos que hemos hecho venir son aliados naturales de todos los gobiernos ladrones por la buena comisión que cobran ayudándolos en las empresas rapaces" (a Pose, II, 566).

"Con todas nuestras inferioridades, yo estoy por la idea de aquel que prefería la luna creciente por símbolo, a la luna llena. La Francia fue la luna llena ya... Tengamos fe en nuestros destinos. La América del Sur viene en pos" (a García, 63).

Esta es la reservada actitud de Sarmiento ante todas las maravillas del capitalismo europeo en sus últimos años, cualquiera haya sido su primitivo y no muy duradero deslumbramiento con la civilización imperialista.

Ya vimos al estudiar la campaña de Sarmiento contra el roquijuarismo cómo percibía el tremendo peligro de la política de empréstito sobre empréstito. Ya antes había escrito: "Somos muy pocos habitantes para abarcar tanta tierra como la que tenemos para el trabajo y la riqueza. La del país no se hará sino con el esfuerzo de los extranjeros. *No queremos sus ahorros convertidos en empréstitos que muchas veces no podemos pagar. Queremos sus brazos, sus músculos, su inteligencia, sus iniciativas*" (Rivero Astengo, 98.) Era una correcta política nacional burguesa para desarrollar el país sin entregarlo al imperialismo. Pero desde luego nadie hizo caso. En sus últimos días bien podía escribir Sarmiento "Estoy ensordecido por el fragor de las instituciones que se derrumban. Juárez no será más que el instrumento de las fuerzas ciegas que están transformando la República. Ya no puedo gritar! Estoy ronco después de 60 años de prédica estéril" (Astengo, 395).

El mismo apuntaba cuáles eran esas fuerzas ciegas cuando reconocía que "es imposible mi rol en el mundo financiero que nos domina. Mi palabra es la voz en el desierto" (a Posse, II, 516). El capital financiero internacional era en efecto crecientemente poderoso dentro del país. La política del imperialismo estaba en marcha, y no era más que la exacerbación de uno de los aspectos de la tradicional política de la potencia capitalista más fuerte del siglo XIX ante los países atrasados, aspecto muy bien advertido por Sarmiento en 1841: "La política europea que en América no tiene principio fundamental, si no interés material, y no más que especulación mercantil, es saltona, versátil, e inconsecuente en todas sus operaciones. Le es indiferente la monarquía o la república unitaria o federal, el despotismo o la libertad; y por eso un mismo gabinete

manifiesta simpatía en favor de unos gobiernos y antipatías por otros, cualquiera que sea su principio fundamental. Es amiga del gobierno liberal si le conviene, y del despotismo al mismo tiempo si le hace cuenta, ... los mezquinos gobiernos de América o los mandatarios interesados en conservar un puesto del que los arroja la opinión pública, no hallando en su alrededor apoyos nacionales, simpatías populares y fuerza moral, las mendigan en los agentes consulares, en la opinión de los extraños, y para sostenerse no sólo sacrifican el principio político, sino también el interés material americano.

He aquí el pacto que hacen: yo te entregaré, dice el gobierno, el principio económico y tú ayúdame a sofocar el político. Pactada y firmada esta convención, fácil es decir las consecuencias dañinas que fluyen contra la América y la organización de sus gobiernos". Y de allí sacaba Sarmiento una conclusión que debe haberle vuelto a la mente en sus últimos días, ante la realidad del juarismo: "...los americanos preferimos volver a la vida salvaje, vestirnos de pieles y plumas, errar en los bosques y renunciar a los beneficios de semejante civilización, si ella habría de traernos la pérdida de la independencia, las cadenas de un déspota y las barbaries de sus atrocidades" (Martínez Estrada, 149-50).

A la oligarquía porteña, a la cual sirvió durante mucho tiempo en su lucha contra el país. Sarmiento la tenía bastante bien fichada, y su complicidad con ella no pudo cerrarle los ojos a la evidencia de que con esa clase se podía hacer cualquier cosa menos una gran nación independiente según el modelo yanqui. "Es exagerado decir que Buenos Aires sea ni haya sido el baluarte de la libertad. Fue la cuna de la anarquía hasta 1820: fue el centro de la más innoble y brutal tiranía que hayan fomentado y tolerado pueblos modernos, desde 1831 hasta 1851, y diez años más tarde no era todavía un Estado digno de ser considerado como un gobierno constituido" (XL. 262).

Sarmiento se manifiesta "desencantado de todo, de Buenos Aires como del Paraná, cada uno quisiera tenerme de su lado para maldecir al otro, siendo yo en todo ello el pato de la boda, por tener la desgracia de ver un poco más claro. No hablemos de Buenos Aires. Nada hay que esperar de él precisamente porque todo lo tiene, sino es inteligencia y previsión. ¿Qué podéis esperar de un pueblo que sin gobierno, sin prensa útil, sin administración, sin ejército, casi, emprende a la vez la construcción de un muelle, un camino de hierro, un alumbrado de gas, una aduana; varios templos, diez leguas de empedrado, 1500 edificios particulares, y que dobla las entradas de aduana, tiene 12 millones de depósitos de particulares en el banco recibe 3 mil emigrantes por mes que ganan 12 reales plata diarios, y los trabajos se suspenden por falta de brazos? ¿Qué vais a decirle de provincias, nación, Urquiza, y puterías, a quien tienen a la Ida y a la Biscachianti en la Opera luchando con dobles entradas, a la compañía española y a la Hispanoamericana en el drama, y a más de dos clubes una filarmónica, y exhibiciones de la Sociedad de Beneficencia, y comunión de los enfermos del Hospital a donde concurren por millares las señoras a derramar lágrimas de contento y de entusiasmo? ¿Qué contarle de miserias a un pueblo que amenazado por los indios que le arrebatan cien mil cabezas de ganado de un golpe, y deja que un complot de agiotistas compre 200 mil onzas de oro, las sustraiga del mercado y las haga subir de 335 a 367 en 15 días y bajar a 350 de ayer a hoy? ¿Vais a hablarle a este pueblo de Urquiza, el Congreso y todas esas majaderías? Estoy bien, me saludan, me agasajan, se complacen de que venga a habitar en este país. Si les digo que son unos malvados me hallan razón y me ofrecen un habano. En seguida se habla de la Biscachianti, de Pórtela, del precio de las onzas" (*carta a Posse*, I,61).

Que la oligarquía porteña distaba mucho de encarnar la civilización contra la barbarie del resto del país, Sarmiento lo advirtió, con tardanza tal vez, pero lo advirtió, a expensas de la oligarquía. Por eso se complace de que la traducción al inglés de *Civilización y Barbarie* prescindiera de este título. "porque no siempre se puede por los hechos saber de qué lado está la barbarie" (XLVI, 208). Y ahí está el veredicto terminante: "Diréselo a usted al oído a fe de provinciano agricultor, el pueblo de Buenos Aires, con todas sus ventajas. es el más bárbaro que existe en América. Pastores rudos, a la manera de los kalmukos, no han tomado aun posesión de la tierra" (V, 290).

Y todos estos desencuentros de Sarmiento con la oligarquía porteña son más trascendentes todavía por la circunstancia bien conocida de que Sarmiento colabore políticamente con ella contra el resto del país y hasta fue su apologista. En cierto sentido el lema mentiroso de civilización o barbarie tendía a representar a la oligarquía porteña, queriendo o no, como abanderada de la civilización, y esto era diáfanoamente falso, más todavía que presentar como barbarie a las actividades campesinas que constituían la mayor riqueza nacional. (Y agreguemos de paso que el estribillo de civilización y barbarie no lo inventó Sarmiento; flotaba en el ambiente de la *inteligente* antirrosista, y ya en 1838 J. M. Gutiérrez le decía en carta a Alberdi que la cuestión entre Rosas y Francia no era "sino un detalle de la vieja contienda de la civilización y de la barbarie" (Póstumos, 13, 544).



Los peores momentos de Sarmiento son estos en que se transforma en aliado de la oligarquía porteña, en desafortunado denigrador —y aplastados la ocasión llegada— de las grandes masas que estorbaban la marcha oligárquica hacia la acumulación capitalista y el acuerdo con la Bolsa de Londres. Pero por eso precisamente es tan incomparablemente valiosa aquella manifestación suya que resume toda su experiencia: "*en los hechos no se sabe bien dónde está la barbarie y dónde la civilización*".

## **El Dilema Del Gauchaje Bárbaro y Los Hacendados Mas Bárbaros Aún**

Cuando Sarmiento se pone en porteño regurgitante de desprecio por el gauchaje resulta, por momentos, irreconocible. Así, en cartas públicas enviadas en 1858 para combatir a la Confederación, se refiere a Artigas como "el salvaje animal que enchalecaba hombres" y se exaspera contra Urquiza porque después de Caseros "se presentó en la calle triunfal ante el pueblo culto, ante las damas elegantes, con el sombrero al ojo y el rebenque en la mano, y el recado *criben* de pinturas grotescas... El General Urquiza había traído de Entre Ríos sus mozas viejas y mozas, su manada, y a las madres de familia de la orgullosa Buenos Aires les impone en el Club del Progreso, en las recepciones de Palermo, el deber de acatar y prodigar respetos delante de sus hijas, a este desenfreno de inmoralidad y de barbarie. Esas matronas ultrajadas de Buenos Aires son las que encendieron el odio contra el padrillo inmundo, contra el gaucho insolente". (*Cartas de Sarmiento o Salvador M, del Carril*). Tiempo después, cuando las madres de familia de la orgullosa Buenos Aires empezaron a ponerle piedritas y montañas en su campaña por la educación común, y cuando Urquiza se transformó en principalísimo punto de apoyo de su presidencia contra las embestidas furiosas de los civilización mitrista, Sarmiento tuvo por fuerza que hacer el replanteo de estas barbaridades consignadas en tinta. Pero antes de que viera más claro, tuvo demasiado tiempo de escribir y perpetrar otros despropósitos que, por cierto, sólo aprovecharon a la oligarquía porteña. En 1853 por ejemplo había escrito, con motivo de la sublevación de Lagos: "Las campañas! Y después de 20 años, todavía intacta, sin modificación alguna, un día, al grito del primer venido, la tierra pastora se levanta, a hacer una *razzia* sobre la ciudad, ocupada en establecer sus derechos y defenderse... Buenos Aires es y será todo. Ella será el depositario fiel de la civilización y de la libertad; pero las provincias son poderosas Dará el mil: ellas encierran todos los elementos disolventes" (*La Nación*, mayo 15. 1911). Y sus comentarios sobre la guerra del Paraguay, llenas de desprecio para el pueblo paraguayo. "Si aun quedan simpatías por López es preciso creer que hay aberraciones inexplicables en el espíritu humano . . . La guerra esta concluirla, aunque aquel bruto tiene aun 20 piezas de artillería y 2000 perros que habrán de morir bajo las patas de nuestros caballos. Ni a compasión mueve aquel pueblo rebaño de lobos" (*Páginas*, 118: a *García*, 50).

Todo eso era falso de pe a pa, y contradecía los intereses del desarrollo nacional en la misma medida en que beneficiaba a la oligarquía porteña. Sin embargo, hay que recordar que la inquina de Sarmiento contra los grandes masas del Interior y la campaña no proviene de que éstas dificultan el monopolio de la aduana por Buenos Aires —esto era lo que le dolía a la oligarquía— sino de que el atraso de esas masas desde el punto de vista de la estructuración de una nación al estilo yanqui, dificultaba la transformación nacional que Sarmiento anhelaba.

La mayor falsedad de la posición de Sarmiento no estaba en plantear que era preciso revolucionar el modo de existencia de esas masas y barrer a los recalcitrantes aferrados al pasado; la falsedad fundamental estaba en confiar en que una vez vencida la resistencia de las masas era la oligarquía porteña la llamada a construir la gran nación. No era falso en sí mismo combatir lo que había de barbarie en la mayoría del país. Lo terrible fue suponer que la oligarquía porteña representaba la civilización. Por otra parte el error era inevitable, porque no había en el país ninguna fuerza social que representara realmente la civilización, es decir, el desarrollo nacional autónomo. Alberdi apostó a la carta de la Confederación, y, en cuanto a resultados prácticos erró tanto como Sarmiento con su

apoyo a la oligarquía porteña, -porque ya hemos visto que en las cuestiones esenciales referentes al desarrollo nacional Buenos Aires y la Confederación coincidían.

¿Era justo exterminar al gauchaje? ¿Y en nombre de qué? Para construir una nación moderna e independiente era necesario transformar al gaucho —y en general a las grandes masas de la población criolla— y eliminarla si se mostrara incapaz de transformarse en el grado y sentido exigido por la civilización capitalista. (Y en igual medida había que transformar, dicho sea de paso, A la inmigración italiana y española que en gran "parte traía la herencia de las sociedades precapitalistas de cuya disolución y podredumbre huían).

Desde luego, no había absolutamente nada en la "raza" criolla que le impidiera alcanzar un destino similar a la "raza" anglosajona establecida en Estados Unidos, pero había que cambiar la estructura social en que se desenvolvía —y es sintomática la insistencia de Sarmiento en la educación y la reforma agraria— y correlativamente, modificar formas y normas de vida heredadas de la colonia. Pero esto sólo podría tener la virtud de alumbrar a una gran nación en caso de existir una clase revolucionaria capaz de presidir esa metamorfosis de la sociedad. Esa clase, la burguesía industrial, no existía entre nosotros, ni remotamente. Por eso el exterminio del gauchaje no sirvió para crear una gran nación; aprovechó a la oligarquía y desde luego a sus socios extranjeros. Tremendo era el error de Sarmiento y trágicas sus consecuencias cuando aconseja no economizar sangre de gauchos y aprueba la eliminación del Chacho facilitando que la oligarquía porteña se adueñara del país y lo negociara con el capital imperialista. Pero de allí no puede deducirse nada en contra de la elemental lógica histórica con que defendía la expansión mundial del capitalismo que, con métodos bárbaros a veces, arrastraba al régimen del mercado mundial a todos los pueblos recalcitrantes, "Porque es preciso que seamos justos con los españoles; al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, lo que la colonia efectúa deliberada o indeliberadamente con los indígenas: absorbe, destruye, extermina Si este procedimiento terrible de la razón, es, como la guerra misma, como la conquista, uno de los medios de que la providencia ha armado a las diversas razas humanas, y entre éstas a las más poderosas y adelantadas. para sustituirse en lugar de aquéllas por su debilidad orgánica o su atraso en la carrera de la civilización no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra. Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar "pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a estas injusticias América en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está hoy poblada por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más progresiva de las que pueblan la tierra... Así, pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables". (*Comentario a la obra de Lastarria*)

Sarmiento se muestra aquí insospechadamente hegeliano y éste era el criterio por el cual pedía exterminar al gauchaje cuando lo creía inadaptable a la civilización, la cual era indispensable incorporar pronto al país si no queríamos ser suplantados en la posesión de la tierra argentina. Ahora bien, en la concreta situación argentina, la oligarquía sólo era conductora de civilización con grado mínimo y su predominio se sustentaba en la conservación de todos los basamentos del atraso y la barbarie nacional.

Y además Sarmiento —hasta sus últimos años al menos— sólo percibía un momento de la dialéctica histórica, aquél en que los pueblos civilizados cumplan la función progresiva de incorporar a la civilización a los países bárbaros como los denominaba el Manifiesto Comunista, aunque contra la voluntad y contra la sangre de estos. No veía Sarmiento que con el tiempo esa situación cambiaba y los países civilizadores se transformaban en parásitos que cerraban el paso a los que querían civilizarse, de modo que ante el juicio de la historia los civilizadores de ayer se transformaban en bárbaros y los bárbaros en los más esforzados campeones de la civilización.

Esa fase imperialista es precisamente este momento histórico del desarrollo capitalista, y en él fue apresado nuestro país. El anti-gauchismo relativo de Sarmiento sólo fue aprovechado por la oligarquía, por eso —no por razones sentimentales— es tan chocante. Pero ello no autoriza a negar

el correcto énfasis en la necesidad de hacer todo lo necesario para incorporar al país a la civilización capitalista.

Por supuesto, aun cuando la liquidación del gauchaje hubiera abonado el nacimiento de una grande y moderna nación industrial según el modelo yanqui, habría quienes mantendrían el culto romántico del gaucho, esa orgullosa y libre criatura que según Sarmiento no estaba acostumbrada a soportar nada encima de su cabeza, excepto el sombrero<sup>[9]</sup>. A estos hay que responderles con las palabras de Marx: el modo de producción capitalista "crea, por primera vez, al mismo tiempo que la alienación general del individuo -frente a sí mismo y a los otros, la universalidad y la totalidad de esas relaciones y de esas facultades. En etapas anteriores del desarrollo, el individuo aislado aparece más rico, justamente porque todavía no ha desprendido la plenitud de sus relaciones sociales para ponerlas enfrente de él como potencias y relaciones sociales independientes. Es tan ridículo tener nostalgias de esta plenitud primitiva como creer que es preciso detenerse en su total anulación. La visión burguesa no se ha elevado jamás por encima de la oposición a esta visión romántica y por eso ésta la acompañará hasta el fin como una contrapartida legítima" (*Revue D)Historie* .. , 182).

"Seamos francos —decía Sarmiento— no obstante que esta invasión universal de Europa sobre nosotros nos sea perjudicial y ruinosa, es útil a la humanidad, a la civilización y al comercio. Los pueblos ganan en ello; y el globo todo se enriquece y se puebla de naciones cultas merced a estas injusticias momentáneas. Los únicos que pierden somos nosotros, los pueblos de la raza española, que cercados por todas partes por la industria europea y estrechados por los focos de riqueza y civilización que se levantan a nuestro lado, permaneceremos siempre anonadados por nuestra propia inferioridad y nuestra impotencia...

Es un hecho notable que se manifiesta a nuestra vista continuo, ascendiente y que sin embargo apenas llama la atención en América: el que la industria europea y la empresa europea nos dominan, nos cercan y nos explotan diariamente sin que nosotros tengamos parte en el movimiento, sin que participemos si no es de algunos desperdicios y migajas de su banquete. Si han de navegarse los ríos, los extranjeros son los primeros que vienen a descubrirnos que tenemos ríos navegables; si han de establecerse dos miserables vapores, los extranjeros son los primeros que saben cómo se obtiene un privilegio y se compran dos buquecitos para ganar millares de pesos.

No hay una sola empresa, ni una sola industria de mediano valor que no esté en manos de los extraños, y no vemos la razón por qué a la larga y extendiéndose progresivamente esta situación de hecho, no sólo la industria sino la propiedad territorial venga a caer toda en manos de los extranjeros. No vemos por qué a la vuelta de algunos siglos no hayan descendido nuestros nietos a formar la masa ignorante e impotente de la población sustituyéndose a los que hoy ocupan la cumbre de la sociedad con elementos más hábiles, más activos y más industriosos que cada día se introducen.

No es nuestro ánimo suscitar aversiones estúpidas y brutales contra el elemento extranjero que se interne en nuestra sociedad. De él depende a nuestro juicio la civilización y la riqueza del país; de él nos viene el progreso del comercio y de la industria. Deploramos solamente una fatalidad que pesa sobre nosotros; nos quejamos de dolencias que están en la médula de nuestros huesos, que son crónicas, hereditarias y cuyo remedio no se nos alcanza" (Font Ezcurra, Universidad, 55).

Esta era la problemática que enfrentaban todos los países atrasados hacia la mitad del siglo XIX, cuando la expansión de la burguesía europea derrumbaba las murallas chinas e incorporaba a la civilización los países bárbaros —según las palabras del *Manifiesto Comunista*. Inútil era pretender conservar la independencia encerrándose en el aislamiento, que las mercaderías y los buques de guerra ingleses abolían inexorablemente; inútil y además antihistórico.

Había que aceptar la invasión europea —"abramos de par en par las puertas. ¡Que Europa nos penetre por todos lados!" —decía Alberdi— como única forma de crear las condiciones reales para una posterior afirmación de la independencia nacional sobre un nuevo plano. La historia no ofrecía otros caminos. Sólo que requería para cumplir la segunda fase la existencia de clases nacionales y revolucionarias interesadas en el desarrollo autónomo de la nación, y tales clases no existían en la Argentina. Por eso fracasó el programa de Sarmiento. Es estúpido criticar su programa —también de Alberdi— de inmigración y abrir las puertas a Europa. Lo que hay que señalar es que al país le

faltó una clase dirigente capaz de construir una gran nación en base a los elementos aportados por la europeización.

## **Sobre la Industria y la Posesión Territorial**

No es de extrañar que Sarmiento, rompiendo con la opinión general de la oligarquía porteña, principalmente de su rama comercial mitrista, y con sus propias convicciones librecambistas, advierta y proclame la necesidad de sacar al país del monocultivo agrícola-ganadero y desarrollar la industria. Allá en *Facundo* había escrito que "los españoles no somos ni navegantes ni industriales, y Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas; y ella y nosotros ganaremos en el cambio" (290). Y todavía en 1854 afirmaba que "No soy de los que creen que puedan instalarse industrias fabriles entre nosotros" (*Carta a Posse*, I, 38). Sin embargo, ya en 1864 Sarmiento se dirige al presidente de la Sociedad Rural Argentina y le encarece la diversificación de la economía nacional desarrollando la agricultura y la industria porque "El ganado y sus productos como industria exclusiva y única del país, tiene el inconveniente de que su precio no lo regulamos nosotros por falta de consumidores sobre el terreno, sino que nos lo imponen los mercados extranjeros, según su demanda" (XXIX, 152). Y después Sarmiento ya no olvidaría la necesidad de desarrollar una industria nacional. Siendo presidente, asiste complacido a la inauguración de una fábrica textil, y en la Exposición de Córdoba concurre vistiendo un traje de manufactura nacional. En 1886 señala que "La industria mecánica y manufacturera está todavía en las primeras luchas. Esta es la razón tal vez por la que en este mercado de lanas no tenemos todavía una fábrica textil, siendo enorme el consumo de paños y teniendo, salvo la maquinaria, todos los elementos del ramo en el país. Van a Inglaterra millones de arrobas de lana recargadas con fletes enormes por la condición en que se exportan y esa materia prima, de vuelta de aquellas lejanas fábricas, las pagamos a precios tan subidos que aumentan considerablemente nuestra cuenta de importaciones en la balanza de comercio" (*El Censor*, enero 9, 1886). Y no se dijera que la industria fabril era "artificial" porque necesitaba de protección, pues entonces el país no debería dedicarse más que a la ganadería, única actividad "natural".

"... la agricultura misma ha necesitado para desarrollarse y toma el incremento que hoy tiene, de leyes protectoras y de colonización, ha necesitado italianos y franceses, irlandeses a miles por año ... La ganadería es nuestra verdadera y única industria nacional, fundada sobre bases coloniales y desarrollada por la parte principal de la masa argentina. Todo lo demás es importado después de 1850" (*ídem*).

Por otra parte, hay en Sarmiento una conciencia bastante clara de la necesidad de tomar desde muy pronto recaudos físicos contra las posibles derivaciones coloniales de la europeización. Y esto con un criterio continental que lo hace doblemente correcto. La famosa actitud de Sarmiento en 1840, cuando defiende contra Rosas el derecho chileno a ocupar el Estrecho de Magallanes brota precisamente de su preocupación por impedir la colonización europea de esa región. Así surge netamente de los artículos de Sarmiento, que un resista con cataratas publicó para desprestigiar a Sarmiento presentándolo como un descastado anti-argentino, cuando en realidad sólo prueban que tenía una iluminada conciencia de los peligros que enfrentaba América latina. Pero hay cosas que sólo pueden comprenderse utilizando un poco de inteligencia, y por tanto están fuera del alcance de los historiadores resistas, que en insuficiencia mental casi logran alcanzar a los mitristas ortodoxos. En la época de Rosas la Argentina, que todavía no había logrado solucionar el problema del indio en la provincia de Buenos Aires, no estaba en condiciones de colonizar la Patagonia. Había para ello candidatos europeos, Inglaterra ante todo, y un candidato latinoamericano, que era Chile. Entre una Patagonia inglesa o chilena había que optar sin vacilación por esta última alternativa, y así lo hizo Sarmiento.

"Lo repetiremos hasta la saciedad, aquel punto (el Estrecho de Magallanes) está llamado a figurar un gran papel en el comercio del mundo. . . ¿Se cree por ventura que intereses tan grandes han de quedar librados a merced de la naturaleza? La previsión europea que anda a caza de tierras para formar colonias, y que se anticipa de un siglo en la ocupación de aquellos

puntos del globo que ofrecen la más leve importancia comercial, ¿se descuidará en aprovecharse de lo que nuestra incuria deja abandonado a la nulidad y el desamparo? Pero veamos lo que sucede en estos momentos. Inglaterra se estaciona en las Malvinas para ventilar después el derecho que para ello tenga. En cambio no faltará cada año que transcurre en el Mensaje del gobierno de Buenos Aires, el párrafo obligado: "El gobierno continúa sus reclamos, y espera de la justicia del gabinete británico que serán atendidos". Mañana se hará otro tanto en nuestras islas del Sur, en nuestro territorio del continente despoblado y en el Estrecho de Magallanes. .. Supongamos un momento que una nación europea, Inglaterra, que no ve una isla que no la llame su colonia al momento, supongamos una colonia extranjera en el Estrecho, con el poder de desenvolvimiento que tiene toda otra raza que no sea la nuestra, con los millares de enemigos que pueden reunirse en un día en rededor del pabellón inglés, con su marina, con sus industrias y su actividad, ¿qué viene a ser el comercio de Chile, la prosperidad de Chile, la importancia de su posición?; un recuerdo, un humo vano.. . El gobierno de Chile con los poderosos elementos que le presta su posición, su tranquilidad interior, y la riqueza del país, ¿no se ocupará un momento en probar y hacer un esfuerzo para asegurarse un porvenir colosal, y salvarse de la anonadación a que pueda reducirlo la anticipación de otra nación más calculadora, que le arrebatase de las manos los elementos de prosperidad que no ha sabido o no ha querido utilizar? ¿Quedan dudas después de todo lo que hemos dicho sobre la posibilidad de hacer segura la navegación del Estrecho y de establecer allí poblaciones chilenas? Pero ¿qué se hará para aclararlas o desvanecerlas? ¿Permanecer en la inacción meses y meses? ¿Dar por sentado lo que la tradición, el hábito o la falta de datos establece como cierto? ¿Abandonarse a discusiones estériles, porque carecen de bases sólidas y a la opinión de éste o de aquel? ¿Aguardar que de las islas Malvinas venga un inglés y levante una cabaña en el Estrecho y nos diga, ya la Inglaterra está en posesión?" (Font Ezcurra, *Unidad*, 39).

Después de la organización nacional cuando el país estaba efectivamente en condiciones de ejercer su influencia en la Patagonia, Sarmiento defendió intransigentemente este derecho contra Chile. Pero en la época de Rosas, cuando el dilema real era entre el derecho abstracto argentino y la posibilidad real chilena o inglesa, su actitud revela la correcta preocupación de que el sur de América Latina fuera colonizado o malvinizado por Europa, con las previsibles consecuencias para la independencia de Argentina y Chile.

En general, nunca aparece más pobre el pensamiento y la actuación públicos de Sarmiento que en el decenio 1852-1862 en que —sin identificarse plenamente con el mitrismo, que es la perfecta expresión de la oligarquía porteña— actúa estrechamente junto a ella, contra el resto del país alineado tras la Confederación. De entonces datan sus mayores desbocamientos, desde "no ahorre sangre de gauchos" hasta la aprobación del asesinato de el Chacho.

Entonces Sarmiento olvida su campaña contra el monopolio aduanero porteño, que él había sindicado como la esencia del poder de Rosas (*Carta al general Paz de diciembre 1845 en Papeles del Archivo*). Entonces Sarmiento pretende justificar el golpe porteño de setiembre del 52 porque "Todos los capitalistas de Buenos Aires, todos los ciudadanos notables, todos los hombres de Estado habían promovido o sostenido el acto" (*Cartas a del Carril*) olvidando que entre esos hombres de Estado se hallaban los mazorqueros Torres y Anchorena, sus enemigos de toda la vida. Y en su furiosa campaña contra Urquiza y los viejos caudillos federales que lo apoyaban, y contra Alberdi que defendía esa coalición como la fuerza más representativa de la nación, se olvidaba Sarmiento de que él mismo había opinado lo mismo que Alberdi (*Carta a Paz en Papeles del Archivo*).

Este decenio en que Sarmiento y la oligarquía porteña marchan relativamente juntos, le suministró a Sarmiento capital para llegar a ser Presidente y a sus detractores profesionales de la escuela rosista el 99% de las citas y acusaciones contra Sarmiento. En realidad, es evidente que en 1852 ninguna de las dos fuerzas que se disputan el comando del país eran capaces de sustentar el programa de creación de una gran nación y Sarmiento prefirió apostar a la que tenía mayores posibilidades de triunfo y podía brindarle mayores probabilidades de pesar en la vida política. Alberdi eligió el campo contrario y terminó en el ostracismo.

Pero mientras las ideas que Alberdi elabora y desarrolla en ese decenio son de lo más valioso que ha producido el pensamiento argentino, casi todo lo que Sarmiento escribe o dice para el público es una deplorable exaltación de la causa de la oligarquía porteña. Pero precisamente esta alianza con el mitrismo es lo que centuplica el valor de sus permanentes denuncias contra la oligarquía argentina y sus socias provinciales cuando al llegar a la presidencia de la república —y desde entonces hasta su muerte— comprende cada vez más que con las clases dominantes argentinas no se puede ir a ninguna parte.

## La Mutilación de Sarmiento por los Panegiristas

Muerto, Sarmiento ha sufrido una persecución increíblemente más completa y eficaz que la que sufrió por orden de Rosas. Periódicamente se tiran bombas de alquitrán contra sus estatuas, o paquetes de sucio papel impreso, maloliente a sacristía, contra su memoria. Pero no es esto lo que más lo afecta. El peor ataque contra Sarmiento está en sus estatuas y en el culto oficial de su memoria, en el significado que las clases dirigentes argentinas han querido imprimirles. Porque es casi inevitable que quienes se rebelan contra la oligarquía argentina y sólo conocen de Sarmiento (y Alberdi) la historieta que sobre ellos cuenta la oligarquía, empiecen por odiarlos como a otros tantos políticos oligárquicos.

Sin embargo, el pensamiento revolucionario argentino tiene que arrancar a Sarmiento y Alberdi de las garras de la museografía oligárquica, demostrando que estas grandes figuras nacionales murieron denunciando y poniendo en la picota a la oligarquía argentina, incapaz de conducir a su país al gran destino nacional que ellos habían soñado. Hay que demostrar cómo "esos dos hombres, que representaban el más alto grado de conciencia de lo argentino habido entre nosotros, tuvieron el coraje más difícil: el de reconocer el fracaso casi total de su propia obra y la existencia de una dictadura social más honda e inacabable que la de Rosas, sin sentirse descorazonados por ello, sino al contrario, siguieron confiando a pies juntillas en el porvenir de estos países y batallando, por conseguir su logro, más porfiadamente que nunca" (Luis Franco).

Jamás vio Sarmiento con más claridad las fuerzas que estrangulaban al país que durante su campaña contra la familia Roca-Juárez. Ocurrió sin embargo que esos eran los últimos días en la vida del formidable combatiente y entonces los escritores asalariados por Roca fueron rápidos en el diagnóstico insultante. Sarmiento combatía a la oligarquía porque se hallaba "en los extravíos de una ancianidad agresiva" (*Sud América*, enero 8, 1886). Esto no era mucho, porque se dijo en medio de una durísima polémica y quedó perdido en la prensa de la época. Lo malo es que después Leopoldo Lugones, su primer y mayor biógrafo oficial, silencia en su ensayo esa postrera campaña de Sarmiento; y luego Ricardo Rojas, el máximo cultor de la erudición, el floripondio y la somnolencia entre nosotros, biógrafo patentado y aclamado por la cátedra oficial, no sólo vuelve a pasar por alto la más hazañosa salida del campeador sino que reivindica los insultos que la prensa de Roca le endilgara.

Y dice así el *El Censor*, esa última hoja de Sarmiento, que arrojó una luz de mediodía sobre los más grandes problemas de la Argentina, ya comenzada a manejar por la Bolsa de Londres, fue "periódico de una propaganda negativa, injusta a veces y de injurias personales" (*El profeta*, 574). "Sarmiento después de 1880 no supo envejecer" (*ídem*, 671) dice el profesoral profesor, y que "no tenía razón" Sarmiento en combatir al roquismo puesto que con Roca "la República se encaminaba por sendas de paz, trabajo, progreso, inmigración y educación popular, es decir, todo el antiguo programa de Sarmiento" (*ídem*, 669). Lo único que faltaba del programa de Sarmiento era un país donde no gobernaran las vacas ni los banqueros londinenses, y bajo Roca como después de Roca, la paz, el trabajo, la inmigración y la educación no era más que alfombra para la democracia de vacas y banqueros, y por eso Sarmiento se volvía tan descomedidamente contra Roca. Ni decir que si el

doctor Rojas hubiera dado muestras de entender esto no habría sido en 1945 candidato senatorial del embajador norteamericano.. . ni el gobierno Aramburu-Rojas hubiera apesadumbrado con su nombre a infinidad de escuelas, museos y otros lugares inofensivos.

Pero no sólo se silencian las denuncias de Sarmiento contra la oligarquía. Además, se lo pinta como un proto-político oligárquico al lado de.. . Mitre, aunque un poquito más abajo... Lugones, en su biografía de Sarmiento, insiste continuamente en poner juntos a Mitre y Sarmiento. Claro, Lugones era escriba de *La Nación*, y así se explica que llegase a dejar escapar que Mitre era un "guerrero de vocación superior" comparable al General Paz (*Sarmiento*, 207) y que la guerra del Paraguay fue una de "esas guerras que inmortalizan sin mancha" (*ídem*, 253). Siguiendo esta escuela, el pintoresco Enrique de Gandía prologa unas Obras Selectas de Sarmiento y mientras proclama que "Las infamias que se han dicho sobre Sarmiento merecerían la cárcel para sus autores", el mismo supera todas las denigraciones sosteniendo que la política de Sarmiento era exactamente igual que la política de Mitre (*Estadio preliminar*, XXV). "Las figuras señeras coinciden" dice otro apóstol del lugar común oligárquico y por eso no hubo diferencias de fondo entre Sarmiento y Mitre, porque ambos estaban de acuerdo en la inmigración y en los ferrocarriles... (*José Barreiro en La Nación*, junio 19, 1956). Que jamás Mitre haya alzado la voz contra la oligarquía argentina limitándose siempre a ejecutar su política, que Sarmiento plantease una política nacional opuesta a la política anglófila de Mitre, hecha a medida de la burguesía porteña, aunque ambas se desarrollasen sobre la base inevitable de la inmigración y los ferrocarriles, todo eso son minucias que la historiografía oficial elude para mejor silenciar lo que hay en Sarmiento de corrosivo hacia la oligarquía.

## La Falsificación de Sarmiento por los Nacionalistas a la Vaticana

Desde un ángulo aparentemente opuesto atacan a Sarmiento y silencian sus posiciones antioligárquicas los historiadores eclesiástico-rosistas. Sólo aparentemente opuesto, porque en realidad aunque antiliberales, estos energúmenos eucarísticos son tan palaciegos como los mitristas, y cargan su ataque contra el programa de Sarmiento para convalidar a la oligarquía que tomó de ese programa lo que le convenía, deformándolo, y encajonó el resto, que era lo fundamental para hacer una nación. Los católicos no pueden perdonarle al autor de *La Escuela Ultra pampeana* su cruzada de medio siglo por la escuela laica, ni aquello de "que no haya sacerdotes junto a mi lecho de muerte", ni su defensa a ultranza del patronato argentino, ni que mandara arriar la bandera pontificia enarbolada en la Catedral un 25 de Mayo, porque siendo aquella "un edificio fiscal no puede hallarse bajo pabellón extranjero" (*Lugones*, 56, 248). Esta feligresía ataca a Sarmiento con el siguiente programa: la Argentina no es un país atrasado y semicolonial porque su clase dominante no daba para más; lo es —dice— porque el país fue mal orientado por masones, liberales, antiespañoles-anticatólicos-descastados-yanquieuropeístas como Sarmiento y Alberdi. Si la Argentina hubiera sido gobernada por buenos católicos españolistas antieuropeístas como Rosas, todo sería hoy muy distinto. La ventaja de esta tesis es que no hace falta tomarla en serio, a menos que un día, con ayuda del neotomismo, logre demostrar por qué países como España, México, Perú, Chile, fueron absolutamente incapaces de eludir un destino de estancamiento y semicolonias pese a haber sido apacentados hasta bien entrado este siglo por gobernantes católicos y apostólicos, enemigos de la inmigración del laicismo y demás lacras importadas por Sarmiento y Alberdi.

Estos críticos vaticanistas de Sarmiento y Alberdi despliegan la misma mala fe jesuita que aquellos teóricos que en el siglo pasado criticaban las groserías de la burguesía en nombre de los idílicos encantos del feudalismo y se enternecían por las desgracias del proletario industrial en nombre del humanismo del señor feudal explotador de siervos. La encarnación más beatífica del antisarmientista y antialberdiano profesional dice que ambos son inferiores a Mitre en quien "hay siempre un sentido nacionalista" mientras que para Sarmiento "todo lo autóctono es destruible. . . cuyo ideal consiste en dar vuelta, al país hasta hacer de él la más perfecta imitación de Estados Unidos" (*Sirra*. 529). La reverenda miopía de este profesor del Colegio del Salvador prefería al país tal cual era bajo Rosas. es decir, demografía de vacas, estancieros y curas acunada por las campanas

y los cencerros. Si el ideal de Sarmiento era hacer a la Argentina comparable a Estados Unidos, es decir, una grande y soberana nación moderna, cabe reconocer la superioridad de ese ideal fallido sobre el de estos nacionalistas del Vaticano cuya estrella polar era España, la zaparrastrosa y mendicante España humillada hoy bajo el peso de las bases yanquis y la dictadura franquista.

Sarmiento atribuía a la educación primaria virtudes civilizadoras que por sí sola no podía tener si no iba acompañada por el desarrollo industrial del país, como lo señaló Alberdi —y como el propio Sarmiento no lo ignoraba. Pero pese a ello, el énfasis puesto en la instrucción primaria salvó al país del analfabetismo crónico. Ya en vida de Sarmiento, la Iglesia lo combatía en su programa de educación, alegando por boca de Estrada que "El Estado no debe educar. La educación es tarea que pertenece esencialmente a la familia" (57). Esto significaba que, como ocurrió desde la Colonia, solo recibirían educación los hijos de la oligarquía. Es afortunado que Sarmiento triunfara con su programa de educación común, que arrancó a los hijos de la oligarquía el monopolio del abecedario, aunque no pudo quitarles el monopolio de la tierra y de las vacas.

Estrada, pontífice criollo de los pensadores que reparten su corazón entre el Vaticano y la oligarquía argentina, combatía la admiración de Sarmiento y Alberdi por Estados Unidos e Inglaterra denunciando las barbaridades de la burguesía yanqui y condoliéndose de la suerte del obrero inglés por "el sacrificio de las clases obreras, instrumento de usina, mártir desde que nace hasta que muere, que inmola su juventud trabajando con hambre" (221).

Estos eran los pretextos del jesuita laico. Lo que mandaba en el fondo era el sacro temor de que el programa transformador de Sarmiento y Alberdi tuviera éxito pleno, y junto con los apacentadores de vacas -perdiesen sus -privilegios los apacentadores de almas, con sus planteles en los convenios y seminarios desplazados por una pujante avalancha de *pioneers*. Qué extrañar que Estrada —como todo el catolicismo mundial con el Papa a la cabeza— dejara fluir sus simpatías hacia los esclavistas del Sur de Estados Unidos y condenase la higiénica dictadura que en los primeros momentos de la posguerra impuso sobre los esclavistas sureños la burguesía nortea libertadora de los negros.

"Privados los partidarios de la rebelión del derecho político —decía Estrada— sus adversarios, evidente minoría en el Sur, reforzados con los negros admitidos a la ciudadanía, han imperado hasta que las contiendas políticas han tomado las proporciones de una cuestión de razas y de lucha entre la cultura y la ignorancia. El vencedor no retrocede y llegan los desastres hasta la escandalosa intervención del general Sheridan que acaba de dispersar a sablazos la legislatura de Luisiana" (219).

De este piadoso energúmeno de ayer dicen los neo-energúmenos de hoy que "era la de Estrada la voz de la auténtica argentinidad, la voz de la historia..." (Sierra, *Ideas*, 544). Ya sabemos de qué argentinidad se trata: de la argentinidad de las vacas pampeanas y los curas importados de toda Europa, protegida por los comerciantes ingleses. Por eso, estos apostólicos, que añoran al campesino español, que no sabe leer ni escribir, pero sabe bien su catecismo y va a misa, critican a Sarmiento porque "amaba la educación por la educación misma y cree que basta leer y escribir para dejar de ser inculto" (Sierra, *Ideas*, 535).

Desde luego, el caso del propio escritor que lee, escribe, hasta es profesor, y estampa semejantes barrabasadas evangélicas, es una prueba concluyente de que se puede leer y escribir y seguir siendo un canguro intelectual. Pero eso no altera en nada el papel -progresivo de la instrucción primaria, una de las pocas tareas democráticas que la oligarquía argentina fue capaz de realizar en cierta medida, gracias a Sarmiento y pese a la fervorosa oposición de la Santa Madre Iglesia. en cuyo nombre se enfurece el profesor Sierra, autor de los siguientes pensamientos de ontología cavernícola: "toda civilización es enemiga de la libertad del hombre". . . "nuestros antepasados eran mas libres por lo mismo que renunciaban a la libertad de querer el hijo gobernar al padre o los alumnos dirigir la universidad" (*Cuadernos*, 51). (Y el trabajador querer prescindir del patrón...).

Parece que Sarmiento es condenable ante el foro de la tradición católico-vacuna porque era partidario de la inmigración, y el "inmigrante creaba una economía que rompía con el ideal de vida del criollo" (Sierra, *Ideas*, 537). Sin embargo, el ideal de vida del criollo, en lo que se refiere a la



producción, puede contrapesarse tan tajantemente al inmigrante porque consistía en tomar lo que la naturaleza le brindaba con la menor dosis posible de esfuerzos y disfrutarlo así. Era un ideal romántico, casi edénico, pero que condenaba al país al estancamiento y a la colonización europea *manu militari*. China conservó su "ideal de vida" y fue colonizada y humillada por las escuadras europeas. Japón se salvó porque tenía clases que le hicieron modificar su ideal de vida en consonancia con las exigencias del desarrollo capitalista mundial. Había que impedir que la inmigración sepultara al país en vez de fortalecerlo, y por eso combatió Sarmiento a ultranza. Pero sólo a un ideólogo de cerebro occipital de una oligarquía que añora las épocas en que Don Juan Manuel obligaba a asistir a misa se le puede ocurrir criticar a Sarmiento porque apoyaba una inmigración que aceleraba el desarrollo material de la nación y obligaba a la población nativa a trabajar más enérgicamente que lo que exigía su ideal de vida. Sobre otras bases no podía crearse una nación soberana. Y si esa nación no se formó no fue por la inmigración sino porque hubo demasiada poca inmigración y la poca habida fue utilizada para producir renta agraria en pro de los terratenientes, no para colonizar el campo en beneficio de la nación.

## **Las Piedras Contra Sarmiento Sirven Para Esconder la Mano Culpable de la Oligarquía**

La oligarquía ha elaborado la fábula según la cual ella, pese a todos sus defectos, pese al fraude etc., tuvo el mérito de hacer progresar materialmente al país. Los nacionalistas de mollera vaticana aceptan esta fábula con beatífica ingenuidad, pero —para zaherir a Sarmiento y Alberdi que fueron los grandes teóricos de esa necesidad de desarrollo material del país— se horrorizan afirmando que "esa oligarquía preside una era de progreso material, hace el progreso del país, pero en cambio de su independencia económica" (*idem*, 536). Semicegado por el incienso el eucarístico profesor no llega a sospechar siquiera el disparate que se le escapa. No cabe someter a crítica el desarrollo material y el énfasis de Sarmiento y Alberdi en conseguirlo porque haya sido a cambio de la independencia nacional. Lo que urge marcar a fuego es que la oligarquía fue absolutamente incapaz de realizar un progreso material como el que requería la nación y postulaban Alberdi y Sarmiento.

La independencia económica no se consiguió a consecuencia del desarrollo material sino porque ese desarrollo fue completamente insuficiente. Si la oligarquía hubiera sido capaz de darle al país el progreso material que podía no se hubiera enajenado a la Bolsa de Londres. La independencia económica se perdió porque la clase dominante vivía y se enriquecía "mirando parir las vacas" como denunciaba Sarmiento, no porque esa clase hubiera puesto en práctica el programa de Sarmiento y Alberdi de desarrollo material comparable al de Estados Unidos. Los nacionalistas de mollera vaticana no ven esto ni quieren verlo, porque su "propósito es ahogar en agua bendita el recuerdo de Sarmiento y mantener a flote con repiques y kirieleysones el presente de la oligarquía vacuna.

Otro nostálgico trasnochado de las vaquerías critica a Sarmiento porque "identificaba civilización con progreso material" (Chávez, 18). Por lo visto es posible la civilización sin bases materiales. Lamentablemente nadie ha explicado todavía cómo se realiza esa posibilidad, aunque es probable que el crítico considere que el catecismo es mucho mejor agente civilizador que la cartilla, el ferrocarril o la industria. Allá ellos. Tenían plena razón Sarmiento y Alberdi en cargar todo el acento de su "predica en la necesidad de un vertiginoso progreso material, al estilo yanqui. Esta es también la ardiente esperanza de Lenin, de Trotsky, de Mao Tse Tung, de todos los constructores de naciones autónomas sobre la base del atraso y el sometimiento en la época del imperialismo. Lo malo es que ese desarrollo no se consiguió, y la culpa no la tienen Alberdi ni Sarmiento. Por supuesto, no es de extrañar que el mismo aprendiz de zahori reivindique a José Hernández contra Sarmiento en esa lastimera majadería del autor de *Martín Fierro* según la cual "en nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la provincia de Buenos Aires, puede no obstante ser tan respetable como el que es rico por la perfección de sus fábricas" (Chávez, 26). Esta apología del ideal bicornio de nuestra oligarquía, como diría Luis Franco, es la condenación al perpetuo atraso del país y su perpetua sumisión al imperialismo. Cuando los intelectuales que cri-

tican a Sarmiento en nombre del nacionalismo aparecen así, defendiendo las bucólicas bellezas de la Argentina dominada por las vacas y sus mentores, surge con bastante claridad que su nacionalismo no es más que la idealización peculativa de la época de Rosas, idealización grata a una clase decadente como los estancieros argentinos, y es un nacionalismo oliente a torta de vaca y sotana, que nada tiene que ver con el auténtico nacionalismo (cuyos claroscuros de amanecer se perciben en Alberdi y Sarmiento antes que en nadie) que aspira a un desarrollo argentino capaz de hacer del país una potencia en el sustancial sentido de la palabra, comparable a Estados Unidos y capaz de enfrentarla sin desventaba desde el extremo sur del continente.

El más difundido y compasible de los sociólogos de sacristía que se tiran contra el programa de Sarmiento-Alberdi es Ernesto Palacio. El mismo se ha expedido patente de nacionalista y antioligárquico. Sin embargo, se subió al estribo y al volante de los golpes oligárquicos y antinacionales del 6 de setiembre de 1930, y del 16 de setiembre de 1955, que derrocaron a los dos únicos gobiernos populares y con amagos nacionalistas que tuvo el país en todo el siglo XX. Esta contradicción entre la rotunda conducta antinacional y la postura intelectual sedicente nacionalista dice bastante más que muchos libros sobre el descreído credo de —como las golfas envejecidas añoran al chulo de su mocedad— estos nacionalistas a la vaticana que añoran a Rosas en nombre de la soberanía y cuando salen de sus catacumbas es para marchar detrás de los zancajos del imperialismo contra los gobiernos populares argentinos. Todo esto no le impide afirmar con tonsurada mala fe que Sarmiento "dio preferencia en todas las circunstancias al extranjero sobre el criollo" (II, 224) bolazo aventado por las quinientas páginas meridianas de *Condición del extranjero en América* resumidas en su consigna: "No hagamos del título de extranjero un privilegio si queremos construir una nación".

".. .mientras los Estados Unidos, terminada la guerra de secesión, se afirmaban orgullosamente en el culto nacional, y establecían una rigurosa protección aduanera para sus industrias, nuestra generación organizadora imponía aquí el desprecio por la tradición, la sumisión inconsulta al extranjero y el libre cambio desenfrenado... El triunfo decisivo del partido de los emigrados fue para la patria una verdadera desdicha... los causantes de nuestra desgracia fueron escritores" (*Palacio*, II, 229, 232). Bajo este constante despliegue de lugares comunes de pacotilla hay el propósito nada angelical de salvar a "las viejas clases dirigentes" (*Ídem*, II, 227) que —¡pobrecitas ellas!— habían sido seducidas por Sarmiento y Alberdi que "no habían escrito en vano y habían transformado la mentalidad de nuestro grupo dirigente" (II, 263). Desde luego, cabe preguntarse por qué después de semejantes alardes de truhanería intelectual este apostólico cronista no ha sido admitido todavía en la Academia Argentina de Historia.

Además se impone otra pregunta: ¿nunca se le ocurrió a tamaño crítico qué es lo que hubiera sucedido en Estados Unidos de triunfar el Sur? La interrogación es pertinente, porque el drama argentino reside precisamente en que el país fue dirigido por una clase dominante similar a la nobleza esclavista del Sur no a la burguesía industrial del Norte. Y el drama de Sarmiento y Alberdi fue que elaboraron un programa apto para el Norte y sólo contaban para aplicarlo con una clase similar a la del Sur. En cuanto a la culpabilidad asignada al "partido de los emigrados" y "los escritores causantes de nuestra desgracia", *culpabilidad asignada para probar la inocencia de la oligarquía*, cabe recordar que entre los puntales del mitrismo se hallaban muchos autóctonos federales no emigrados, como Obligado, Elizalde, Anchorena y Torres. Y que los federales de la nueva generación como Hernández fueron completamente incapaces de elaborar un programa equivalente y mucho menos superior al de Alberdi-Sarmiento.

Todo este antisarmientismo y antialberdismo encapuchado no puede disimular el aura a sacristía y frigorífico que lo inspira y todos los dilemas que agita como hisopos de exorcismo contra Alberdi y Sarmiento: "criollos sí; inmigrantes no"; "curas católicos, sí, maestros protestantes no", "patriciado argentino, sí; advenedizos extranjeros, no", etc., no son más que ejercicios verbales para descargar en chivos emisarios (Sarmiento, Alberdi, el gringo, el liberalismo etc.), la culpabilidad entrañable de los coleccionistas de vacas y latifundios, que prosperan con Rosas y luego se desprendieron de él y aceptaron del programa de Alberdi y Sarmiento lo que a ella les convino, dejando que el resto lo

pisoteara las -pezuñas. El problema real no era salvar al criollo del inmigrante extranjero sino salvar al criollo de sus viejas clases dirigentes para poder construir una gran nación con ayuda del inmigrante, -porque la oligarquía sólo podía construir una gran semicolonía con ayuda de Londres. Los más incondicionales servidores de la oligarquía en el campo histórico son estos nacionalistas papales, que se lanzan con espada clerical en mano contra los resultados de la política de la oligarquía, pero los imputan a Sarmiento o Alberdi o "la masonería", y dejan en la sombra a la única culpable, intentando esconder sus manchas de jaguar cebado en carne de hombres.

Para mejor proteger a la oligarquía vacuna, sus apologistas vergonzantes han pretendido que el drama de Sarmiento y Alberdi originado en la carencia de fuerzas sociales autóctonas capaces de hacer de la Argentina una gran nación moderna era "ante todo un drama ficticio, de un problema inventado, sin asidero real. Pueblos existen desde que el mundo es mundo que fueron jóvenes en relación con sociedades más antiguas" (Chávez, 30). Así es, efectivamente. Pero durante 18 siglos, por lo menos, de la era cristiana esos pueblos atrasados podían vivir su vida independientemente y evolucionar por su cuenta, sin mayor peligro de conquista por parte de los más avanzados, de cuyo adelanto sólo tenían noticia neblinosa, si la tenían. Pero en el siglo XIX, sobre todo a partir de la segunda mitad, el atraso se pagaba con el invalorable precio de la pérdida de la independencia y con la sumisión, y amén de que el atraso se volvía perfectamente comparable con la situación de los países monitores.

Por eso el drama del atraso, la urgencia por salir de él, la angustia por encontrar medios de transformación y ascenso, lejos de ser una fantasía, producto del descastamiento de Sarmiento o Alberdi, —como imaginan los buhos revisionistas— es característica universal en la intelectualidad responsable de todos los países atrasados después de 1850. Se lo observa en China (Rostow, 6), en Europa Oriental (Fejto, 18-21), y también en Rusia, con Bielinsky y sobre todo con Herzen, que se exilia voluntariamente como Alberdi, y como éste sin ser perseguido, simplemente por el curso lógico de sus ideas (Falcionelli, 28). La tendencia que aquí se llamó europeísmo se llamó en Oriente "occidentalismo", y fue común a toda la intelectualidad revolucionaria, y a la clase obrera que marchó con ella hacia la construcción de grandes naciones modernas, como en Rusia y China. Para las clases dominantes de estos países —como para la oligarquía argentina— el europeísmo u occidentalismo (que para ellas consistía ante todo en las bellezas culturales y carnales bautizadas en champaña que brindaba el París finisecular), servía para gozar de una irresponsabilidad pasmosa frente al destino nacional. Para los revolucionarios era un compromiso el alcanzar y superar a las metrópolis. Este era el sentido del europeísmo o yanquismo de Sarmiento y Alberdi, y su drama de urgencia y de falta de medios reales lejos de ser un artificio era la tragedia de los mejores, de las cabezas más lúcidas y fieles al futuro gran destino nacional en todos los países acunados por la modorra y el atraso.

Casi no hace falta señalar que el gran mérito de Sarmiento está en su aspiración a un desarrollo burgués nacional estilo yanqui, y en su denuncia de la oligarquía argentina que se oponía a ese camino. Por todo lo demás era Sarmiento un sólido burgués liberal, lleno de santo horror ante el socialismo, que se exasperaba contra la Comuna parisina de 1871 —primer gobierno obrero que conoció el mundo— y hace la apología del carnicero Thiers, que "tuvo que defender la propiedad contra el axioma de Prohudom "la propiedad es el robo", con el cual se quería llevar, como un progreso, la sociedad a los tiempos de Adán y Eva" (XL, 33). Dato interesante: Sarmiento coincide en esto con Rosas, que también se exasperaba contra los ataques al capital y sus poseedores (Ibarguren *Rosas*, 356).

Sarmiento, Rosas y Thiers, contra la clase obrera revolucionaria. Extraña trilogía en donde el que más pierde es Sarmiento, porque aquí queda al desnudo su limitación esencial, que no podía menos que tener, naciendo donde había nacido y vivido. Su condición de pensador burgués liberal le impedía advertir que el sistema capitalista ya nada bueno tenía que aportar al mundo, y menos a los países atrasados como la Argentina que Sarmiento quería transformar. Desde luego, esto está muy claro hoy, pero ¿quién lo hubiera advertido entonces desde el Río de la Plata?

## Alberdi Contra los Demócratas Despóticos

Junto con Sarmiento, el otro gran sentidor y sobre todo, y más que Sarmiento, teorizador del desencuentro entre la tarea de crear una gran nación y la oligarquía argentina, fue Juan Bautista Alberdi. Esta coincidencia en denunciar a la oligarquía y percibir los problemas que planteaba el avance del capital financiero sobre el país es tanto más valiosa cuanto que se conocen la intensa hostilidad personal con que se favorecían Sarmiento y Alberdi, y es notorio que a partir de 1852 nunca coincidieron en la táctica política del momento<sup>[10]</sup>. En las urticantes polémicas que mantuvieron, la debilidad de Sarmiento provenía de su alianza con la oligarquía porteña, alianza que Alberdi fustigó implacablemente, haciendo extraordinarios aportes al pensamiento argentino.

Pero no hay que olvidar que su posición era más cómoda que la de su adversario, por cuanto él no era un político, y podía en cuanto intelectual darse el lujo de estar contra la oligarquía porteña sin confiar demasiado en la oligarquía entrerriana que encabezaba la Confederación, y sin taparse los ojos ante la inevitable esterilidad de los movimientos montoneros tipo Peña-loza. Sarmiento bien pudo haberle respondido a Alberdi: si, la oligarquía porteña es antinacional, debo romper con ella, pero, ¿al lado de qué clase actuaré? ¿Al lado de los estancieros entrerrianos? ¿Pero no ve usted, Alberdi, y no lo dice usted mismo, que con esa gente no se puede ir a ningún lado distinto del que se va con la oligarquía porteña?

Y si ambos bandos son malos, ¿con quién marchar? O debo abandonar la política y dedicarme a la meditación? Esto último fue lo único que pudo hacer Alberdi, quien, demasiado consciente de las limitaciones de todas las fuerzas sociales argentinas, terminó exilándose permanentemente de la vida política. Así lo dijo Sarmiento en uno de sus últimos escritos contra Alberdi: "Vio sucumbir uno a uno sus Ídolos y prevalecer lo que detestó. Llegó a las puertas de su país después de 40 años de servirlo de lejos, y regresó al extranjero para desaparecer de la escena política. Yo no he desaparecido, y este es un mérito que alego" (*Censor*, enero 21, 1886). Era un mérito positivo sin duda, sobre todo en 1886, cuando Sarmiento escribía esas palabras en medio de su postrera batalla contra la oligarquía y su agencia roquijuarista. Pero el precio que pagó por ese mérito fue ciertamente elevado, más incluso que el destierro de Alberdi: fue la década de alianza con el mitrismo, los crímenes contra las masas que seguían al Chacho y a Felipe Várela, el crimen imborrable contra Paraguay, que lo fue contra el destino nacional. Nadie puede estar diez años coincidiendo con la oligarquía porteña sin mancharse con su negro tizne, y Sarmiento no fue excepción.

"Tenga cuidado el señor Sarmiento, que hay una barbarie letrada mil veces más desastrosa para la civilización verdadera que la de todos los salvajes de la América desierta" (*Obras*, VII, 156). Así decía Alberdi, rebatiendo el insostenible esquema sarmientino de civilización porteña y barbarie rural. En sus últimos años Sarmiento llegó a la misma conclusión: "no se puede saber dónde está la barbarie y dónde la civilización". No era tanto el triunfo postumo de Alberdi como la derrota intelectual de la oligarquía que pretendía justificar su explotación del país en nombre de la civilización.

Los ataques y denuncias de Alberdi contra la oligarquía tienen la agudeza que caracteriza toda su obra, y preanuncian los ataques de Sarmiento al roquismo. La oligarquía —que tiranizó el país a lo largo de toda su historia— pretende ser liberal, pero Alberdi la desenmascara con palabras de rigurosa actualidad en 1955: "Se abusa de la palabra tirano, como del nombre de libertador. Lincoln fue asesinado como tirano; así lo llamó su asesino al herirlo" (*Postumos*, VIII 145). "Si la libertad consiste en el gobierno de sí mismo, ¿cuáles son los hechos en que consiste el gobierno de sí mismo? Son dos principalmente: desde luego, en no ser gobernado por el extranjero, es decir, en ser independiente; en no ser gobernado por una entidad cualquiera, aunque sea nacional, con exclusión del país" (*Postumos*, VII, 23). Los gobiernos que no han sido elegidos por el país son gobiernos extranjeros, aunque lo ejerzan nativos. "Es imposible que un gobierno de ese tipo pueda hacer el bien del país que le obedece. El es tan extranjero al país como el gobierno de España lo es para la República Argentina" (*idem*, 473). "Sólo se entiende por gobierno libre el gobierno del país por el país —es decir—, el país independiente, o la independencia del país, no sólo de todo poder

extranjero, sino de todo poder interno que no es el país mismo, o el fruto de su elección libre. Sólo es libre el país independiente; pero sólo es independiente el país que no depende de un gobierno extranjero, ni de un gobierno interno, extranjero a la elección del país" (*ídem*, VI, 8).

La deshonestidad íntima de los gobiernos oligárquicos no se le escapa a Alberdi, que no necesita esperar a Juárez Colman para advertirla. "Hay patriotas para quienes la revolución es una cosa muy seria, en cuanto es una explotación tan fecunda como la agricultura. Nunca he podido tener la seriedad de darme a esa industria. Un patriotismo que produce 20 mil duros al año, palacios y honores puede dejar de ser sincero y serio como lo es la industria misma? Yo creo que el patriotismo de Mitre es muy sincero" (*ídem*, V, 16). "La política es cosa seria para ellos en calidad de industria que hace vivir, como la agricultura. Si son políticos de buena fe, es en el sentido de negociantes de buena fe. No trampean, sino que venden lealmente el país y la libertad" (*ídem*, 260).

Alberdi era, desde luego, un ideólogo burgués liberal. La Constitución que él proyecta es una Constitución liberal, pero su liberalismo, es —en la intención de Alberdi— un instrumento, un medio para lograr la construcción de una gran nación moderna, no un fin en sí. Por eso cuando y donde se evidencia que el objetivo está en contradicción con el instrumento, Alberdi corrige y limita su liberalismo.

"La libertad es el medio, no el fin de la política económica de nuestra Constitución" (*Obras* IV, 175). "A veces la libertad misma se impone sacrificios transitorios con el interés de extender sus dominios. Tales son los derechos diferenciales que la Confederación. Asentirá acaba de establecer en favor del comercio directo de Europa con la mira de atraer las poblaciones y capitales europeos hacia el interior de América del Sur" (*Obras*, IV, 195). "Reconociendo que la riqueza es un medio, no un fin, la Constitución argentina propende por el espíritu de sus disposiciones económicas, no tanto a que la riqueza pública sea grande, como bien distribuida, bien nivelada y repartida; porque sólo así es nacional, sólo así es digna de favor de la Constitución, que tiene por destino el bien. y prosperidad de los habitantes que forman el pueblo argentino, no de una parte con exclusión de otra" (*Obras*, IV, 253).

Alberdi no ignoraba la traba que significaba para el desarrollo nacional la propiedad terrateniente, y por eso decía: "El art. 28 establece que los principios, garantías y derechos reconocidos por la Constitución (en favor de la propiedad territorial) no pueden ser alterados por leyes que reglamenten su ejercicio. He aquí una parte del derecho fundamental argentino en materia agraria, no toda. ¿Estas limitaciones son un obstáculo tan absoluto que quitan al legislador el poder de reglar la propiedad agraria del modo más ventajoso a la riqueza pública? No: todos los derechos asegurados por la Constitución están subordinados, o mas bien, encaminados, al bienestar general. . . (*ídem*, 284) . . . En el interés de la población y del bienestar y prosperidad de la República Argentina, propósitos supremos de su Constitución, la ley orgánica, inspirada en esas miras, debe reglar el sistema del arrendamiento territorial, de modo que sirva para colocar la tierra al alcance de los inmigrantes y nuevos pobladores. Conviene reorganizar el arrendamiento territorial en provecho del arrendatario, y no del propietario ocioso y explotador, al revés de nuestro actual sistema de origen romano-feudal, ineconómico y estéril, que sacrifica el trabajo, la población y la riqueza al ascendiente de los señores de la tierra. Deben ser las bases del nuevo sistema de locación territorial, según los principios arriba sentados: La posibilidad de arrendamientos por término ilimitado..." (*ídem*, 287-89).

Recordemos estas palabras de Alberdi, que sintetizan la estructura de la oligarquía argentina: "nuestro sistema ineconómico y estéril que sacrifica el trabajo, la población y la riqueza al ascendiente de los señores de la tierra". Estas no son palabras de un marxista; las dice un burgués radical tan moderado como era Alberdi.

La famosa libertad de la oligarquía porteña, la famosa prensa libre que se ha exhibido en todas las épocas como demostración de esa libertad, merecería de Alberdi esta exactísima caracterización: "No pretendo desconocer que hay contradicción y debate en esa prensa. Lo que niego es que esos debates sean pruebas de libertad. Hay dos opiniones en choque, porque hay dos gobiernos incompatibles. Cada opinión es libre para atacar al Gobierno rival en defensa del Gobierno propio, es decir, que ambas son oficiales. Nadie es libre para atacar a los dos gobiernos, en defensa de la nación explotada por ambos" (*Obras*, VI, 394). En base a la experiencia del gobierno de Mitre

extrajo Alberdi una breve conclusión válida para todos los gobernantes oligárquicos que vendrían después: "No hay sultanes en Sudamérica; pero hay demócratas más despóticos que ellos" (*Económicos*, 137).

## **Alberdi Contra el Parasitismo y la Incapacidad Nacional de las Clases Dirigentes**

El parasitismo rentístico de la oligarquía argentina, y su pronunciada tendencia a embarcarse con el capital extranjero en negociaciones perjudiciales para el país no se escaparon al ojo iluminador de Alberdi. "Los pobres de Europa están en América; los ricos de América están en Europa. Los primeros están en América para enriquecerse; los otros en Europa para empobrecerse. Así, América mejora a los europeos y Europa empeora a los americanos; lo peor es que no sólo material, sino moralmente" (*Postumos*, VIII, 495). Esta era, efectivamente, la dialéctica en que entraba el país en la época imperialista. Nada del colosal desarrollo que Sarmiento y Alberdi programaron para la Argentina habría de cumplirse, pese al relativo desarrollo económico, y el mismo Alberdi apuntaba hacia la causa de ello, aunque desde luego sin sacar todas las conclusiones: "El país está gobernado por el poder de los intereses económicos, que es el poder de los poderes, conocido por otro nombre con el del poder de la riqueza. Está mal gobernado porque esos intereses gobernantes están mal arreglados y mal dispuestos" (*Postumos*, VIII, 581).

El endeudamiento al capital financiero, que alarmó los últimos años de Sarmiento, preocupa también a Alberdi.

"La dificultad no consiste en saber cómo pagar la deuda, sino cómo hacer para no aumentarla, para no tener nuevas deudas, para no vivir de dinero ajeno tomado a interés. El interés de la deuda, cuando es exorbitante y absorbe la mitad de las entradas del tesoro, es el peor y más desastroso enemigo público. Es más temible que un conquistador poderoso por sus ejércitos y escuadras; es el aliado natural del conquistador extranjero" (*Postumos* VIII, 665). "En la historia de un empresario de obras públicas no están quizás fuera de su lugar las siguientes reflexiones, que nos sugiere el caso que acabamos de citar, menos raro infelizmente que pudiera creerse. En países nuevos en que la habilidad abunda más que el juicio, se da frecuentemente el nombre de empréstitos para obras públicas a lo que en realidad *son obras públicas para empréstitos*. Así tan pronto como el empréstito es conseguido la obra pública queda sin objeto. Cuanto más irrealizable mejor sirve la obra a su objeto, que es el empréstito en sí mismo, no la obra. . . Hay estadistas que van a Estados Unidos para aprender a copiar a Turquía. Conocida es la historia de los empréstitos recientes del gobierno otomano. Negociados en Londres, para ferrocarriles y obras públicas, fueron empleados en comprar buques blindados y satisfacer vanas necesidades de la corte. Wheeiright quería remachar la unión de la República Argentina con Chile por el fierro de los caminos trasandinos; lo que necesitaba el Gobierno era un temor de guerra con Chile para justificar la compra de buques blindados y armamentos, con el dinero tomado para caminos trasandinos" (*Obras*, VIII, 111-17). "La América del Sur, emancipada de España, gime bajo el yugo de su deuda pública. San Martín y Bolívar le dieron su independencia, los imitadores modernos de esos modelos le han puesto bajo el yugo de Londres. Esta dependencia, por ser de honor, no es menos pesada que la que tuvo de España. En los dos casos es ajeno el fruto de su trabajo y de su suelo. ¿Cómo salir de ella? ¿Cómo pagar capitales de que no se paga ni los intereses? ¿Cómo liberarse de sus acreedores, sus soberanos modernos?" (*Económicos*, 407).

Y no ignoraba Alberdi que en todo ese endeudamiento al capital internacional había una crecida porción de parasitismo oligárquico. "La concesión del banco de Trouve-Chauvel, por ej., en que el general Mansilla y Beláustegui se ganan un millón de pesos, por el solo influjo que han ofrecido para obtenerla; esa concesión, nos ata las manos en materia de créditos, por el interés de introducir *dos millones* de pesos en el país. Si no me equivoco, sólo el general Urquiza tiene una fortuna de dos millones de pesos. En Chile hay muchos que tienen el doble" (*Cartas a Gutiérrez*, 70).

Cuando todavía no estaba plenamente resuelto el problema de la unidad nacional, la Argentina comenzó a enfrentar el problema de la soberanía nacional, amenazada por la expansión imperialista mundial mucho más seriamente de lo que lo estuvo por los barcos franceses en tiempo de Rosas. Y

fue Alberdi —el mismo que intentó justificar teóricamente la intervención extranjera en el país para asegurar el dominio de las minorías cultas— quien mejor y más completamente teorizó en torno a la problemática de la expansión imperialista y la defensa de la soberanía nacional.

"Se necesita detestar a la América del Sur para desear que se prolongue la suerte que le cabe hoy día. Yo que no puedo detestarla le deseo nuevos y motores destinos. Pero desearía más bien la inamovilidad y la perpetuidad de su desgracia, si el cambio ha de ser con otras condiciones que las siguientes: sin conquista, ni protectorados; sin anexiones, ni recolonización; sin perjuicio, en fin, el más pequeño de la independencia, de la libertad, de la soberanía del pueblo, de la dignidad y honor de la América y de los americanos" (*Póstumos* IV, 18). "El derecho externo (es) la parte prominente del derecho americano. La política exterior, llave de su población, riqueza y prosperidad. Desierta y pobre, América tiene que recibirlo todo de fuera. Ese todo le irá, o bien por la fuerza de expansión del mundo moderno (conquista, anexión, protectorados, etc.) o bien atraída por ella, según el derecho de gentes". (*Póstumos*, III, 5). Por eso urgía determinar los "medios de poder y resistencia de las repúblicas españolas hacia el Brasil, hacia Estados Unidos, hacia Europa" (*idem*, 7). "Nuestra política exterior debe ser económica y comercial por excedencia. Debe buscar en Europa, no sus aliados políticos, sino tratados de comercio y de navegación. Se deben hacer tratados con todas las grandes naciones, *para crear contrapeso a la influencia anglo-francesa que hoy prevalece sin resistencia.*" (*idem*, 19).

"Francia tiene ideas muy falsas acerca de nuestra fuerza. Sus hombres públicos la estiman por el número de -nuestra población. Nos consideran débiles, porque nos ven un millón de habitantes. Situados en Europa seríamos realmente una nación impotente y débil. Pero protegidos por una distancia de dos mil leguas de mar, y poseedores de un territorio cuyas condiciones lo harían inaccesible a un ejército de cien mil hombres que fuese de Europa con miras de dominación, nosotros no somos débiles con respecto a estas naciones. Esas circunstancias nos dan un valor respectivamente igual al que pueden tener aquí Rusia o Austria. Nuestras relaciones estarán siempre en mejor pie, cuando estos gobiernos sientan por nuestros actos que tenemos la conciencia de nuestra fuerza y que ésta es un hecho indudable y evidente" (*Póstumos*, XIV, 95). "Los gobiernos de Europa sólo se aperciben de que existimos en el mundo cuando sienten nuestra resistencia; de nuestros actos de deferencia hacia ellos no se dan la menor cuenta" (*idem*, 611). "Debemos y podemos probar que si somos débiles por el número de nuestra población, somos fuertes por la distancia: y por el territorio que habitamos. "Rosas dio esa prueba a los gobiernos de Europa y nuestra política no debe abandonar los ejemplos útiles aunque haya sido un déspota quien los diera" (*idem*, 640). "La inmigración alemana nos conviene mucho, por ser de países que no tienen medios de molestarnos con reclamos, y porque necesitamos formar intereses europeos en nuestro país, para que sirvan de contrapeso a la influencia preponderante de Inglaterra y Francia en el Río de la Plata" (*idem*, 660).

Todo esto constituía el programa de una política burguesa nacional destinada a promover el desarrollo de un país atrasado en la época del imperialismo sin perjudicar su independencia.

Alberdi —que estaba enormemente lejos del patriotismo aldeano— sabía el valor de la independencia nacional reivindicada por las naciones débiles frente a las grandes potencias que se expandían por el mundo, y por eso escribió que en su guerra contra la Triple Alianza "El Paraguay representa la civilización, pues pelea por *el noble principio de las nacionalidades*" (Obras, VI, 340).

Contra la expansión yanqui, contra el monroísmo después llamado panamericanismo, Alberdi alertó con particular agudeza. Su análisis de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica es hoy más valioso todavía que cuando él lo formuló, porque lo que entonces eran hipótesis

hoy son realidades que encadenan a toda Latinoamérica. "Entre la anexión colonial de Sudamérica a una nación de Europa, y la anexión no colonial a los Estados Unidos, ¿cuál es la diferencia? ¿Cuál es la preferible para Sud América? Ninguna. Es decir, ni monroísmo ni Santa Alianza (...) Así, la anexión colonial a Europa es la conservación de la raza y la especie, con la pérdida de la libertad. La anexión a Estados Unidos es la pérdida de la raza y del ser, con la adquisición de la libertad... para otros, bien entendido, no para los nuestros. Entre las dos anexiones, elija el diablo (...) Si estos tres ejemplos —Texas, Nuevo México, California— no bastan a convencer a los sudamericanos que el monroísmo es la conquista, su credulidad no tiene cura, y su desaparición como raza es su destino

fatal (...) ¿Qué es entonces la doctrina de Monroe? La doctrina de un egoísmo, que se expresa por su mismo nombre casualmente: *Mon-roer*, es decir, mi comida, mi alimento, mi pitanza (...)" (*Póstumos*, VII, 122-23).

"En este concepto el Brasil es partidario de la doctrina de Monroe y aliado natural de los Estados Unidos, como acaba de llamarlo el presidente Johnson. Esto sería la Santa Alianza americana en concurrencia con la Santa Alianza europea, para la adquisición de los territorios acéfalos, desgobernados o ingobernables del Nuevo Mundo. Entre las dos alianzas santas preferimos la alianza non santa de las turbulentas repúblicas" (*Obras*, VI, 429). De este modo explícito rechazaba Alberdi terminantemente el pretexto civilizador de cualquier colonización: mejor el desorden en la independencia nacional que el orden en la supeditación al extranjero.

## La Quimera Alberdiana de Repetir la Experiencia Yanqui en un País sin Burguesía Industrial

El único camino para el regreso real y la efectiva independencia de las naciones latinoamericanas es su unidad en una poderosa confederación. -Esto es hoy mas evidente y claro que ayer, en los días de Alberdi, pero este alcanzó a verlo. En su "Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano" escribe Alberdi que "la América del Sur ofrece tal homogeneidad en sus elementos orgánicos y tales medios para la ejecución de un plan de política general; de tal modo es adecuado para ella el pensamiento de un orden político continental..." (*Obras*, VI, 391).

"Antes de 1825 la causa americana estaba representada por el principio de su independencia territorial: conquistado ese hechos hoy se representa por los intereses de su comercio y prosperidad material. La actual causa de América es la causa de su población, de su riqueza, de su civilización y provisión de rutase de su marina, de su industria y comercio. Ya Europa no piensa en conquistar nuestros territorios desiertos; lo que quiere arrebatarlos es el comercio, la industria, para plantar en vez de ellos su comercio, su industria, de ella; sus armas son sus fabricar su marina, no los cañones; la nuestras deben ser las aduanas, las tarifas, no los soldados. aliar las tarifas, aliar las aduanas; he aquí el gran medio de resistencia americano... La unión continental del comercio debe comprender la uniformidad aduanera organizándose poco más o menos sobre el pie de la que ha dado principio, después de 1830, en Alemania. En ella debe comprenderse la abolición de las aduanas interiores, ya sean provinciales, ya nacionales, dejando solamente en pie la aduana marítima exterior. Hacer de estatuto americano y permanente la unidad de monedas, de pesos y medidas que hemos heredado de España. Alemania está ufana de haber conseguido uniformar estos intereses, cuya anarquía hacía casi imposible el acrecentamiento de su comercio. Regidos todos nuestros Estados por un mismo derecho comercial, se hallan en la posición única y soberanamente feliz de mantener y hacer del todo extensivas al continente la formalidades de validez y ejecución de las letras y vales de comercio" (*Obras*, II, 398-400).

Pero en Alberdi como en Sarmiento hay una conciencia clara —más clara teóricamente en Alberdi— de que la independencia nacional de las naciones latinoamericanas era inseparable de un vigoroso desarrollo material. Y ésta era una tarea urgente, a realizar por las propias naciones o a realizar por el imperialismo en forma de protectorado u otra variante de la colonización. Lo tremendo fue que por incapacidad de la clase dirigente argentina solo se logró un desarrollo muy parcial e incompleto, dirigido por el imperialismo a través de la colonización financiera. Pero esto —que no escapó a la visión de Alberdi— no quita nada a la corrección básica de su insistencia en la necesidad de desarrollar las bases materiales de la nación. Porque "*el peligro de Sudamérica no es la pérdida de su independencia, sino la pérdida de su tiempo*" (*Póstumos*, IV, 655). Había que desarrollar al país aprovechando la ventaja que —paradójicamente— representaba su atraso, que le permitía aprovechar la última palabra de la técnica sin tener que pasar por todas las etapas que precedieron a su elaboración. "Los pueblos de América no están exactamente en el siglo XIX de Europa en cuanto a su civilización material e inteligente. Importa establecer y discurrir en qué consiste la diferencia. Si no están en el siglo XIX para llegar a él no necesitan pasar por los siglos



precedentes. Pueden ser mayores sin necesidad de haber tenido que ser jóvenes. Les es dado salvar el tiempo aunque no el trabajo de establecer allí la civilización actual" (*Póstumos*, III, 18).

Porque Alberdi no ignoraba que "sin industria fabril y sin marina propia, la América del Sur vive bajo la dependencia de la industria fabril y de la marina de Europa. ¿Está en su mano sacudir esta dominación, como ha sacudido la de España? A cañonazos y en campos de batalla no se hará nunca de un golpe una industria fabril ni una marina mercante americana" (*Económicos*, 85). América latina "es menester que empiece por salir de pobre para tener hogar, instrucción, gobierno, libertad, dignidad y civilización, pues todo esto se adquiere y conserva por medio de la riqueza. Luego su destino presente es económico; y son la riqueza, los capitales, la población, el bienestar material, lo primero de que debe ocuparse por ahora y por mucho tiempo" (*Obras*, IV, 149). Doblada ya la mitad del siglo XX, sabemos ya hasta dónde fue incapaz la oligarquía argentina de realizar esta tarea. Como decía Alberdi, ella enriqueció a Europa empobreciendo al país en vez de aprovecharse de Europa para afianzar el desarrollo nacional. "Con propiedad puede decirse que la República Argentina es apenas el plano o planta de una nación" (*ídem*, IV, 149). Sobre este plano Sarmiento y Alberdi querían inscribir una nación: la oligarquía apenas supo dibujar una semicolonía.

"¡Setenta años perdidos para nosotros y por nosotros! ¿En qué sentido? En que no estamos a la altura de los Estados Unidos, habiendo estado más alto que ellos, bajo el período de nuestra común dependencia colonial. En efecto, la superioridad que hoy nos llevan no la tuvieron cuando eran colonias de Inglaterra. Adam Smith hacía notar hace un siglo que las principales capitales de América Española eran más pobladas y más ricas que las principales de América del Norte. ¿Por qué han prosperado ellos? ¿Por qué nos hemos atrasado o quedado estacionados nosotros?" (*Obras*, VIII, 279). Hoy sabemos por qué. Pero sabemos también que hoy, más todavía que cuando escribía Alberdi, la necesidad de alcanzar y sobrepasar es para la Argentina, para toda América latina, la única alternativa, aparte de la colonización. Porque como Alberdi escribió ya en 1837, "un pueblo no es independiente sino cuando es civilizado" porque "tener libertad política y no tener libertad industrial es tener libres los brazos y la cabeza encadenada" (*Fragmento*, 52, 55).

Alberdi y Sarmiento (sobre todo aquél, que nunca pudo hacer nada en común con la oligarquía porteña) se movían en el vacío en el sentido de que el "programa que ellos enarbolaban no encontraba clases sociales capaces de llevarlo a cabo. La oligarquía tomaba de él lo que le convenía, que no era precisamente lo que más le convenía a la nación. Por momentos Alberdi es plenamente consciente de esto, y puede percibirse en él algo así como la nostalgia de la burguesía industrial. Por eso su admiración por el empresario yanqui, por eso su apologética biografía de Wheeiright que es precisamente un empresario yanqui, el tipo social con que Alberdi deseaba ver compuesta a la clase dominante en América latina, y que era por cierto la antítesis del estanciero bonaerense o el importador porteño.

"La vida de Wheeiright es todo un estudio social para Sud América. Ocuparse de él es estudiar el tipo de unidad individual de que debe formarse el agregado o conjunto de lo que se llama nuestra sociedad moderna en Sud América, como está formada de él la sociedad de Nueva Inglaterra, en Estados Unidos. Estudiar los hombres de ese molde, imitarlos, repetirlos, proceder como ellos, ocuparse como ellos, es el modo de introducir y aclimatar en América del Sud la sociedad de América del Norte, es decir, la libertad y el progreso de la raza sajona en provecho, lejos de ser en detrimento, de la raza latina. Es el método de transformación, de educación y de mejoramiento que conviene al progreso real de Sud América" (*Obras*, VIII, 144). "Para que la instrucción general y la educación gratuita produzcan el efecto que les atribuye entre otros la Constitución, de servir a la prosperidad y bienestar del país, será preciso que se contraiga al instruir a las nuevas generaciones en el ejercicio práctico de los medios de producción. La instrucción comercial, la enseñanza de artes y oficios, los métodos prácticos de labrar la tierra y de mejorar las razas de animales útiles, el gusto y afición por las artes mecánicas, deberá ser el grande objeto de la enseñanza popular de estas sociedades" (*Obras*, IV, 170).

Por supuesto, un admirador de la burguesía industrial yanqui del período heroico de la guerra de Secesión tenía y no podía menos que tener un soberano desprecio por la oligarquía argentina y sus

•figurones. Hay unas líneas de Alberdi que revelan transparentemente su opinión: "Los Estados Unidos hablan y escriben en el estilo simple, claro, corto, serio, que conviene a los negocios de la política y del comercio. Sus imitadores de Sudamérica no hablan sino cantan : no escriben sino pintan; no razonan sino declaman; no tratan los negocios en prosa, sino en verso no rimado: no usan de la lógica sino de la retórica. Para ellos una frase vale dos ideas. Para ellos no es nada lo que no es *grande, sublime, espléndido, inmenso, atroz, excelso*: lo vulgar, lo prosaico lo real como Dios lo ha hecho, empezando por nosotros, es como si no existiese. Todos se tienen por imitadores y discípulos de los Estados Unidos; a ninguno le ocurre averiguar dónde está, cual es el escritor de los Estados Unidos que escribe como Mitre cual es el orador norteamericano que habla como Várela" (*Póstumos*, VIII 56).

A toda costa quería Alberdi crear en Latinoamérica el clima del capitalismo industrial yanqui. "En este océano de territorio llamado América del Sur, donde los caminos^ los puentes, y los medios de transporte son mejores instrumentos de civilización y libertad que las cátedras de filosofía y los papeles literarios, no tenemos hombres capaces de presidir y concebir al desempeño de grandes y útiles trabajos de esta naturaleza" (*Selectas*, III, 107). Todavía hoy, un siglo después de escritas estas palabras, en la Argentina hay varios centenares de abogados por cada geólogo o ingeniero industrial. "Sudamérica está llena de copistas políticos de las doctrinas y libros de los Estados Unidos; lo que olvida copiar al gran modelo son sus comerciantes y banqueros, sus ingenieros y marinos, sus empresarios y mineros, sus plantadores y agricultores, en una palabra, sus conocimientos económicos y sus hábitos de laboriosidad, de economía y de sobriedad en la vida social, sin lo cual sus libertades serían meros mitos y abstracciones" (*Económicos*, 465).

## La Primera Visión del Desarrollo Combinado en la Argentina.

Como ocurrió en Sarmiento —pero más cumplidamente— en Alberdi el largo desencuentro con la oligarquía y la mejor comprensión de la realidad nacional condujo a una revalorización de la población trabajadora nativa. En 1852, cuando el sitio de Lagos, escribe Alberdi que "No sirven de ningún modo a la tranquilidad y organización de la República Argentina los que siembran odiosas divisiones en sus clases denominando chusma de campaña, semibárbara, gaucha, a la parte de la provincia que habita los campos. En países rurales, cuya riqueza y porvenir está en las campañas es insensato crear odios merecidos contra los signos de la civilización" (*Póstumos*, XVI, 217). "Habiendo agotado nuestros hombres, nuestros elementos, ¿qué más queda sino los gauchos? ¿Quiénes pueden ser los jefes normales de un territorio desierto, sino los gauchos? Si no nos valemos de ellos, ¿de quiénes nos serviremos para domar masas casi nómades, esparcidas en la inmensidad de nuestro suelo? ¿de abogados? ¿de maestros de escuela?... Mitre en el poder echará al país en una guerra de la que no veo salida en mucho tiempo. Su programa es el de 1827: guerra a los gauchos. Como si con lanza se pudiese acabar con el hombre que produce el suelo despoblado y desierto" (o *Gutiérrez*, 260, 268).

La historia oficial que rebose de desprecio hacia las masas gauchas y los caudillos tras los cuales marchaban merecía el más profundo desprecio de Alberdi. "Por veinte años no se ha escrito ni hablado ni obrado sino contra los caudillos y el caudillaje. ¿Quiénes eran esos caudillos? ¿Qué raza de hombres forma ese caudillaje? ¿Qué motivaba la recrudescencia indecible del odio que han tenido por objeto, y los torrentes de oro y sangre del país derramados para suprimirlos? Basta citar los hechos de la reciente historia argentina para definir a los caudillos y a sus adversarios victoriosos ¿Quién derrocó a Rosas y su tiranía de veinte años? Un caudillo. ¿Quién abrió por primera vez los afluentes del Plata al tráfico libre y directo del mundo? Un caudillo. ¿Quién abolió las aduanas provinciales argentinas que duraban desde 1820 hasta 1852 ? Un caudillo. ¿Quién reunió la Nación Argentina dispersa en un Congreso Constituyente? Un caudillo. ¿Quién consagró los principios económicos de esa Constitución hecha para poblar y enriquecer al país con inmigrados y capitales europeos? Un caudillo" (*Económicos*, 220).

. . . "Se hizo un crimen en otro tiempo a Rosas que postergase la organización para después de acabar con los unitarios; ahora sus enemigos imitan su ejemplo, postergando el arreglo constitucional del país hasta la conclusión de los caudillos. . . Con caudillos, con unitarios, con federales, y con cuanto contiene y forma la desgraciada República, se debe proceder a su

organización, sin excluir ni aun a los malos, porque también forman parte de la familia. ¿Diréis que con los malos es imposible tener libertad perfecta? Pues saben que no hay otro remedio que tenerla imperfecta y en la medida en que es posible al país tal cual es no tal cual no **es** (*Obras IV*, 12-16). "Los campos fueron siempre el baluarte de nuestra independencia, el paisano, el gaucho, su primer soldado. .. pudiendo decirse muy bien que España fue echada de estos países a lazo y bola. De los campos es nacida la existencia nueva de esta América; de ellos salió el poder que echó a España, refugiada al fin del coloniaje en las ciudades, y de ellos saldrá la autoridad americana, que reemplaza la suya, porque ellos son la América del Sur que se define — un desierto por regla, poblado por excepción" (*idem*, 67).

Después de Caseros la Argentina comienza a ser poblada por ferrocarriles, usinas, frigoríficos, etc. La nación se moderniza. El formidable desarrollo material programado por Alberdi queda reducido a un limitado y unilateral desarrollo de la economía agropecuaria y las industrias y servicios que la sirven. Pero este limitado desarrollo no altera la fundamental estructura de la sociedad argentina, basada en la propiedad terrateniente de la tierra; al contrario, la refuerza y la perpetúa. Es decir, se importaban elementos de progreso, pero se mantenía el atraso. Se producía así un tipo de desarrollo combinado, que injertó elementos de civilización capitalista industrial en una sociedad articulada en torno al latifundio. Alberdi alcanzó a ver algo de este paradójico proceso mediante el cual las organizaciones económicas y técnicas que en las metrópolis habían cumplido una función progresiva y revolucionaria, aquí en la Argentina cumplían una función inversa, conservando todas las veteranas lacras nacionales.

"Pero la prosperidad argentina actual es como si la hubiese sido bajo Rosas, si el Dictador hubiera hecho algunas concesiones liberales para mejor afirmar la marcha de su Gobierno, confirmadas en su misma rutinaria dirección; por el método con que los déspotas de Asia y Africa se sirven hoy del vapor, de la electricidad, del gas, de la prensa, de las constituciones mismas, para mantener rejuvenecidos sus gobiernos atrasados e incivilizados" (*Económicos*, 12-13). "Se le puede tomar a la civilización su nombre y sus signos externos, para encubrir con todo ello un estado de atraso primitivo. Tal estado de cosas no es civilización sino exteriormente. Esa es la civilización del Japón, de Constantinopla, del Cairo, donde no falta el ferrocarril, el vapor naval, el acorazado, el cañón Krupp, el gas, el telégrafo, la prensa, los bancos, los grandes hoteles, los clubes; todo lo cual existe, menos estas cuatro cosas vitales aunque invisibles; libertad, justicia, seguridad, verdad" (*idem*, 187).

En una ocasión Alberdi escribió unos apuntes en los cuales proponía como sistema más apto para las necesidades de América Latina... la monarquía. Después se rectificó, señalando que "si la República débil es el mal en Sud América el remedio en su concepto no es la monarquía si no la república fuerte" (*Póstumos*, IV, 40). Pero, ¿fue esa una claudicación de su pensamiento? No. Esa falsa solución era un intento errado de superar el problema de la dispersión y fragmentación interna de las naciones sudamericanas, Argentina incluso, que en los días en que Alberdi especulaba en tomo a la monarquía amenazaban fragmentar toda América Latina al estilo centroamericano, con consecuencia fatales para su independencia nacional. Alberdi piensa en la monarquía como recurso centralizador, que eliminara el peligro de la dispersión, originado en la confrontación de intereses locales contrapuestos. Lo más instructivo en esta especulación de Alberdi es su rigurosa valentía intelectual, que lo impulsaba a buscar soluciones concretas para los problemas fundamentales que enfrentaba el desarrollo nacional, prescindiendo del democratismo y el liberalismo abstractos, tan gratos a "los apóstoles de la libertad en abstracto y sin referencia a las circunstancias peculiares de la edad y del país en que se ensaya su realización" (*Selectas*, III, 110).

## **Limitación y Alcances del Programa Alberdiano**

Como Sarmiento, Alberdi no logra superar las limitaciones del pensamiento librecambista en que se habían

formado y no advierte la necesidad de una política industrial proteccionista para efectivamente desarrollar una nacional estilo yanqui. Pero, en realidad, aquí en la Argentina del siglo pasado esa era una necesidad puramente abstracta, ya que no existía ninguna clase que reclamara una política

proteccionista, como que la industria era prácticamente nula. "Con sólo producir materias brutas la América del Sud es capaz de la misma vida civilizada que lleva Europa, nada más que con cambiar aquellas materias por los artefactos en que las convierte Europa. Y no necesita Sud América sino trabar so pretexto de protección, la libertad natural de ese intercambio, que hace toda su civilización, para quedarse embrutecida y salvaje, entre sus cueros, sus cebos, sus carnes, que no son un elemento de civilización sino desde que pueden ser cambiados por las manufacturas que América no sabe fabricar" (*Póstumos*, VIII, 180-1). Esta apología estilo hernandiana de la Argentina agropecuaria condenaba al país al perpetuo puesto de semicolonía. Sin embargo, esto no era absoluto, Alberdi, era demasiado lúcido para no advertir de pronto que el librecambio era un instrumento inglés para la colonización del mundo, y así lo escribió, aunque sin desprender de allí las consecuencias.

"Los amigos de la libertad comercial, no lo son de la libertad política, lo que ya basta para hacer sospechoso su liberalismo económico. Al contrario, los proteccionistas son liberales en política, lo que basta para ennoblecer su divisa económica." (Así era, en efecto, porque mientras en Inglaterra eran proteccionistas los terratenientes y librecambistas los industriales, en el resto de Europa y en Estados Unidos las cosas ocurrían a la inversa.)

Pese a esto, Alberdi insistía en que "la industria rural vale bien la industria fabril. La producción de una vaca es tan peculiar y propia de la civilización más perfecta y adelantada como la de una máquina de vapor" (*Póstumos*, VI, 41). Era la apología de la Argentina estancieril y la condenación al fracaso de todo el programa alberdiano de desarrollo nacional. Y Alberdi llegaba hasta denunciar "el afán ignorante y ciego de crear una industria fabril sudamericana, rival de la industria europea, por medio de una legislación protectora" (*Económicos*, 113). Es notable que Alberdi no advierta que a menos de que la sociedad argentina se estructurase en torno a una industria fabril, jamás su clase dirigente estaría constituida por esos Wheeirights que él tanto admiraba. Las anteojeras librecambistas, sumadas al indiscutido predominio de la ganadería en la economía argentina, eran más fuertes que la habitual lucidez de Alberdi.

Lo mismo cabe decir de las capitulaciones de pensamiento de Alberdi ante los problemas planteados por la expansión del capital imperialista. Así por ejemplo en una ocasión, para solucionar la crisis de 1870 propone "la venta de las tierras desiertas de la Patagonia, del Chaco, de Misiones, de las islas fluviales, a sus acreedores extranjeros en pago de su deuda nacional. Es convertirlas en capitales extranjeros y fijar y establecer esos capitales en el país" (*Económicos*, 457). Era saldar cuentas con el capital financiero mediante un sistema de contabilidad grato al imperialismo y fatal para el país. Sin embargo, es preciso tener presente que cuando Alberdi propone estas medidas entreguistas, lo hace considerando que son un duro sacrificio que se debe pagar para acelerar el desarrollo nacional. La oligarquía consistió en tratos de esa naturaleza, pero sólo para provecho propio. No es en sí mismo malo aceptar un empréstito usurario para construir obras necesarias a la economía nacional. Lo malo es que se contraiga ese tipo de empréstitos para beneficiar a la oligarquía, como ocurrió en la Argentina. Otra cosa era la que tenía en vista Alberdi cuando decía: "Buenos Aires de cinco millones de pesos fuertes que tomó prestados en Inglaterra en 1822, sólo vino a recibir en efectivo 600.000 libras esterlinas, deducidos los gastos de negociación y los intereses que tuvo que pagar adelantados. Pero tal expediente es hijo de la urgencia y legitimado sólo por la necesidad. En tales casos, la prudencia no está en privarse del dinero ajeno que conviene a la necesidad de mejorar nuestra posición por no pagar un seguro exorbitantes; lo prudente está en aceptar las condiciones inevitables a trueque de salir del atraso, que es la posición menos económica" (*Obras*, IV, 430-1).

Alberdi repudiaba las calumniosas fábulas mitristas sobre la barbarie gauchi-caudillesca, y repudiaba el aristocratismo antinacional de la oligarquía porteña. Pero no tenía confianza en las masas populares como agentes autónomos del desarrollo nacional. Su drama era que no existía en las masas nacionales ninguna clase capaz de encarnar su programa de estructuración de una poderosa nación capitalista moderna; por eso Alberdi, defendiendo a las masas contra la oligarquía porteña, vuelve su mirada hacia la inmigración para realizar su programa, y se opone a la de-

mocracia que pudiera dar a las masas un peso decisivo en la vida nacional. "Las constituciones que buscan la paz —dice— deben encerrar el poder electoral en el pueblo inteligente. El hombre del pueblo ínfimo vende su voto a la demagogia y sin saber elegir sólo sirve de máquina electoral. La división entre lo administrativo y lo político facilita el medio de aplicar el poder electoral.. . estableciendo para lo administrativo el voto universal y directo, y para lo político el voto indirecto y sujeto a condiciones de moralidad, de fortuna y de aptitud, que garanticen su pureza" (*Obras*, V, 59). Los mejores intelectuales del país no confiaban en las masas. Las masas no podían comprender ni sentir la necesidad del programa que formulaban los intelectuales. Aprovechando el trabado de uno y parte de las ideas de otros, la oligarquía afianzaba su dominio y prosperaba. Tal era un aspecto del callejón sin salida en que se halló la Argentina al comenzar la era del imperialismo.

Casi no hace falta señalar que todo el programa alberdiano de desarrollo nacional se ubica en los marcos del sistema capitalista de producción, según el modelo liberal que tenía ante sus ojos en la mitad del siglo XIX. Como Sarmiento —o como Rosas— Alberdi era un fiel creyente en las virtudes eternas de la propiedad privada capitalista y sentía un santo horror ante el socialismo y la *Comuna* de París. Y no sólo ante eso, sino incluso ante la intervención del estado capitalista. "Gobiernos tan sólidamente establecidos como el de Bélgica pueden construir y administrar ferrocarriles con utilidad del país y del comercio; pero los gobiernos sudamericanos, en formación, que imitan ese ejemplo, se dan una tarea que no es para ellos, en daño del país y del comercio" (*Obras*, VIII, 143).

Porque no existiendo entre nosotros el desnivel o desproporción que en Europa hace tan objetable el orden de su sociedad, que permite que unas clases sobrenaden en opulencia y las otras perezcan en degradante miseria, en Sud América son no sólo inconducentes sino ridículas y absurdas las aplicaciones, las doctrinas y reformas proclamadas por los socialistas de Europa" (*Obras*, IV, 254). "En Sud América hay riesgo de que el salario suba hasta el despotismo, al revés de lo que sucede en Europa, donde el salario es insuficiente para alimentar al trabajador. El mismo hombre que en Europa recibe la ley del capitalista, viene a nuestro continente y se desquita viendo a sus pies a los tiranos que allá explotan su sudor. Allá es siervo del capitalista; acá es su rey y soberano" (*Ídem*, 259). Durante muchas décadas la oligarquía argentina repitió este cántico para justificar su jugosa explotación de las masas trabajadoras. Pero desde luego no se puede criticar a Alberdi por no haber sido un arrojado defensor del proletariado que apenas existía en nuestro país, y no era proletariado industrial. La crítica fundamental a la oligarquía argentina no consiste en que explotó con celo misionero a los trabajadores. Esa es la esencia del capitalismo. Lo fúnebre es que la explotación sirvió para engordar a la oligarquía y sus socios extranjeros, pero no reportó ninguna o casi ninguna de las tareas progresivas que el capitalismo cumplía en las metrópolis. Con el resultado de que hoy, pasada ya la mitad del siglo XX, los trabajadores argentinos se encuentran enfrentados a la tarea no sólo de liberarse de la explotación capitalista, sino de construir las bases materiales de la prosperidad nacional, que el capitalismo fue incapaz de realizar. Vale decir, que no sólo debemos terminar con el programa alberdiano de libre explotación del trabajador, sino que debemos realizar el programa alberdiano de desarrollo nacional.

## La Conspiración de los Apacentadores de Vacas Contra el Pensamiento de Alberdi

La oligarquía argentina ha silenciado y canonizado a Alberdi para que no se le conozca tal cual era, igual que hizo con Sarmiento. Pero además Alberdi ha sido perseguido en vida y después de muerto por la suboligarquía portuaria agrupada en torno a Mitre, con un celo mahometano que Sarmiento no mereció, y al cual el mismo Sarmiento aportó material. La conducta de Alberdi ante la guerra del Paraguay —tal vez el momento más lúcido y noble alcanzado por la *intelligentzia* política argentina— le valió el mote de traidor. Pero ya antes de llamarlo traidor el mitrismo, triunfante en 1862 sobre la Confederación, se había vengado con particular ruindad de Alberdi por su campaña desde 1852 contra la oligarquía porteña. "Uno de los primeros actos del 'gobernador' Mitre, como 'encargado del Poder Ejecutivo Nacional' después de Pavón, fue declarar que todos los

agentes diplomáticos acreditados ante las naciones extranjeras por el gobierno de la Confederación, habían 'cesado de hecho y de derecho'. El tiro daba precisamente en el blanco, que era Alberdi." (Canal, 496.) Como no se le asignaban medios para regresar al país, ni para pagar las deudas que había contraído en nombre de la Confederación, retirado sin recibir los medios para retirarse, Alberdi quedaba desterrado del país. Se trataba, pues, de una truhanería digna de un gran patricio.

Desde *La Nación*, y desde la pluma de todos los escritores conchabados a su servicio, el mitrismo organizó una prédica vitalicia tendiente a demostrar científicamente la insuficiencia mental y moral del tucumano, que no tenía prensa a su servicio. (David Peña, en "Atlántida", 1911, T. IV).

En 1880, ante el proyecto de Roca de hacer editar oficialmente las Obras Completas de Alberdi, "La Nación" tiembla y la rectilínea pluma de su propietario escribe que se trata de "un decreto que es un escándalo histórico, una reacción política y una ofensa a la moral y a la razón pública". Para el apóstol de los tenderos porteños no merecía ese homenaje "el publicista que en la guerra más justa y más fecunda que haya jamás sostenido nuestro país, estuvo de parte del enemigo extranjero, al lado del tirano más bárbaro de su época. Pero se levantan su nombre y sus libros, se preconizan lo que se llaman sus principios, su tradición histórica y política, en contraposición de las grandes obras y de los grandes principios porque hemos luchado, y tenemos fatalmente que aceptar la provocación en nombre del verdadero patriotismo, de la verdad verdadera y de la conciencia pública herida en sus más sagrados fueros" (*La Nación*, nov. 16, 1880). Al día siguiente la tribuna mitrista perfeccionaba el ataque poniendo al desnudo la orfandad intelectual de Alberdi. "Es oportunista, polemista, panfletista; pero no tratadista, ni teorizador científico o filosófico... armas de combate o de propaganda de principios buenos y malos, esos libros han hecho su tiempo y no hay en ellos nada que aprender" (*La Nación*, nov. 17, 1880). Sí: nada bueno para la oligarquía porteña había que aprender en los libros de Alberdi, por eso todavía constituyen una rareza bibliográfica. Por eso todavía en 1919, al proponerse el nombre de Alberdi para una calle de Buenos Aires, *La Nación* señala el nuevo atentado al pudor de la historia en un editorial titulado "Un premio a la traición" (*La Nación*, noviembre 30, 1919).

La acusación de que Alberdi era el Judas Iscariote de su patria basada en su apoyo político al Paraguay y a la enorme mayoría de la nación contra la oligarquía porteña, fue refutado "por el propio Alberdi con la claridad que acostumbraba. En carta privada fechada en Francia en junio de 1878. Alberdi escribía: "El libro *El imperio del Brasil ante la democracia de América* es poco conocido en el Plata, por cuidado que tomaron los promotores de la guerra del Paraguay en suprimirlo. Fueron comprados de un golpe y destruidos todos los ejemplares que estaban en venta en Buenos Aires. Qué dirían los que por él me llaman traidor si supieran que es el escrito que he trabajado con más convicción y más desinterés, con más amor a mi país y a la verdad. Ni López (Solano) me escribió ni yo a él jamás. Ha muerto sin leer ni conocer los escritos míos sobre la guerra. Yo lo he sabido por Madame Lynch. Como yo a nada aspiro ni pretendo, no tengo interés en que estas cosas trasciendan al público; pero le respondo que cuanto le digo recibirá día por día la confirmación del tiempo y la sanción de la historia" (*Sud América*, enero 16, 1886).

Así fue, efectivamente,

El caso más ilustrativo de este fenómeno del intelecto argentino (sobornado en su mayoría por *La Nación* para hacer de la por tantos aspectos afligente figura de don Bartolo, la del prócer más plural de nuestra historia, y hacer de Alberdi, primer adelantado de la inteligencia nacional, la de una especie de rufián de la pluma), no lo da un criollo sino un normaliano francés del tipo medio elevado por nuestra oligarquía a arbitro inapelable del saber y el buen gusto. Veamos.

De Mitre: "la voz más autorizada... el primer estadista de su tiempo y su país... No se sabe qué es más admirable. si la lucidez de su espíritu que vierte palabras con tal eficacia y densidad, o el temple de un alma espartana que desdeña los oropeles del poder" (*El Diario*, enero 8, 1901). De Alberdi: "La originalidad de Alberdi [el gran sofista argentino] consiste en afirmaciones erróneas y arbitrarias..." y en practicar 'metódicamente el plagio clandestino...' (*Páginas de Groussac*, p. 155, 307, 308, 316).

Eso por un lado. Por el otro los nacionalistas de horizonte sumergido es decir, de vizcachera, que cultivan como un malvón de patio casero la figura adorable de don Juan Manuel de Santos Lugares, se reparten el juego con la oligarquía mitrista; ésta acusa a Alberdi de traidor al servicio del Paraguay; aquéllos de traidor al servicio de Inglaterra. Filisteos de mentalidad irigoyenista, de la pequeña burguesía mesiánica como Scalabrini Ortiz que ni siquiera conocen seriamente la obra de Alberdi, han averiguado que Alberdi pretendía despoblar el país y poblarlo con ingleses: que Alberdi hizo una constitución especialmente para servir los intereses de Gran Bretaña y por eso "lo que ocurrió entre 1853 y 1945 fue una consecuencia directa de la perfidia siniestra con que fue concebida la ley básica de nuestra organización nacional" (*Qué*, junio 11, 1957). La verdad meridiana es que fue Alberdi precisamente el que se esforzó por encontrar contrapesos que redujeran la excesiva gravitación británica en el Río de la Plata, y nadie se mostró más lúcido que él en este sentido. Pero esto desde luego no interesa a los Scalabrini Ortiz, que señalan a Alberdi como culpable del dominio británico sobre la Argentina dejando piadosamente en la sombra a nuestra oligarquía que pese a Alberdi hizo de la Argentina una semicolonias y persiguió y calumnió a Alberdi por oponerse a ello.

De tal modo los nacionalistas de trocha angosta se pasan la pelota con los ideólogos oligárquicos que proclaman con solemnidad académica que "la Presidencia de la República que Alberdi no alcanzó", la ejerció en su espíritu el general Roca" (Korn, 207).

Los biógrafos de Alberdi, como los de Sarmiento, se han propuesto, ante todo, que no se conozca de ellos lo que puede perjudicar a la oligarquía. El más reciente, autor del libro más voluminoso sobre Alberdi, pertenece a la sociedad de importación literaria que administran Victoria Ocampo y Borges, es decir, al grupo más oligárquico, antinacional y descalificado de la intelectualidad argentina. Sin embargo, el biógrafo se siente inesperadamente nacionalista a costa de Alberdi y dice de él que "desesperó del -pueblo hispanoamericano —el suyo—, lo desestimó, lo injurió" (Canal, 41). Esta ñoñería la repiten desde largo tiempo los nacionalistas de sacristía, y no por eso gana en valor. ¿Que Alberdi desesperaba del pueblo? No, desesperaba de su inercia, y ante todo de su iscaríótica clase dirigente. Por supuesto Rosas no "desesperaba" del país y el pueblo que él manejaba, porque con el gaucho sumido en la miseria embrutecido poco a poco desmontado y arriado hasta el peonaje, a él le bastaba y sobraba para manejar sus estancias y multiplicar sus patacones y sus adherentes. Pero a Alberdi ese material no le alcanzaba para hacer una nación poderosa y soberana. Su desesperación brotaba de la desproporción entre la tarea a cumplir y los medios disponibles, entre la urgencia de realizarla y los peligros que amenazaban si no se cumplía.

El desencuentro cada vez mayor de Alberdi con la clase prócer, su revisión del biombo ideológico con que la oligarquía transformaba sus trapisondas de pulpero en presas de patria y civilización, Alberdi lo volcó en sus *Escritos póstumos*, El biógrafo académico atribuye esto al "resentimiento" y pretende que "a la antigua garra del pensamiento sistemático se irá sustituyendo un superficial espíritu de generalización, más aforístico que coherente" (Canal, 504-5). Con lo cual se libra del trabajo de analizar esos desvalorizados trabajos que son —¡oh casualidad!—, los más iluminados y los más ensombrecedores de la oligarquía. Con igual circunspección, el trombonesco Ricardo Rojas se abstuvo de estudiar la campaña de Sarmiento contra Roca porque era un producto de la vejez decadente... Y la obra en que Alberdi desenmascara al mitrismo y su fundador —*Pequeños y grandes hombres del Plata*— es puesta de lado porque "se aplica a un extraño desmontaje de las grandes figuras centrales del fervor patriótico argentino" (533).

Y la actitud de Alberdi ante la guerra del Paraguay, su valiente conducta de derrotismo revolucionario, de transformación de la guerra en guerra civil contra la oligarquía porteña, provoca un amago de desarreglo intestinal al contertulio de Victoria Ocampo. Las ideas de Alberdi "acaso encierran alguna verdad esencial del asunto", pero "iban demasiado lejos" y eran condenables porque "Prácticamente su actitud y su prédica venían en el caso a encerrar una incitación a la guerra civil, en sustitución de la guerra internacional que atacaba" (Canal, 542-44). Si con tan alevosa confusión proceden los biógrafos, cómo extrañarse de las lindezas de los detractores profesionales. Entre ambos logran que lo más valioso que hay en Alberdi, su pelea luminosa contra la oligarquía

argentina, quede absolutamente silenciada e ignorada. Y para completar el cerco, un diletante de segunda categoría arroja también su dardo de papel contra Alberdi: comentando la mencionada biografía dice que "Este es un Alberdi trabajado con limpieza. Nada se oculta de él" (Dardo Cúneo en *Esto Es*, agosto 30, 1955).

Nada, excepto lo más importante. Y como de esto el comentarista lo ignora inmaculadamente todo, puede afirmar con seriedad de mono sabio que Alberdi "no advertía que la civilización europea se expresaba a través de la interesada expansión de los imperios" y que por tanto su prédica se reducía al "colonialismo". ¡Sólo que fue Alberdi quien más limpiamente señaló el peligro de la expansión imperialista y los medios a que debía acudir el país para enfrentarla!

La mayor parte de su vida la pasó Alberdi expatriado de su tierra, voluntariamente expatriado, como Herzen de la tierra rusa. Su extrañamiento puede deberse a debilidad de carácter, a temor físico o a lo que se quiera. En todo caso expresaba muy bien en su drama personal, el gran drama argentino: la falta de clases reales en qué apoyar el programa alberdiano para la construcción de una gran Argentina.

## Bibliografía Citada

- ALBERDI, Juan Bautista, *Obras Completas* (Bs. As., 1887).
- ALBERDI, Juan Bautista, *Obras Selectas* (La Facultad, Bs. As., 1920).
- ALBERDI, Juan Bautista, *Escritos Postumos* (Bs. As., 1895).
- ALBERDI, Juan Bautista, *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*(Hachette,Bs.As, 55)
- ALBERDI, Juan Bautista, *Cartas a Gutiérrez en Correspondencia Diplomática* (Bs. As., 1900).
- ALBERDI, Juan Bautista, *.Escritos Económicos* (La Facultad, Bs. As., 1920).
- ASTRADA, Carlos, *El Mito Caucho* (Cruz del Sur, Bs. As., 1948).
- BARREIRO, José P., *La Revolución del 90* (Cursos y Conferencias, Bs. As., oct.-nov. 1940).
- CANAL FEIJOO, Bernardo, *Constitución y Revolución. Juan Bautista Alberdi*(FCE, Méx 55)
- CHAVEZ, Fermín, *Civilización y Barbarie* (Trarac, Bs. As., 1956).
- D'AMICO, Carlos, *Buenos Aires, sus Hombres, su Política* (Americana, Bs. As., 1952).
- DEL VALLE, Aristóbulo, *La Política Económica Argentina en la Década del 80*(Raigal, BA 55)
- ESTRADA, Manuel, *Discursos Selectos* (Mundo Moderno, Bs. As., 1953).
- FALCIONELLI, Alberto, *Historia de la Rusia Contemporánea* (Univ. Nal. de Cuyo, Mza, 54)
- FEJTO, Francois, *Histoire des Democraties Populaires* (Du Seuil, París, 1948).
- FONT EZCURRA, Ricardo, *La Unidad racional* (Coni., Bs. As., 1938).
- FRANCO, Luis, *Hudson a Caballo* (Alpe, Bs. As., 1956).
- GROUSSAC, Paúl, *La Biblioteca* (Bs. As., 1896-98).
- IBARGUREN, Carlos, *Juan Manuel de Rosas* (Frontispicio, Bs. As., 1948).
- IBARGUREN, Carlos, *La Historia que he Vivido* (Peuser, Bs. As., 1954).
- KORN, Alejandro, *Obras* (Univ. Nacional de La Plata, 1940).
- LUGONES, Leopoldo, *Historia de Sarmiento* (C Arg. de Fomento Interamericano, Bs As 45)
- MATIENZO, José Nicolás, *La Rev. de 1890 en la Historia Constitucional Argentina* (Bs As 26)
- NOBLE, Julio, *La Revolución del 90 en Cursos y Conferencias* (Bs. As., oct.-nov. 1940).
- PALACIO, Ernesto, *Historia de la Argentina* (Peña Lillo, Bs. As., 1965).
- PELLEGRINI, Carlos, *Discursos y Escritos* (M. García, Bs. As., 1910).
- PUIGGROS, Rodolfo, *Historia Crítica de los Partidos Políticos Arg.*(Argumentos, / 1956).
- PUIGGROS, Rodolfo, *La Revolución del 90 en Cursos y Conferencias* (Bs. As., oct.-nov., 1940).
- RAMOS, Jorge Abelardo, *Revolución y Contrarrevolución en la Arg* (Amerindia, / 1957).



REPETTO, Nicolás, *Mi Paso por la Política* (Rueda, Bs. As., 1956).  
 RIVERO ASTENGO, Agustín, *Juárez Celman* (Kraft, Bs. As., 1944).  
 RIVERO ASTENGO, Agustín, *Navarro Viola, el Opositor Victorioso* (Kraft, Bs. As., 1942).  
 ROJAS, Ricardo, *El Profeta de la Pampa* (Losada, Bs. As., 1948).  
 ROSTOW, Walter W., *The Prospects for Comunial China* (MIT, Massa-chusetts, 1955).  
 SARMIENTO, Domingo F., *Obras Completas* (Luz del Día, Bs. As., 1948).  
 SARMIENTO, Domingo F., *Facundo* (La Plata, 1928).  
 SARMIENTO, Domingo F., *Epistolario Entre Sarmiento y Posse* (Museo Hist Sarmiento /46).  
 SARMIENTO, Domingo F., *Viaje a los Estados Unidos* (Emecé, Bs. As., 1942).  
 SARMIENTO, Domingo F., *La Condición del Extranjero en América* (La Facultad, 1928).  
 SARMIENTO, Domingo F., *Carta a Salvador Maria del Carril* (en un folleto sin tapa).  
 SIERRA, Vicente. *Historia de las Ideas Políticas en Argentina* (Nuestra Causa, Bs. As., 1950).  
 SIERRA, Vicente, *Introducción a la Historia Arg. en Cuadernos del C de Est Arg* (Nº 1/57).  
 SOMMI, Luis, *La Revolución del 90* (Monteagudo, Bs. As., 1948).  
 SOMMI, Luís, *La Estructura Económico Social de la Arg en 1890* (Rev.de Historia, Nº 1, /57)  
 TERRY, José A., *Finanzas* (J. Menéndez, Bs. As., 1927).  
 TORNQUIST, Institución, *Ernesto Tornquist* (Bs. As., 1942).  
 TROTSKY, León, *La Revolución Permanente* (Bs. As., 1938).  
 VEDIA Y MITRE, Mariano de. *Historia de la Unidad Nacional* (Entrada, Bs. As., 1946).

Las citas de diarios, revistas y archivos particulares se presentan en el texto. Los diarios de sesiones se refieren por sus iniciales: DSCDN, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (o del Senado, o de la Provincia, según corresponda).

## Notas

- 1 Así lo denunciaba entre líneas *Financíal News* (septiembre 23, 1891).
- 2 Como decía Sarmiento: "la ganadería es nuestra verdadera y única industria nacional, fundada sobre bases coloniales y desarrollada por la parte principal de la masa argentina. Todo lo demás es importado después de 1850" (*El Censor*, Bs. As. , Enero 9, 1886).
- 3 ¿Puede decirse que el ganado vacuno y ovino ha sido un "medio de producción" en la economía argentina? Según Marx, todas aquellas cosas que el trabajo no hace más que desprender de su contacto directo con la tierra son *objetos de trabajo* que la naturaleza brinda al hombre. Los instrumentos que el trabajador intercale entre él y el objeto de su trabajo son los *medios de trabajo*. Ambos elementos "los medios de trabajo y el objeto sobre el que éste recae son los *medios de producción*". Por eso, dice Marx, aunque parezca paradójico, el pez es un medio de producción. Vacas y ovejas también. Ver C. Marx. *El Capital* (Fondo de Cultura Económica), tomo I, vol. I, pág. 203.
- 4 "Hoy, la República Argentina, lo decimos con dolor, está hondamente comprometida, y algunos diarios europeos se han atrevido a indicar lo que en todo caso rechazara indignada la República Argentina, la formación de Comités Internacionales para intervenir en sus finanzas como se hizo en Turquía y Egipto"... "todas o casi todas las tierras públicas exploradas o mensuradas de la Nación y de las provincias han sido enajenadas por vil precio, concentrándose centenares de leguas en una sola mano o en manos de sindicatos clandestinos, que serán en el porvenir fuertes rémoras a la distribución de la propiedad rural. En mucha parte, los grandes deudores de los bancos son los grandes compradores de la tierra pública a quienes en la situación actual ni se les exige el pago, ni se les hace devolver la propiedad territorial; creándose en este modo una gran perturbación económica, que sustrae el capital de la explotación agrícola". (Del Manifiesto de la Unión Cívica, declaración de principios, noviembre 1891).
- 5 ¿La revolución del 90 es antiimperialista? Entonces, qué hace Mitre en la Unión Cívica?" (Osiris Troiani en *Orientación*, Córdoba, noviembre 20, 1957). Este periodista apresurado no advierte que el movimiento del 90 tuvo un carácter de frente único, en el cual coincidieron momentáneamente intereses distintos que perseguían distintos fines.

6. Al iniciarse el presente siglo, el diario de Carlos Pellegrini, decía: "Lo elemental es no hostilizar al capital extranjero. Venga este de donde venga el hecho es que quiere incorporarse como un factor poderoso 'en el progreso nacional, y nuestro deber es tratarle como a un aliado, no como un enemigo. "Por mucho tiempo necesitaremos del concurso de los financistas de Europa y no será ciertamente con leyes y ordenanzas agresivas que conseguiremos su concurso" (*El País*, julio 16, 1900).
7. En 1887 los banqueros ingleses con intereses en la Argentina ofrecieron una demostración en Londres al General Roca. Woodbine Parish, que ofreció la demostración, dijo entonces: "Dios quiera que el actual Presidente doctor Juárez Celman cumpla su misión y siga en el mismo camino de paz e industria y que su gobierno, como depositario de la confianza de todos, continúe prestando su apoyo a las empresas extranjeras y a los capitales que han puesto su fe en su administración". El general Roca, agradeciendo el homenaje, dijo: "Soy tal vez el primer ex presidente de la América del Sur que haya sido objeto en Londres, este vasto y clásico centro de la libertad, de una demostración semejante por su número tan escogido de caballeros. Qué mejor testimonio puedo presentar en este acto de la consideración en que esta la República Argentina y sus hombres públicos, ante los gremios de las altas finanzas y comercio europeos. . . He abrigado siempre una gran simpatía hacia Inglaterra. La República Argentina, que será algún día una gran nación, no olvidará jamás que el estado de progreso y prosperidad en que se encuentra en estos momentos se deben en gran parte al capital inglés." (Rivero Astengo, 437-7).
8. Las polémicas en torno a Sarmiento y Alberdi —y de rebote Rosas— tienen permanente actualidad en la historia argentina, como el problema de la guerra de secesión en Estados Unidos, y por la misma causa. Los problemas siguen en pie: aquí la construcción de una nación soberana, allí la emancipación de la raza negra. Las polémicas de este tipo llevan una explosiva carga política, y los intereses de clase que se agitan detrás de teorías e ideologías aparecen bastante netamente cuando los esquemas intelectuales se ponen en contacto con estos problemas. Para nosotros, marxistas revolucionarios, que queremos construir una gran nación argentina soberana y socialista, unida al resto de América latina, con ese potente instrumento histórico que es la clase obrera. Sarmiento y Alberdi, con su programa para el desarrollo nacional y sus luchas, tienen una fresca actualidad. Para nosotros, como para Alberdi y Sarmiento, la nación Argentina es una tarea. La nación argentina que ellos programaron está todavía por hacerse; con otra estructura y otros instrumentos, bien entendido. Pero ambos devendrán más eficientes en la medida en que averigüemos por qué todavía en 1957 tenemos que construir lo que ellos esperaron hacer en 1850. Para eso es indispensable penetrar en Alberdi y Sarmiento, sin lagañas tradicionales.
9. Hombre que se vio obligado a luchar dura e incansablemente para escapar a ellas, al confiar en sí mismo, sólo en su cuerpo y su mente, a vivir siempre sobre el alerta, y a pocos jemes del peligro, de modo que fue humano prodigiosamente despierto en su sangre y en su espíritu: fue un hombre libre" (Luis Franco).
10. "Lo que Rosas representaba, eso que en un tiempo se llamaba causa de Rosas, era simplemente el ascendiente exclusivo, único y tiránico del interés local de Buenos Aires sobre las provincias y los estados vecinos en materia de comercio, de finanzas, de navegación, de política, policía, etc. Esto era lo esencial, las cualidades eran lo accesorio. La prueba es que fue derrocado cuando las crueldades habían cesado, y por tres gobiernos que no habían sido objeto de ellas. Quién ha dicho eso sino el mismo Sarmiento, cuyos escritos de 10 años en Chile se reducen a eso y nada más que a eso: es decir, a señalar a Buenos Aires, su localismo absorbente, tiránico, de que Rosas era símbolo personal, como blanco y objeto de la lucha. Pero cayó el símbolo y quedó en pie la cosa que representaba. . . ¿y qué ha hecho Sarmiento en este caso? Se ha enganchado al servicio de la bandera del localismo de Buenos Aires, contra el que se honró en militar en otro tiempo, y, porque ha tomado ese rol, se considera soldado victorioso de la civilización" (Póstumos V, 257).